

306

8

W. SCOTT

VON  
FR5306  
T2  
V. 1  
C. 1

010762



1080022140



EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

EL

# TALISMAN,

ó el rey Ricardo

EN PALESTINA :

CUENTO DEL TIEMPO DE LAS CRUZADAS,

POR SIR WALTER SCOTT.

Traducción del inglés al castellano

POR DON J. DE MORA.

TOMO PRIMERO.

PARIS,

LIBRERIA AMERICANA,  
CALLE DEL TEMPLE, 69.

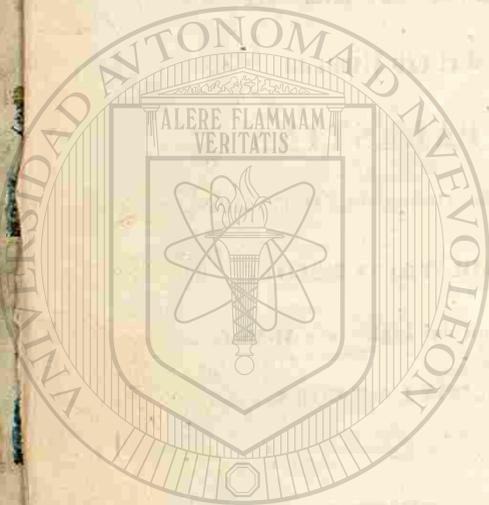
1857

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
Biblioteca Valverde y Tellez

PR5306

T2

V-1



FONDO EMETERIO  
LVERDE Y TELLEZ



Capilla Alfonsina  
Biblioteca Universitaria

EL TRADUCTOR.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La novela que presentamos al público, traducida al castellano, es la penúltima de las dadas á luz por el autor de Ivanhoe y Waverley. La fama del célebre Walter Scott ha cundido por toda Euro-

46995

010768

pa, en la cual es generalmente conocido como creador de un nuevo género de obras de imaginación, y como uno de los escritores que en grado mas eminente poseen el don de pintar las costumbres, las pasiones y los caracteres.

Sus novelas son históricas: es decir, aunque los sucesos que forman su nudo son fabulosos, estan retratados en ellos con la mayor propiedad los personajes históricos que introducen, y tan viva y natural es la pintura que ofrecen de las costumbres de los siglos á que se refieren, que su lectura puede suplir la falta de los libros de erudicion que es necesario consultar para enterarse de ellas. De modo que estas novelas, ademas de deleitar la imaginacion, como hacen todas las ficciones literarias en que la accion está bien tejida, y diestramente manejado el interes, producen una utilidad real, cual es la de facilitar la inteligencia

de la historia, familiarizándonos con las ideas dominantes, con los usos, preocupaciones, ceremonias y modales de uno de los períodos mas interesantes de los anales del mundo. Los historiadores descuidan por lo comun esta parte esencialísima de su tarea; limítanse á referir hechos, sin darnos á conocer la escena en que pasaron; de modo que el lector, ademas de no entender gran parte de lo que se le cuenta, no adquiere sino conocimientos imperfectos y superficiales, faltándole los puntos de comparacion que podrian conducirle á abrazar de una ojeada el espectáculo de los siglos. El novelista escoces ha llenado este vacío de la literatura: sus obras son, con respecto á la historia de la edad media, lo que los mapas geográficos con respecto á las relaciones de los viajeros.

Los hombres de gusto acendrado, que saben cuanto se profanan las letras si al

mismo tiempo que deleitan el espíritu, abusan de la razón y pervierten los sentimientos, no cesan de declamar contra el torrente de novelas que inunda la literatura moderna; manía ciertamente deplorable, que sostienen por un lado la ociosidad de los lectores, y la repugnancia á estudios sólidos, y por otro el gusto corrompido y la codicia de los que á este género de tráfico se dedican. Era infinitamente menos perjudicial y menos común la afición á libros de caballería, cuando se alzó contra ellos aquel genio portentoso, que tan magnífico monumento erigió al culto de la razón, y que estirpó de un solo golpe al enemigo que se propuso combatir. Y sin embargo, ¿qué diferencia entre las inocentes locuras de los paladines, y la refinada corrupción de la mayor parte de los héroes y heroínas que figuran en las novelas de nuestro siglo? Y en cuanto al objeto real de esta

clase de escritos, que es entretener y divertir, ¿quién habrá que no prefiera los tajos y reveses, y los encantos y transformaciones, y los exaltados afectos, y reverentes pasiones de los Amadis y Bellianis, á los frenéticos arrebatos, y vagas declamaciones, y mortales parasismos, y misteriosas necedades de las Atalas y de las Malvinas? Así que si en la época presente muchos hombres sensatos se lamentan de que Cervantes haya logrado tan completamente su designio, no es difícil que el autor de Ivanhoe, aficionando al público á los cuadros que habían desaparecido de su vista, le aleje para siempre de las insípidas caricaturas que ahora le divierten y alucinan.

Las novelas que mas nombradía han adquirido en estos últimos tiempos están impregnadas de los vicios que necesariamente han adquirido los pueblos, al llegar á cierto grado de civilización; el

egoismo reconcentrado, que sacrifica las consideraciones mas sagradas á la satisfaccion de una pasion dominante; la refinada hipocresía que cubre con el manto de la virtud los mas criminales excesos; la exasperacion del orgullo, y el delirio de la soberbia, que terminan por una muerte voluntaria las desventuras ocasionadas por los mas torpes extravíos. Al leer semejante conjunto de desacuerdos, no parece sino que el hombre ha sido colocado en la sociedad para abandonarse sin freno á sus apetitos; para encaminarse al logro que se propone, por los medios mas prontos y fáciles, y para retirarse por sí mismo de la escena cuando las circunstancias se han opuesto al cumplimiento de sus miras. ¿Qué otra moral es la que enseñan Werter, Saint-Preux, Oswald y otros personajes que por desgracia han dado en manos de ingenios de primer orden, que han sabido sedu-

cir en copa de oro, y dar á la insensatez y al delito un idioma encantador é irresistible?

Nuestro autor, lejos de abusar de las grandes prendas que como escritor posee, las emplea en objetos mas nobles, y si nos hace amable la virtud, no es presentándonos un simulacro vicioso revestido de su nombre, y formado de elementos enteramente contrarios á los suyos, sino pintándonos sus modelos, y dándonos á conocer amantes respetuosos, enemigos generosos y magnánimos, amigos fieles, servidores leales, y mugeres sensibles, pero recatadas, que no cifran toda su existencia en la pasion, ni se creen nacidas para inspirar y hacer locuras.

Nos lisonjamos con la esperanza de que los pueblos de la América que fué española, rectificadas sus ideas en fuerza de las reformas políticas que han

abrazado, sepan apreciar, aun en los ramos de lujo y recreo, lo que es realmente bueno, por estar de acuerdo con las reglas eternas del orden. Si merece su aprobacion este ensayo, no tardaremos en ofrecerles las obras maestras de la misma pluma.

## EL TALISMAN.

CUENTO DEL TIEMPO DE LAS CRUZADAS.

### CAPITULO PRIMERO.

Aun no habia llegado el sol á la mitad de su carrera en el cielo ardiente de Siria, cuando un caballero de la Cruz-Roja, que habia abandonado el techo paterno, situado en el norte de la Europa, para seguir á los

I.

1

abrazado, sepan apreciar, aun en los ramos de lujo y recreo, lo que es realmente bueno, por estar de acuerdo con las reglas eternas del orden. Si merece su aprobacion este ensayo, no tardaremos en ofrecerles las obras maestras de la misma pluma.

## EL TALISMAN.

CUENTO DEL TIEMPO DE LAS CRUZADAS.

### CAPITULO PRIMERO.

Aun no habia llegado el sol á la mitad de su carrera en el cielo ardiente de Siria, cuando un caballero de la Cruz-Roja, que habia abandonado el techo paterno, situado en el norte de la Europa, para seguir á los

I.

1

cruzados en Palestina, atravesaba lentamente los arenosos desiertos que rodean al mar Muerto, llamado tambien lago Asfaltites, donde las aguas del Jordan se acumulan en un mar aislado, que no envia á otro alguno el tributo de sus olas.

El guerrero peregrino habia caminado durante la primera parte de la mañana entre rocas, precipicios y ásperos desfiladeros, de los que habia salido á la gran llanura en que las ciudades malditas provocaron en otros tiempos, la directa y terrible venganza del Omnipotente.

El cansancio, la sed, los peligros de la jornada se borraron de la imaginacion del viajero al recordar la catástrofe espantosa que habia convertido en árido y triste desierto, el fértil y hermoso valle de Siddim, regado antes como el jardin del Señor, y hoy reducido á una soledad quemada por los rayos del sol, y condenada á esterilidad perpetua.

Al ver la negra masa de sus aguas, que ni en color ni en calidad se parecen á las otras que fecundan la superficie de la tierra, el

adalid cristiano hizo la señal de la cruz, ni pudo preservarse de un sentimiento de horror al considerar que debajo de aquella linfa espesa yacian las antes soberbias ciudades de la llanura, á las que abrió vasto sepulcro el rayo del cielo ó la erupcion de los fuegos subterráneos, y cuyas ruinas estan cubiertas por una mar que no alimenta peces en su seno, que no sufre quilla alguna en su espalda, y que no divide sus corrientes con el Océano, como si su lecho maldito fuese el único receptáculo digno de sus fangosas aguas. La tierra circunvecina era, como en los dias de Moises, sal y azufre; ni se siembra, ni se labra, ni crece yerba alguna en su superficie. Tambien ella podria llamarse muerta, puesto que nada produce que se asemeje á la vegetacion, y ni aun el aire consiente á sus ligeros habitantes, que huyen del olor del azufre y del betun, extraidos por el sol de las aguas del lago, y reunidos en nubes que presentan á veces las formas mas espantosas. Las masas voluminosas de la sustancia llamada nafta, que nadan pau-

sadamente en las sucias aguas del lago, suministran nuevos vapores á las nubes, y testifican la verdad de la historia de Moises.

Brillaba el sol con insoportable ardor en esta escena de desolacion y de ruina, y parecia que la naturaleza animada se escondia de sus rayos, excepto la figura solitaria que caminaba á paso lento por la arena, y que era el único ser dotado de vida que se percibiese en la vasta anchura del llano. El traje del ginete y el arnes del caballo no eran por cierto para viajar en semejante pais. Además de la cota de malla, con guantes y peto de acero que ya formaban una armadura de considerable peso, llevaba pendiente del cuello el escudo triangular, y en la cabeza el casco de barras de hierro, del que colgaba un collar de malla, que le cubria el cuello y los hombros, llenando el espacio que dejaban descubierto el peto y el espaldar. Defendian la parte inferior del cuerpo unos calzones largos de malla y borceguíes de acero, correspondientes á los guantes. Pendia del lado izquierdo una ancha y aguda espada de

dos filos, con el puño en forma de cruz; al lado derecho el puñal se sostenia en el cinturón. Iba asegurada en la silla, y apoyada en el estribo, la larga y puntiaguda lanza, con su banderola en la punta, que permanecia inmóvil en la calma, y ondeaba ligeramente cuando la impulsaba el viento. Añádase á este atavío la sobreveste de paño bordado, que aunque sobradamente traída, preservaba á la armadura de la accion del sol, que sin esta precaucion hubiera sido intolerable. Véase en la sobreveste el escudo de armas del caballero, gastado por el tiempo, pero que descubria aun un leopardo dormido con la divisa: *Duermo; no me despiertes*. La misma pintura llevaba el escudo triangular; bien que los golpes de las armas enemigas lo habian horrado en gran parte. La cimera del casco no llevaba crestón. Tal era, por lo comun, el equipo con que los caballeros cruzados arrostraban los rigores del clima y de la tierra, en que iban á buscar hazañas.

No era menos macizo el adorno del caba-

llo. La silla, cubierta de planchas de acero, sostenia por delante un ancho pretal, y por detras dos piezas de defensa para los costados y el cuarto trasero. Al pomo de la silla iba atada la maza de armas, ó martillo de hierro; las riendas eran cadenas del mismo metal; la frontera se componia de una cubierta de acero, con aberturas para los ojos y la nariz, y de en medio de ella salia una larga punta, dispuesta á guisa del asta del fabuloso unicornio.

El hábito habia convertido en necesidad este molesto aparato, tanto al caballo, como al jinete. Cierto es que muchos de los guerreros de Occidente morian antes de acostumbrarse al calor de Palestina; mas para otros muchos aquel clima era no solo benigno, sino favorable, y en este número se hallaba el solitario caballero á quien hemos dejado á orillas del mar Muerto.

La naturaleza habia dado á sus miembros aquellas proporciones que indican fuerza y vigor: así es que con tanta holgura sobrellevaba el peso de su casco, como si fuera

de delicada tela. A la firmeza de sus miembros correspondia la de su constitucion, capaz de sufrir todas las mudanzas del clima, y las mas duras penalidades. Su índole participaba en cierto modo de sus prendas exteriores, pues así como estas reunian con el sufrimiento y la robustez, la mas infatigable actividad, en aquella se juntaban inalterable mesura y sed inextinguible de gloria y de nombradía; dotes que caracterizaban la raza de los Normandos, y que les habian dado la soberanía de todos los pueblos que habian experimentado los rigores de sus aceros.

No todos ellos, sin embargo, recibieron amplio galardón de sus proezas; las del caballero del Leopardo solo le habian valido, durante dos años de campaña en Palestina, fama mundana y recompensas espirituales. Su reducida provision de dinero se habia agotado, y no sabia emplear para suplirla ninguno de los medios de que echaban mano muchos de los que seguian la bandera de la cruz. Ni exigia donativos de los habitantes, en cambio de respetar sus posesiones, cuando

se hallaban cerca de la escena de los combates, ni habia tenido oportunidad de enriquecerse con el rescate de algun personage cautivo. El reducido número de compañeros que habian salido con él del asilo paterno, y seguidole en sus correrías y aventuras, habia ido disminuyendo poco á poco. Solo le quedaba un escudero, que se hallaba gravemente enfermo á la sazón, y que por este motivo habia dejado solo á su amo; mas nada importaba esto á un caballero cruzado, que no creia poder hallar defensa mas segura que su espada, ni mejor compañía que sus devotos pensamientos.

Sin embargo, la naturaleza necesita de holganza y de reposo, y el caballero del Leopardo no estaba exento de esta ley comun, á pesar de sus músculos de hierro, y de su temple sufrido. Bajaba ya el astro del dia hácia el horizonte, y el guerrero se habia alejado algun tanto del mar Muerto, dejándolo á su mano derecha, cuando descubrió los palmeros que sombreaban la fuente á cuya márgen habia pensado sestear. El ca-

ballo, que en la jornada del dia habia imitado la paciente mesura de su amo, alzó el cuello, hinchó la nariz y aligeró el paso, como ansioso de llegar á la frescura que de lejos aspiraba; mas estaba escrito que antes de llegar al sitio deseado, caballo y ginete debian pasar nuevos riesgos y vencer nuevos obstáculos.

Mientras el caballero del Leopardo tenia la vista fija en los palmeros, parecióle distinguir un bulto que por entre ellos y detras de ellos se movia. Aquel objeto distante se desvió de los árboles que le ocultaban, y se adelantó hácia el caballero con tanta prontitud, que muy en breve pudo este distinguir un ginete, cuyo turbante, lanza y el verde caftan que ondeaba á impulso del viento, denotaban ser un adalid sarraceno.

«En el desierto, dice el proverbio de Oriente, no hay amigos.» Poco se curaba el caballero de que el infiel que se le acercaba, como si tuviese alas su trotero, viniese de paz ó de guerra, aunque habria preferido esta última á fe de campeón de la cruz. Desató la correa

de su lanza; tomola en su mano derecha; púsola en ristre; recogió las riendas con la izquierda; arrimó las espuelas al caballo, y se dispuso á recibir al desconocido, con la tranquila seguridad que convenia al que en tantos encuentros habia salido victorioso.

El Sarraceno se adelantaba á galope tendido, ostentando toda la destreza de un ginetete árabe, y dirigiendo los movimientos de su caballo, mas bien con las inflexiones de su cuerpo que con el uso de las riendas, las cuales pendian flojamente de sus manos. Al mismo tiempo, como para evitar los golpes de la formidable lanza del soldado de Occidente, cubriase el cuerpo con la ligera rodela de piel de rinoceronte, adornada con chapas de luciente plata. No enristraba la lanza como su adversario, sino que la sostenia casi perpendicular con la mano derecha, manteniendo su punta hácia arriba, algo mas alta que el turbante. Parecia natural que, viendo acercarse al enemigo con tanta violencia, el caballero del Leopardo saliese á su encuentro con no menos precipitacion. Mas

el cristiano, que no ignoraba las prácticas de los guerreros de Oriente, no quiso fatigar al caballo con esfuerzos inútiles. Mantúvose firme, confiado en que si el enemigo le acometia, su propio peso y el de su caballo le darian sobrada ventaja, sin necesidad de mayor impulso. Temeroso de este resultado, el Sarraceno, cuando se halló á distancia de dos lanzas de su contrario, mudó de direccion con inimitable destreza, y giró dos veces en torno del cristiano, el cual haciéndole siempre rostro, frustró su intento de cogerle desprevenido: visto lo cual por el infiel, retiróse á obra de cien varas de distancia. Segunda vez renovó su empeño el Moro, con la prontitud del ave de rapiña que se lanza á la presa, y segunda vez se tuvo que retirar, sin ser osado á atacar cuerpo á cuerpo. Acercóse tercera vez del mismo modo, y el cruzado impaciente y deseando poner fin á una escaramuza que podria terminar en daño suyo, si su ligero enemigo lograba cansarle, le arrojó de pronto la enorme maza que del pomo de la silla pendia, con tanta firmeza y

tino, que fué en derechura á su cabeza. El Sarraceno tuvo apenas tiempo de guarecerse con el escudo; mas sirvióle de poco, pues el golpe rechazó el escudo contra el turbante, y aunque este amortiguó la violencia del arma, no le preservó de caer de la silla. Antes que el cristiano pudiese aprovecharse de la ventaja que le daba esta caída, el Moro se alzó del suelo, dió un grito al caballo, y habiendo acudido este al llamamiento, su agílimo dueño volvió á colocarse en la silla, sin tocar con el pie en el estribo. El del Leopardo recobró su maza, y el Moro, que no olvidaba el tino con que sabia manejarla, usó de mayor cautela que en su primer encuentro, disponiéndose entre tanto á manejar las armas mas usadas entre las gentes de aquel pais: asi que, plantando la lanza en la arena á cierta distancia del campo de batalla, y desatando un arco pequeño que llevaba pendiente de la espalda, se echó á galopar de nuevo al rededor del Europeo, describiendo círculos mas extendidos que en la primera ocasion, y arrojando entre tanto seis flechas

con tanta seguridad, que si el cristiano no recibió otras tantas heridas, fué porque le defendió la fuerte contextura de su cota de malla. La séptima flecha debió de encontrar la parte mas indefensa de la armadura, puesto que el cristiano cayó del caballo, dando un golpe tremendo. Mas ¡cuál fué la sorpresa del infiel, cuando al desmontarse para examinar la condicion de su rendido adversario, se halló de pronto fuertemente preso en sus manos! La caída en efecto no habia sido mas que una estratagema de que se valió el del Leopardo para atraer á su enemigo, el cual sirviéndose otra vez de su ligereza y presencia de espíritu, desató el cinturón del que pendia la vaina de la cimitarra que el cristiano habia asido, y frustrando de este modo su artificio, montó sobre su caballo, que habia estado observando atentamente sus movimientos, como si tuviera bastante razon para prever el resultado. Mas en el último encuentro el Sarraceno habia perdido la cimitarra y la aljaba, que pendian del cinturón. Tambien habia rodado al suelo el turbante:

cuyas desventajas le indujeron á poner término á las hostilidades. En efecto, acercóse al cristiano, con la mano derecha extendida, y no ya en la actitud del que amenaza.

— Treguas hay entre nuestras dos naciones, dijo el Moro en lengua franca, que era la que se usaba entre musulmanes y cruzados. ¿Porqué ha de haber guerra entre nosotros dos? Mas vale que estemos en paz.

— Que me place, respondió el caballero del Leopardo dormido. Pero ¿qué fianzas me das de la paz que me propones?

— Los que siguen al profeta, dijo el emir, no violan jamás la palabra que empeñan. Tú eres, valiente nazareno, el que deberías darme fianzas, si fuera posible que habitasen juntos la falsía y el valor.

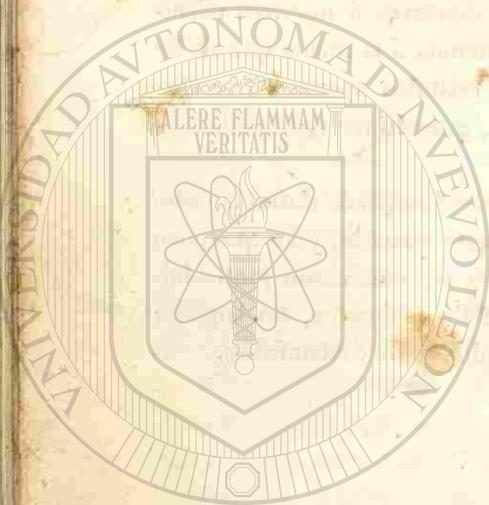
El cristiano quedó confuso y como avergonzado de sus recelos.

— Por la cruz de mi espada, dijo poniendo la mano en el puño, juro que seré tu fiel compañero todo el tiempo que la suerte nos mantenga juntos.

— Por Mahoma, profeta de Dios, contestó

el musulman, y por Alah, Dios del profeta, juro no serte traidor, y puesto que se acerca la hora de dar descanso á nuestros miembros, encaminémonos á la fuente que allí se divisa y cuyos cristales apenas habian tocado mis labios, cuando me vistes salir á tu encuentro.

El caballero del Leopardo dormido cedió cortesmente á este convite, y los que poco antes eran enemigos, caminaron juntos hácia la fuente de los palmeros, sin lanzarse una mirada de odio ni de desconfianza.



# UANL

## CAPITULO II.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES

En los tiempos de revueltas y peligros suele haber intervalos de paz y buena voluntad, y así acontecía en los siglos feudales, en que siendo la guerra la ocupación principal y más digna de los hombres, los descansos que la paz, ó por mejor decir, la tregua pro-

porcionaba, eran gustosamente saboreados por los guerreros, que tan de tarde en tarde los disfrutaban, dándoles mayor realce las mismas circunstancias que abreviaban su duración. No había guerrero alguno que no relajase algun tanto su enemistad con un contrario que había medido sus armas con él aquel mismo día, y que estaba pronto á medirlas, con no menos encono, al día siguiente. Sobrada ocasion daban los tiempos y las circunstancias al ímpetu de las pasiones violentas, así que los enemigos se abandonaban alegremente al trato y al júbilo cuando se suspendian las hostilidades, á menos que los agriase el odio personal ó el recuerdo de alguna grave afrenta.

La diferencia de religion y el celo fanático que animaba á los que seguian la cruz y la media luna, solia ceder á la generosidad que es inseparable del valor verdadero, y que sobresalia en el espíritu caballeresco de aquellos siglos.

Este poderoso impulso se había comunicado gradualmente de los cristianos á sus

mortales enemigos los Sarracenos de España y Palestina. No eran ya los Moros, aquellos fanáticos salvages que habían salido del centro de los desiertos de Arabia, con el sable en una mano y el Koran en la otra, á matar ó á propagar la fe de Mahoma, y á imponer cadenas ó tributos á los pueblos que osasen rehusar la creencia del profeta de la Meca. Así lo habían hecho en verdad con los indefensos y pacíficos habitantes de Siria y de Grecia; mas cuando las hubieron con los cristianos de Occidente, á quienes animaba un celo no menos ardiente que el de los invasores, y que no les cedian en valor, en destreza ni en deseo de gloria, los Sarracenos adoptaron poco á poco sus usos y especialmente los ritos y prácticas de la órden de caballería, que tanto imperio ejercen en el ánimo de un pueblo orgulloso y conquistador. Hacian justas y otros juegos guerreros; tenian caballeros, ó á lo menos distinciones militares análogas á aquella institucion, y sobre todo guardaban la fe empeñada con una escrupulosa fidelidad, que á veces ser-

via de confusion y vergüenza á los que seguian la religion verdadera. Guardaban rígorosamente la tregua, ya fuese de nacion á nacion, ya de individuo á individuo; así que la guerra, que es el mayor de los males, abria un vasto campo al ejercicio de la generosidad, de la buena fe, de la clemencia y aun de los sentimientos mas afectuosos. En épocas mas tranquilas, cuando las pasiones de los hombres agriados por el rencor ó por la injuria, no pueden reventar con tanta violencia como en el campo de batalla, se arraigan, se reconcentran, se perpetuan en los corazones que tienen la desgracia de darles abrigo.

El influjo de aquellas disposiciones benignas que suavizaban los horrores de la guerra, era el que habia aplacado el furor del caballero cristiano y del adalid sarraceno, los cuales poco tiempo despues de haberse esmerado en su mutua destruccion, caminaban sosegadamente hácia la fuente de los palmeros, á que se dirigia el del Leopardo dormido, antes que le saliera al paso su diestro

enemigo. Ambos marchaban silenciosos y pensativos, como si tomasen un respiro despues del encuentro que hubiera podido ser fatal á uno y otro. Tambien se notaba en los caballos la misma necesidad de descanso. El del Sarraceno sin embargo, aunque su ejercicio habia sido mas violento y mas extendida la escena de su lucha, no parecia tan oprimido por el cansancio, como el del caballero de Occidente. Corria abundantemente el sudor por todos los miembros de este, mientras los del animoso Arabe estaban ya completamente secos, sin notarse otros resultados de su última fatiga, que la espuma que salpicaba el freno y la gualdrapa. Era tan movediza la arena, que el pobre caballo del cristiano, oprimido por su pesado aparejo y por la carga del ginete, apenas daba un paso sin un penoso esfuerzo: así que el caballero del Leopardo se desmontó, y á pesar de que el estorbo de la armadura no le permitia andar con mucha soltura, dejó ir solo al compañero de sus trabajos y luchar sin tanto inconveniente con los obstáculos que le ofrecia

aquel suelo menos consistente y sólido que la arena mas impalpable.

— Bien haces, dijo el Sarraceno, interrumpiendo el silencio que habian guardado los dos guerreros desde la celebracion de la tregua, ese fiel animal merece la atencion con que lo tratas; pero, ¿qué has de hacer en el desierto con un caballo que á cada paso planta los cascos en la arena á tanta profundidad como la raiz de un palmero?

— Tienes razon, respondió el cristiano, sentido de que el Sarraceno hubiese zaherido á su caballo favorito; hablas segun tus conocimientos é ideas. Mas antes de ahora ese generoso trotero ha caminado con el peso de su amo en su tierra natal, sobre un lago tan extendido como el que tenemos enfrente, y ni un solo pelo de su cuerpo estaba mojado.

El Sarraceno miró al cristiano con toda la sorpresa que cabia en su índole mesurada y gravedad. El espeso bigote que le cubria el labio superior, se dobló suavemente á impulso de la desdeñosa sonrisa que le arrancó tan extraña proeza.

— Cierto es el refran de nuestra gente, dijo despues de una ligera pausa y de haber vuelto á tomar su serenidad acostumbrada; habla con un Franco y oirás una fábula.

— Falta de cortesía es, respondió el cruzado, dudar de la palabra de un caballero; y si no fuera porque tu incredulidad es hija de ignorancia y no de malicia, este seria el punto en que se rompiese la tregua que hemos pactado. ¿Piensas que te engaño cuando te digo que quinientos caballeros cristianos, armados de malla como yo lo estoy ahora, hemos caminado á caballo muchas millas por agua endurecida como el cristal y diez veces menos quebradiza?

— ¿Qué estás diciendo? repuso el musulman. Ese mar que tenemos á la vista, ha recibido la maldicion de Dios y de sus resultas arroja á la costa cuanto cae en su seno. Pero ni el mar Muerto, ni ninguno de los siete océanos que bañan la tierra, sufrirá en su superficie la huella de un caballo. Acuérdate de Faraon y de su hueste, en el paso del mar Rojo.

— Hablas, dijo el caballero, como quien no ha salido jamas de estos climas tostados por los rayos del sol, y yo hablo como quien ha sido testigo de otros portentos de la naturaleza. Asi como en estos paises el calor da á la tierra lá movilidad y la ligereza del agua, asi en otras partes el frio da al agua la dureza de la roca. Mas no hablemos mas de esto, porque el recuerdo de un lago revestido de la pompa del invierno, en cuyo azulado y refulgente espejo se retratan las brillantes estrellas y los albos destellos de la luna, aumenta el horror de este triste desierto, donde el aire que se respira es mas ardiente que el vapor del horno mas encendido.

El Sarraceno dirigió atentamente la vista al cristiano, como si quisiera descubrir el sentido de las palabras que habia pronunciado y que le parecian envolver algun misterio ú artificio. Al fin rompió el silencio, habiendo fijado su irresolucion acerca del sentido en que debia tomar las expresiones de su compañero.

— Tú eres, dijo, de una nacion festiva y risueña. Es fama, que los caballeros franceses se divierten entre sí y con los extraños, en referir hazañas que estan fuera del alcance de las fuerzas del hombre; sucesos que nunca han ocurrido ni podido ocurrir. La exageracion es mas natural entre vosotros que la verdad. He hecho mal en entrar en conversacion contigo.

— No soy caballero frances, repuso el del Leopardo, ni he seguido jamas esa costumbre de que hablas y que en efecto tienen. Cuando hablo de alguna hazaña es porque puedo acometerla y llevarla al cabo. Mas he imitado el poco seso de aquellos caballeros en referir lo que es cierto y verdadero, y que tú, por falta de conocimientos, no puedes creer. Dejemos pues esta conversacion, que ha dado lugar á que me tengas en concepto de falso y ponderador.

Al terminar este discurso, los dos caminantes llegaron al bosquecillo de palmeros y á la fuente que esparcia á su sombra su desordenada y bulliciosa corriente.

Como las treguas de los guerreros de Palestina suspendian agradablemente los males de la guerra, asi aquel manantial rodeado de belleza y de frescura recreaba la imaginacion en medio de la triste desnudez del desierto.

Era por cierto una escena poco digna de atencion en cualquiera otra parte del mundo; mas bien podia llamarse paraíso, en medio de un horizonte sin límites, el grupo solitario de árboles que ofrecia sombra y agua al cansado y sediento caminante. Alguna mano generosa y caritativa habia cubierto de techo y muro la fuente antes que empezasen los dias aciagos de Palestina, á fin de que no la secase el calor, ni la sepultasen las nubes de arena que el menor soplo de viento levanta en el desierto. La bóveda estaba deshecha en parte y arruinada; mas aun se conservaba lo bastante para que los rayos del sol que se esparcian con insufrible resplandor en torno, respetasen las aguas, cuyo lecho cristalino deleitaba la vista y la fantasía. El manantial salia de debajo del arco, de donde pasaba á una gran taza de mármol.

degradada por la mano del tiempo; mas era grato considerar que aquel sitio habia sido destinado al reposo de los viajeros, y que el trabajo del hombre se habia empleado allí en aliviar sus propios males. El que llegaba á la fuente alligido por la sed y por el cansancio, se acordaba de los que le habian precedido en aquellas penalidades; de los que habian encontrado refrigerio y solaz en aquel sitio, y salido quizas de él para una region mas fértil y placentera. La corriente que se desprendia de la taza de mármol, alimentaba á los árboles que la cubrian con su follage, y se perdia despues en la arena, señalando el curso de sus ondas con una alfombra de césped menudo.

Los dos guerreros hicieron alto en aquella agradable mansion, y cada uno siguiendo los usos de su respectivo pais, se empleó inmediatamente en aligerar el caballo del peso del freno y de la silla, y en darles de beber, antes que ellos mismos aplacasen la sed que los molestaba. Dejaron en seguida sueltos á los dos animales, sin miedo de que abandonasen

la yerba de que alli solo podian gozar, y confiados ademas en la fidelidad y obediencia que habian adquirido en su servicio.

Hecho lo cual, cristiano y sarraceno se sentaron juntos sobre la yerba, y cada cual sacó la reducida provision de que se habia apercebido para el necesario alimento; mas antes de empezar á pagar el tributo á la naturaleza, se estuvieron algun rato mirando y examinando recíprocamente, con la curiosidad que les habia inspirado el lance de su encuentro. Era natural que cada uno de ellos desease medir la fuerza y tener alguna idea de la índole de tan formidable adversario, de cuya investigacion resultó que cada cual formase la mas alta opinion de su enemigo.

El contraste que formaban los dos campeones en sus facciones y talante, era en extremo notable y curioso, y cada uno de ellos ofrecia un tipo perfecto de la nacion á que pertenecia. Era el Franco fornido y membrudo; sus formas parecian haber sido vaciadas en el molde comun de la gente goda, como lo denotaban tambien sus negros ca-

bellos, que cuando se despojaron del pesado yelmo se esparcieron por el cuello en encrespados risos. El rostro habia adquirido de resultas del calor del clima, un tinte algo mas oscuro que el que prometian los grandes ojos azules y el color del bigote que ocultaba enteramente el labio superior. Era la nariz derecha y bien proporcionada á guisa de estatua griega; pequeña la cabeza y graciosamente asentada.

No representaba mas que treinta años de edad, y aun podia presumirse que hubiera representado menos, si no fuera por el influjo del clima y por los efectos de los trabajos y penalidades de la guerra. Era alto, robusto, atlético en su porte, como un hombre que va llegando á la edad de adquirir un vigor irresistible, pero que hasta entonces gozaba de no menos fuerza que ligereza y actividad. Notábase en su lenguaje y en sus movimientos la expresion franca y á veces dura y violenta que trae consigo la ocupacion de las armas. El tono de su voz era de un hombre mas bien acostumbrado á man-

dar que á obedecer, y que no se para en decir todo lo que piensa sin curarse de quien le oye.

El emir sarraceno era en su aspecto y en el dibujo de su persona muy diferente, ó por mejor decir, enteramente opuesto al adalid cristiano. Era su estatura mas que mediana, puesto que solo le llevaba tres ó cuatro dedos el cruzado, cuya talla, como hemos dicho, era gigantesca. Sus delgados miembros, aunque proporcionados al aire que dominaba en toda su figura, no parecían corresponder al vigor y elasticidad de que habie hecho alarde en el encuentro con su antagonista; pero observado mas atentamente, se notaba que si carecia de aquella redondez mórbida y elegante de los hombres llenos y carnudos, la armazon de sus sólidos huesos, despojada de todo embarazo y peso inútil, era sumamente apta á los ejercicios violentos y á la fatiga, mucho mas que la del otro campeón, cuya fuerza alcanzaba hasta donde el peso lo permitia, y que solia agotarse de resultas del mismo impulso que la ponía en

movimiento. En toda la persona del musulman se echaba de ver la mas perfecta semejanza con la tribu oriental de que descendia, y demostraba cuan exageradas eran las descripciones y cuan fabulosos los retratos que de los guerreros infieles solian hacer los romanceros y pintores de aquel siglo. Sus facciones aunque pequeñas, no eran desproporcionadas ni comunes; era la tez del color correspondiente al efecto del ardoroso clima en que vivia, y el rostro terminaba en una barba larga y poblada, peinada con esmero. Sus ojos eran penetrantes, negros, agudos y hundidos, y la blancura de los dientes podia compararse á la del marfil del desierto. En fin las proporciones y persona del Sarraceno, puesto al lado de su poderoso enemigo, ofrecian el mismo contraste que la aguda y corva cimitarra del uno con la larga y anchurosa espada goda del otro. El emir se hallaba en la flor de los años, y si no fuera por la poca extension de su frente y la sobrada pequenez de algunas de sus facciones, merecia el dictado de hermoso, segun las ideas que rei-

nan en Europa sobre las dotes que constituyen la verdadera hermosura.

Los modales del guerrero de Oriente eran graves, apacibles y comedidos aunque indicaban en ciertos casos la sujecion habitual que suelen imponerse los hombres de temperamento ardiente y colérico, para comprimir los ímpetus vehementes de la pasion. Al mismo tiempo notábase que conocia su propia dignidad, como si exigiera de los otros la deferencia y formalidad que creia merecer.

Quizas no estaba menos penetrado de su superioridad el caballero del Leopardo, mas lo demostraba de muy diferente modo que su nuevo amigo, y el mismo sentimiento que dictaba al cristiano la prontitud, el descuido, la franqueza de sus salidas, como quien está saisecho de su propia importancia, y no va en pos de la aprobacion ajena, prescribia al Sarraceno un comedimiento mas estudioso y mayor esmero en el ritual de la ceremonia. Ambos eran cortesés; empero la cortesía del cristiano nacia de la llaneza decorosa con que se creia autorizado á tratar á los otros,

y la del musulman de la alta estima que pensaba merecer por sí mismo.

La provision que los dos guerreros habian hecho para reparar sus fuerzas y mantenerse durante el viaje era parca y sencilla, aunque la del Moro lo era en demasia y ya tocaba en la raya de abstinencia. Un puñado de dátiles y una costra de negro y duro pan de cebada bastaban á satisfacer el hambre del último, porque su educacion le habia acostumbrado á la dieta del desierto, no obstante el lujo y suntuosidad que se habian introducido en la vida sobria de los Arabes, desde que los soldados de Occidente habian puesto el pie en Siria. Su bebida se redujo á algunos tragos de la fuente á cuya orilla estaba reposando. El banquete del cristiano, aunque tosco, era algo mas nutritivo. Formaba su parte principal una cabeza de javalí fiambre, manjar que los sectarios de Mahoma no pueden mirar sin abominacion; y su bebida contenida en una bota de cuero, era algo mas espirituosa que la linfa pura de la corriente. Comió con mas apetito y bebió con mas satisfaccion que

la que convenia, segun la opinion del Sarraceno, al desempeño de una funcion puramente corporal, y seguramente, el secreto desprecio con que mutuamente se contemplaban como sectarios de dos religiones enemigas irreconciliables, creció de punto al descubrir tan notable diferencia en sus usos y comidas. Pero como cada cual sabia apreciar la fuerza del brazo del antagonista, este mutuo respeto que habia nacido durante el combate, bastaba á imponer silencio á la reconvenccion y á la censura. Sin embargo de lo cual, el Sarraceno no tuvo bastante imperio sobre sí mismo para reprimir su deseo de manifestar al cristiano, cuanto les desagradaba aquel modo de satisfacer una necesidad de la naturaleza, y despues de haber observado algun rato deleite con que el caballero del Leopardo continuaba comiendo mucho tiempo despues de haber concluido él su colacion, le dirigió estas palabras :

— Valiente Nazareno, ¿ es posible que quien se asemeja al leon cuando pelea, se equipare al perro y á la zorra cuando come?

¿ Es posible que saborees como si fuera fruto de los árboles del paraíso ese sacrilego manjar que hasta el incrédulo Judío mira con espanto.

— Valiente Sarraceno, contestó el cristiano, no sin extrañar tan inesperada y acerba acusacion; sábete que ejerzo la libertad cristiana en usar lo que es vedado á los Judíos, que se creen obligados á seguir los preceptos de la ley antigua de Moises. Nosotros caminamos por sendero mas seguro, gracias á Dios. Dicho lo cual y como si quisiera aumentar los escrúpulos de su compañero, recitó devotamente un Ave Maria en latin, y regó la oracion con un buen trago de la bota.

— Por cierto, dijo el Moro, que no entiendo la extraña libertad de que has hablado. ¿ Es libertad acaso, degradarse hasta la condicion de las bestias, y deleitarse en beber lo que ellas rehusan.

— Ignoras, desacordado, repuso el cristiano sin detenerse, que estás blasfemando del nombre de Dios, como le blasfemó en los

dias antiguos tu padre Ismael. El jugo de la perra ha sido dado al que lo sabe usar con cordura, puesto que restaura el corazón después de la fatiga, le restablece en la enfermedad y le vigoriza en el contratiempo. El que así goza de este beneficio debe dar gracias á Dios por el vino que bebe, como por el pan que come cada día, y el que abusa de este don precioso del Altísimo, es tan insensato en su embriaguez, como tú lo eres en tu abstinencia.

Asomóse la cólera á los ojos del Sarraceno cuando hubo oído tan amarga reconvención, y ya fué maquinalmente su mano derecha á buscar el puñal que no se había separado de la cintura. Mas este fué un impulso impremeditado é instantáneo, que se dispó con el recuerdo del poderoso campeón con quien las había, y del vigor que había ostentado en desesperada lucha, cuya impresión agitaba aun las venas y los miembros del musulmán. Así que, se limitó á seguir la disputa de palabra, como arma mas conveniente á las circunstancias en que la suerte le había puesto.

— Tus palabras, Nazareno, dijo, pueden dar lugar al odio; mas causa compasión tu ignorancia. ¿No ves, ¡o tú mas ciego que el que pordiosea á la puerta de la mezquita! que esa libertad de que te jactas no es mas que una penosa esclavitud? Vosotros comprimis todas vuestras facultades, y hasta poneis barreras á los goces que mas contribuyen á la ventura del hombre, y á su felicidad doméstica. Vuestras leyes, si en efecto las observais, no os permiten mas que una compañera, sea sana ó enferma, fértil ó infecunda, y ora os sirva de consuelo y alegría, ó de tormento y discordia. Esa coartación, Nazareno, solo merece el nombre de vergonzosa esclavitud. El profeta, al contrario, ha concedido á sus verdaderos creyentes los privilegios patriarcales de nuestro padre Abraham y de Salomón, el mas sabio de los hombres. En la tierra tenemos á nuestra disposición el número de compañeras que basta á suavizarnos los tormentos de la vida, y en la futura nos aguardan los negros ojos de las nouris del paraíso.

— Por el nombre de aquel que mas reverencio en los cielos, exclamó el cristiano, y por aquella que acato en la tierra, te juro, ¡o musulman! que eres un infiel obcecado y endurecido. Dimé, insensato, ¿aprecias en mucho ese diamante que llevas al dedo?

— Ni en Basora ni en Bagdad, respondió el Sarraceno, hallarás uno que se le iguale: mas, ¿á qué viene esa pregunta y qué tiene que ver con el asunto de que se trata?

— Sabráslo si me escuchas, dijo el Franco. Toma mi maza de armas y convierte esa joya en fragmentos, ¿valdrá tanto cada uno de esos fragmentos como la joya de que hacian parte? ¿Tendrán todos ellos juntos la décima parte de su valor?

— Esa pregunta es propia de un niño, dijo el Moro. Un pedazo de esta alhaja no podria valer ni la centésima parte de lo que ella vale.

— Sarraceno, repuso el cristiano, el amor que un caballero cristiano profesa á la noble y fiel dama de sus pensamientos, es la joya entera, y el afecto que tú distribuyes

entre esas esclavas y concubinas, se puede comparar á los trozos del diamante.

— Por la santa Caba, dijo el emir, que estás loco de remate, puesto que sufres al cuello una cadena de pesado hierro como si fuera de oro acrisolado. Reflexiona mas atentamente sobre el símil de que te has servido para argüirme. Este anillo perderia la mitad de su hermosura si la piedra principal no se hallara engastada en ese círculo de piedras menores que la entorna y hermosea. El diamante del centro es el hombre, firme, sólido, y cuyo precio está en sí mismo y no en una causa extraña. Esos menudos joyeles del círculo son las mugeres, que reciben todo su valor del hombre que las hace partícipes de su satisfaccion y de sus placeres. Este y no otro es el verdadero sentido de la parábola, porque, como dice el poeta Mansour; el favor del hombre es el que da valor y estima á la muger, como el rayo del gran planeta da esplendor y brillo al arroyo.

— Sarraceno, dijo el cruzado, hablas como quien nunca ha tenido la dicha de ver una

muger digna de los afectos de un soldado. Si se hubieran fijado tus ojos en las damas europeas, á quienes, despues de Dios, nosotros los que la estrecha órden de caballería profesamos, debemos toda lealtad y toda reverencia, mirarias con hastío esas desventuradas esclavas de tu harem. La hermosura y gentileza de la dama, da puntas á nuestras espuelas y filo á nuestras espadas: sus palabras y mandatos son las leyes que acatamos y obedecemos, y mas fácil será que dé luz una lámpara apagada, que nombrar á un caballero famoso por sus hazañas, si no tienen dueño los afectos de su alma.

— Antes de ahora, dijo el emir, he oido hablar de ese frenesí de los caballeros de Occidente, y lo he considerado como un síntoma de esa misma locura que os conduce de tan lejas tierras á combatir por un sepulcro vacío. Todos los Francos con quienes he topado en el curso de mis aventuras me han hablado en tan altos términos de la lindeza de las damas de su tierra que me olgara de considerar por mí mismo tan decantados

prodigios, que tales deben de ser cuando transforman á tantos esforzados guerreros en juguetes de sus caprichos.

— Valiente musulman, contestó el del Leopardo, á no ser porque voy de romería al santo sepulcro, tendria á gloria conducirte, bajo fianza de seguridad, al campo de Ricardo de Inglaterra, á quien nadie sobrepuja en dar estima á un noble enemigo, y aunque soy pobre y camino sin acompañamiento, hago pleito homenaje de conducirte á tí, ó á otro musulman que tú designes, no solo con seguridad, sino con honor y respeto. Allí podrán deleitarse tus ojos, contemplando las hermosas damas de Francia y de Inglaterra, cuyo esplendor es diez mil veces mayor que el de la mina de donde se sacó tu diamante.

— Pues por la piedra fundamental de la Caba, dijo el Moro, que acepto tu convite con la misma franqueza con que me ha sido propuesto, si lo dejas para ocasion mas oportuna, y sírvame la presente para advertirte, bravo Nazareno, que mas te convendría vol-

ver la rienda al caballo y encaminarte al campo de los tuyos, que ir á Jerusalem sin pasaporte, pues tanto monta esta empresa como poner en acechancia tu vida.

— Tengo un pase, dijo el cristiano, sacando un pergamino, dado por Saladino con su sello y firma.

El Sarraceno inclinó la cerviz hasta el suelo, al reconocer el sello y la letra del afamado soldan de Egipto y de Siria, y habiendo besado el papel con profundo acatamiento, y colocádolo sobre la frente, lo devolvió al cruzado diciéndole: — Temerario Europeo, has pecado contra tu sangre y contra la mia. ¿Porqué no me enseñaste este documento cuando nos encontramos?

— Porqué no me diste lugar á ello, respondió el del Leopardo, á mas, si me hubiese atacado un tropel de Sarracenos hubiera convenido á mi honor enseñar el pase del soldan: mas no así á un hombre solo.

— Y sin embargo, dijo el Moro con altanería, un hombre solo bastó para cortarte el camino.

— Verdad es, valiente Sarraceno, repuso el caballero, mas no son comunes en esta tierra los hombres como tú. Los buenos halcones no vuelan á bandadas, y si vuelan, no atacan juntos á un pájaro solo.

— Nos haces justicia, dijo el Sarraceno, tan satisfecho de esta cortesía, como antes habia estado ofendido de su arrogancia; puedes caminar seguro de que ningun musulman osará tocarte al pelo de la ropa: pero bien ha sido para mí no darte muerte, llevando en tu salvaguardia la firma del rey de los reyes. La cuerda ó el sable hubieran sido la pena de tamaño desacato.

— Huélgome de saber, dijo el caballero, que de tanto puede valerme el pase de Saladino, pues tengo entendido que el camino está cubierto de bandoleros.

— La verdad te ha sido dicha, valiente cristiano, respondió el emir, pero te juro por el turbante del profeta, que la menor ofensa que te hicieran esos malvados, seria vengada por mí mismo, y por otros quinientos de á caballo. Los varones perecerían á

nuestras manos, y las hembras serian enviadas á tan remoto cautiverio, que el nombre de su tribu no se oiria pronunciar en quinientas leguas á la redonda de Damasco. El sitio de su aldea seria sembrado con sal, y ningun ser viviente fijaria en él su residencia en los futuros siglos.

— Mejor fuera, generoso emir, dijo el cristiano, que ese designio se emplease en venganza de otra persona que en la mia, porque mi voto está escrito en el cielo, y debo resignarme á los males y holgarme en los bienes que me sobrevengan en su cumplimiento, y ahora habré de deberte la gracia de que me indiques un sitio apartado del camino, donde pueda descansar esta tarde, antes de llegar al término de mi jornada.

— Estanoche, dijo el Sarraceno, descansarás bajo la parda cubierta de la tienda de mi padre.

— Esta noche, repuso el cristiano, haré oracion y penitencia con el santo varon, Teodorico de Engaddi, que habita entre estas asperezas, y pasa la vida en el servicio del Señor.

— Yo te dejaré talvo en su compañía, dijo el emir.

— La tuya, dijo el cristiano, me seria en gran manera agradable; mas temo que corra peligro la vida de aquel hombre bendito, porque las manos crueles de los Arabes se han teñido en la sangre de los servidores de Dios, y por esta razon venimos aquí armados de punta en blanco, para franquear el camino del sepulcro de nuestro Redentor, y proteger á los santos y anacoretas que viven en esta tierra de promesas y milagros.

— Nazareno, dijo el emir, los Griegos y los Sirios interpretan siniestramente la conducta que observamos con los que siguen tu fe. Nosotros obedecemos fielmente el precepto de Abubeker Alwakel, sucesor del profeta, en el mando de los verdaderos creyentes, el cual, cuando envió al afamado capitán Yezed-Ben-Sofran, á rescatar la tierra de Siria de manos de los infieles. « Anda, le dijo, y compórtate como hombre de pro en las batallas, pero no pongas tus manos en el viejo, ni en el enfermo, ni en la muger, ni en el

niño. No despojes la tierra, ni destruyas los árboles, ni el trigo, que son dones de Alá. Guarda la fe empeñada, aun cuando sea en tu daño y menoscabo. Si encuentras varones piadosos, que se sustenten con el trabajo de sus manos, y sirvan á Dios en el desierto, no los dañes, ni echés al suelo sus habitaciones. Mas si encuentras hombres con la cerviz afeitada en forma de corona, ten entendido que ellos forman la sinagoga de Satanás : esgrime el sable, mata, no ceses hasta que lleguen á ser creyentes ó tributarios. » Como el califa, compañero del profeta, nos lo dijo, así hemos obrado, y los sacerdotes de Satanás han perecido á nuestras manos. Pero el hombre de recto corazón que, sin excitar pueblos contra pueblos, reverencia sinceramente la fe de Issa-Ben-Mariam; halla en los Arabes escudo, sombra y patrocinio. Tal es el anacoreta en cuya busca vas, y aunque es cierto que no le ha alumbrado la luz del profeta, en mí no hallará otra cosa que amor, favor y estima.

— El anacoreta Teodorico, dijo el guer-

rero peregrino, no ha recibido, según tengo entendido, las órdenes sagradas : mas poco importa, pues estoy pronto á esgrimir la lanza en su defensa, contra todo pagano ó infiel que....

— No nos provoquemos uno á otro, hermano, dijo interrumpiéndole el musulmán : hartos enemigos hallaremos tú en mi nación, y yo en la tuya, contra quienes podamos esgrimir espada y lanza. Ese Teodorico de quien hablas es protegido y respetado por Arabes y Turcos, y aunque parece en ciertos intervalos hombre de condición extraña, su conducta en general es tan semejante á la de los verdaderos creyentes, que merece la protección del que fué enviado del cielo...

— Tente y no prosigas, exclamó de pronto el cruzado, ó juro por la santa Virgen que si te atreves á pronunciar otra vez el nombre del arriero de la Meca...

El musulmán al oír estas razones sintió en el rostro encenderse el fuego de la pasión, mas supo comprimirse, y responder con grave y compostura : — No vituperes á quien

no conoces : nosotros los musulmanes veneramos al fundador de tu religion , y solo condenamos la doctrina que los falsos sacerdotes le atribuyen. Yo mismo te conduciré á la cueva del ermitaño, que difícilmente podrías encontrar, sin el auxilio de alguno que tenga práctica en estos caminos. Dejemos á los molas y á los frailes que disputen sobre estas recónditas materias, y hablemos nosotros de las que convienen á jóvenes y á soldados; de batallas reñidas, de damas hermosas, de armas bien templadas y de brillantes armaduras.

## CAPITULO III.

Alzáronse los dos guerreros del sitio de su breve y sencillo banquete , y mutuamente se ayudaron en aparejar con esmero á sus fieles caballos, que durante el reposo de sus amos, habian estado pastando la menuda yerba, libres del peso de sus bélicos atavíos. Ambos

no conoces : nosotros los musulmanes veneramos al fundador de tu religion , y solo condenamos la doctrina que los falsos sacerdotes le atribuyen. Yo mismo te conduciré á la cueva del ermitaño, que difícilmente podrías encontrar, sin el auxilio de alguno que tenga práctica en estos caminos. Dejemos á los molas y á los frailes que disputen sobre estas recónditas materias, y hablemos nosotros de las que convienen á jóvenes y á soldados; de batallas reñidas, de damas hermosas, de armas bien templadas y de brillantes armaduras.

## CAPITULO III.

Alzáronse los dos guerreros del sitio de su breve y sencillo banquete , y mutuamente se ayudaron en aparejar con esmero á sus fieles caballos, que durante el reposo de sus amos, habian estado pastando la menuda yerba, libres del peso de sus bélicos atavíos. Ambos

eran diestros en esta ocupacion, que en aquellas épocas formaba parte necesaria del ejercicio de las armas. Los dos nobles animales, fieles compañeros de sus amos, en sus viajes y encuentros, los miraban con todo el afecto y confianza que pueden haber en una criatura irracional. Esta especie de familiaridad entre caballo y ginete era en el Sarraceno un hábito contraído desde la juventud, porque en las tiendas de las tribus guerreras de Oriente, el caballo ocupa un lugar igual al de la muger y los hijos. El guerrero europeo miraba en su dócil y alentado trotero poco menos que un compañero de armas; que tal es el influjo de las circunstancias y de la necesidad. Los animales dejaron tranquilamente el herboso pasto, y la soltura de que hasta entonces habian estado gozando, y con sus relinchos y movimientos acariciaban á sus amos, en tanto que estos los apercibian á nuevos trabajos y fatigas. Mientras los dos guerreros se ayudaban cortesmente en esta operacion, cada uno observaba con atenta curiosidad los usos y maneras del otro, fi-

jando mas particularmente la atencion en lo que mas extraño, y mas diferente y ageno de sus propios usos le parecia.

Antes de montar para volver á tomar el hilo interrumpido de su jornada, el caballero cristiano volvió á refrescarse los labios, y á lavarse las manos en la pura corriente, diciendo á su compañero de viaje: —Quisiera saber el nombre de este deleitoso manantial, para que nunca se borre de mi agradecimiento ni de mi memoria, porque en todos los dias de mi vida he experimentado tanta sed, como la que han saciado sus benéficos cristales.

—Llámase en lengua arábica, respondió el Sarraceno, diamante del desierto.

—Y bien lo merece en verdad, repuso el del Leopardo; millares de arroyos fecundan y vivifican el valle frondoso de mi nacimiento; mas ninguno de ellos ha dejado en mi memoria ideas tan plácidas y risueñas como esta corriente solitaria, cuyos líquidos tesoros son no ya gratos, sino indispensables en esta ardiente soledad.

— Razon tienes, respondió el Sarraceno. La maldicion de Dios emponzoña las aguas de ese mar de muerte y destruccion. Ni hombre ni animal es parte á beberlas, ni las del rio que le alimenta con sus raudales.

Dicho lo cual, montaron á caballo, y se pusieron en camino, al traves del vasto y horroroso arenal. Habia ya pasado el ardor del medio dia, y soplabá un aura benigna, que suavizaba algun tanto las penalidades del desierto, mas no sin levantar nubes de polvo imperceptible. Esta nueva molestia, que no parecia tal al Sarraceno, incomodó de tal manera al cruzado, que despojándose del pesado yelmo y colgándolo al arzon de la silla, se cubrió la cabeza con una gorra que solian usar los caballeros de aquella época, y á la cual daban el nombre de *mortero*, por su semejanza con este utensilio. Marcharon largo tiempo sin desplegar los labios: mientras el Sarraceno, que servia de guia y director, observaba menudamente los mas pequeños accidentes del terreno, las rocas distantes, y todos los otros indicios

podian servirle de norte en aquella uniforme superficie. Durante gran rato se mantuvo absorto en esta ocupacion, á guisa de piloto que conduce el vajel por parages peligrosos é inciertos; mas cuando hubo caminado obra de media legua, reconociendo ya el punto en que se hallaba, volvió á entrar de nuevo en conversacion, con cierta franqueza no muy comun entre orientales.

— Hasme preguntado, dijo, el nombre de una fuente muda é inanimada, que tiene apariencia mas no realidad de cosa viviente. Perdóname tú ahora si me atrevo á preguntar el nombre del compañero que Alá me ha deparado en el peligro y en el reposo, y á quien supongo nombrado y conocido en los desiertos de Palestina.

— Poco digno es de noticia, respondió el cruzado, el nombre que deseas saber. Los soldados de la cruz me llaman Kenneth el del Leopardo dormido: en casa me dan otros títulos, que sonarian mal en los oidos de un oriental. Y ahora séame lícito saber la tribu de que descendes, y el nombre que te dis ingue.

— Huélgome, sir Kenneth, dijo el musulman, que mis labios puedan pronunciar el tuyo. En cuanto á lo que preguntas acerca de mi origen, sábeta que no soy árabe, aunque no hay en toda Arabia alcurnia mas valiente ni guerrera que la mia. Llámame Shirkohf, el Leon de las Montañas, y mi familia es la del Seljuk, la mas ilustre del Kurdistán.

— Tengo entendido, dijo sir Kenneth, que el gran soldan Saladino descende de esa misma rama.

— Gracias al profeta, respondió el musulman, que se ha servido enviar de su seno á nuestros montes el grande y esclarecido príncipe, cuya palabra es victoria. Yo no soy mas que un pobre gusano en presencia del rey de Egipto y Siria; mas en mi tierra mi nombre no deja de merecer aprecio y consideracion. Dime por tu vida cristiano. ¿Con cuántos hombres has venido tú á hacer la guerra en Palestina?

— A fe mia, respondió el cruzado, que con la ayuda de mis parientes y amigos, ape-

nas pude reunir diez lanzas, con otros cuarenta hombres, entre ballesteros y escuderos. De estos, algunos han abandonado mi desventurado pendon: otros han perecido en la guerra, y no pocos de enfermedad. Quédame tan solo un escudero, que ahora yace prostrado en una cama, y por cuya salud he emprendido esta romería.

— Cristiano, repuso Shirkohf; tengo en mi aljaba cinco flechas, adornadas con plumas de águila; cuando envío una de ellas á mis tiendas, mil guerreros montan á caballo; otros mil acuden si envío otra flecha: con las cinco puedo disponer de cinco mil hombres. Si envío el arco, diez mil combatientes intrépidos y bien montados se presentan á mis órdenes. ¡Y tú con tus cincuenta caballeros osas invadir una tierra en que yo soy uno de los menos poderosos!

— Sarraceno, dijo sir Kenneth, como para humillar la jactancia de Shirkohf: ¿Ves este guante de acero? pues él solo basta para matar una bandada de sabandijas.

— De contado, dijo el Sarraceno, mas an-

tes necesario es tenerlas á tu alcance, y conociendo que esta respuesta podia interrumpir la buena armonía que entre ambos reinaba, añadió inmediatamente: alto aprecio deben hacer los príncipes cristianos del valor, puesto que tú, careciendo de nombradía y de soldados, te atreves á ofrecerme proteccion y seguridad en el campo de tus hermanos.

— Ten entendido, dijo el cristiano, que el nombre y la sangre de un caballero le dan derecho á colocarse al lado de los mas altos y poderosos monarcas, en todo lo que no dice relacion con la autoridad y dominio real. Si el mismo Ricardo, con ser rey de Inglaterra, osase ultrajar el honor de un caballero humilde, como yo lo soy, no podria por ley de caballería, negarse á medir las armas con él.

— Holgárame, dijo el emir, de presentarlo, que á fe mia, no entiendo que basten una cintura de cuero y un par de espuelas, á igualar al vasallo con su rey y señor natural.

— Dijeras mas bien la sangre libre y el co-

razon denodado, respondió sir Kenneth, y hubieras hablado acertadamente.

— ¿Os es permitido tambien, preguntó el Sarraceno, poner los ojos en las damas de vuestros gefes y príncipes?

— No permita Dios, dijo el del Leopardo, que al mas pobre caballero de la cristiandad sea vedado consagrar en honroso servicio, su corazon y su espada, la fama de sus acciones y los mas íntimos sentimientos de su alma á la mas esclarecida de las princesas que llevan sangre real en sus venas.

— No hace mucho, dijo el Sarraceno, que hablabas del amor como si fuera el tesoro de tu corazon. ¿Has puesto quizas tus afectos en alguna dama de alta gerargía.

— Extrangero, respondió el cristiano, sonrojado y con notable turbacion: no acostumbramos nosotros propalar el nombre de la señora de nuestra voluntad; bástete saber que la mia está puesta en donde no alcanzarán jamas mis merecimientos. Alta y noble y encumbrada es la dama que reina en mi corazon; mas puesto que desees oír hablar de

amores, y de torneos, y de los otros ejercicios y nobles pasatiempos que á la órden de caballería corresponden, determinate á venir, como has dicho, al campo de los cristianos, donde harto hallarán tus ojos que admirar, y sobrado campo tendrás para ejercer el vigor de tu brazo.

El guerrero musulman, alzándose en los estribos y levantando con arrogancia la lanza que en la mano derecha llevaba: « Contados serán, dijo, los caballeros cristianos que puedan correr una lanza conmigo. »

— No digo yo que sean muchos, respondió el cruzado; aunque caballeros españoles hay en el campo que no ceden al Moro mas diestro en ese ejercicio propio de vuestras costumbres.

— Perros é hijos de perro, exclamó el Moro, cuando oyó el nombre de Españoles. ¿Porqué vienen esos malsines á pelear en Palestina contra los verdaderos creyentes que dominan desde el monte de Tarik hasta las gargantas del Roncesvalles? Nada quiero con ellos.

Líbrete Dios, repuso el cristiano, de que oigan tus denuestos los caballeros de Leon y de Asturias que han venido á Oriente bajo la bandera de la cruz; mas si en lugar de arrojar una lanza, quieres manejar una maza de armas, no faltarán guerreros cristianos con quienes puedas haberlas.

— Por la barba de mi padre, dijo el Sarraceno sonriéndose y acordándose del lance de por la mañana, que es arma demasiado grave para emplearla en mero pasatiempo. Yo de mí sé decir, que sabré arrostrarla el dia de batalla, mas no quiero juegos con ella.

— Holgárame de que vieras, dijo sir Kenneth, la maza del rey Ricardo, junto á la cual, la mia monta tanto como una pluma.

— Mucho se habla, dijo el Moro, de ese rey de las islas. ¿Eres acaso tú uno de sus vasallos?

— Soy uno de los guerreros que le acompañan en esta expedicion, repuso el cristiano; mas no soy su vasallo, aunque he nacido en la misma isla en que tiene sus estados.

— ¿Qué quieres decir? exclamó el Sarraceno. ¿Teneis acaso dos reyes en una pobre isla?

— Así es en efecto, respondió el caballero escoces, que lo era sir Kenneth de nacimiento: dos reyes dominan en aquella isla, y aunque los habitantes de sus dos extremidades estan frecuentemente en guerra, por ser dos naciones diferentes, la tierra da bastante gente para enviar aquí huestes numerosas, dispuestas á arrancar el yugo injusto que tu dueño ha puesto en las ciudades de Sion.

— Por la barba de Saladino, dijo el musulman, jamas he visto un desacuerdo semejante al de estos guerreros de Occidente. Digna de risa es la pueril arrogancia de ese gran soldan cuyas banderas sigues, que viene á estos remotos paises á conquistar desiertos y rocas, y á disputar su posesion á un pueblo diez veces mas numeroso que el suyo, dejando al mismo tiempo sus reducidas posesiones expuestas á caer en manos de un soberano enemigo. Presumo, sir Kenneth,

por todo eso que de vuestras disensiones me refieres, que tú y los otros valientes caballeros de tu nacion, os habeis sometido al rey Ricardo antes de dejar la tierra patria, para acometer una empresa tan aventurada como la presente.

— No, por la resplandeciente luz de los cielos, exclamó Kenneth con noble arrogancia. Si el rey de Inglaterra hubiera esperado á ser rey de Escocia, antes de emprender su marcha á Tierra Santa, bien podria la media luna brillar eternamente en los muros de Sion.

No bien hubo pronunciado estas palabras, cuando arrepentido de haber profanado su profesion de soldado de la cruz, con la memoria de las guerras contra cristianos, prorumpió en un compungido *Mea culpa*.

El rápido contraste que ofrecieron los sentimientos del caballero con los deberes de su religion, llamó la atencion del Sarraceno, quien ya habia visto lo bastante para conocer que entre los cristianos, así como sucedia entre los musulmanes, dominaban ciertas

rivalidades y disputas nacionales, de no fácil reconciliacion. Pero los Sarracenos son naturalmente comedidos en cuanto su fe se lo permite, y sobre todo muy dispuestos á observar los límites que la urbanidad y la cortesía señalan, y estos sentimientos estorbaron al emir entrar en explicacion con su compañero acerca de la oposicion que notaba entre sus opiniones como Escocés, y sus deberes como cruzado.

Entre tanto, el aspecto del terreno mudaba notablemente á medida que los dos guerreros adelantaban, y ya habian llegado á una cadena de empinadas y desnudas colinas, que limitaban por aquella parte la llanura, sin variar la aridez que por toda ella reinaba. Alzábanse por en medio de ellas, peñascosas eminencias, en cuyos profundos declives y cuestas de desmesurada altura, la aspereza del terreno y la estrechez del paso, ofrecian á los viajeros dificultades y estorbos harto diferentes de los que hasta entonces habian encontrado. Tenebrosas cavernas y hondas quebradas, tantas veces

menocinadas en los libros santos, presentaban á uno y otro lado del camino sus lóbregas aberturas, las que, segun el emir dijo á sir Kenneth, servian de abrigo á las fieras de aquellos montes, y á los muy mas feroces bandidos que de resultas de las continuas guerras y de los excesos cometidos por los soldados cristianos y sarracenos, se habian acogido á aquellas malezas, de donde salian á los caminos, sin perdonar sexo ni edad en sus correrías y crueldades.

El caballero escocés oyó con indiferencia todo lo que el Sarraceno le referia sobre los estragos de las fieras y de los salteadores, como quien confia en su propia fuerza y valor; mas no pudo menos de turbarse y llenarse de un secreto horror, al considerar que se hallaba á la sazón en el desierto del ayuno de cuarenta dias, durante los cuales fué lícito al espíritu malo tentar al hijo del hombre. Su atencion se separó poco á poco de la ligera y mundana conversacion del musulman, cuya compañía le hubiera sido sobremanera grata en cualquiera otra ocasion, y

creyó que la de un humilde fraile seria mas conveniente que la de un incrédulo pagano, En aquellos horrorosos sitios habitados frecuentemente por espíritus infernales, revestidos de forma mortal.

Absorto parecia sir Kenneth en estas graves meditaciones; y á medida que el Sarraceno se mostraba mas alegre cuando mas penetraba en aquellos tortuosos laberintos, mas profundo era el silencio del caballero cristiano. Púsose á cantar el Moro, viendo que no le daba respuesta alguna el cruzado, el cual entendia bastante los idiomas de Oriente, para conocer que su canto se reducía á sonetos de amor y á pomposos elogios de la belleza de las damas, asuntos de que tanto gustan los poetas orientales, mas que al mismo tiempo no le parecieron propios de los sentimientos devotos, correspondientes al desierto de la tentacion. El Moro mudó de asunto y entonó, con sobrada ligereza, los elogios del vino, líquido rubí de los Persas, y su alegría se hizo al cabo tan intolerable al cristiano, que solo el pacto de amistad que

entre los dos existia, le impidió hacerle mudar de tono. Mas no por esto dejó de pensar que el Sarraceno era un descarado libertino, que ponía asechanzas á su conciencia, y trataba de apartarle del camino de la salvacion, inspirándole aficion á los deleites mundanos y distrayéndole de sus devociones, en circunstancias en que su fe como cristiano y sus votos como peregrino, exigian de él pensamientos mas graves y ánimo mas contrito. Mantúvose largo tiempo en esta irresolucion sin saber el partido que mas le convenia abrazar, cuando al fin se vió obligado á romper por medio y á manifestar al Moro su desagrado, oyéndole que empezaba la célebre cancion del poeta Rudpiki, en que compara el seno mórbido de su dama á la riqueza de Bokhara y de Samarcando.

— Sarraceno, dijo al cabo en tono amargo y severo, aunque obcecado en falsas y supersticiosas creencias, podrias todavía comprender que hay unos sitios mas dignos de reverencia y de recato que otros, y que no es cosa de juego el caminar por donde el es-

píritu maligno se complace en atormentar á los hombres. No es esta ocasion de decirte por qué razon Satanas y su hueste infernal han escogido para su mansion estos peñascos, estas cavernas, cuyas bocas profundas parecen la entrada que lleva al centro del abismo. Baste decirte, que segun lo que me han dicho algunos sabios y piadosos varones bien enterados de las particularidades de estos lugares impíos, no conviene andarse en juegos con sus maléficos y condenados huéspedes. Por tanto, deja por ahora tus locuras é importunas ligerezas, nada convenientes al sitio en que nos hallamos, y endereza tus pensamientos á cosas mas altas, aunque por desgracia tuya, solo puede haber blasfemia y pecado en tus oraciones.

El Sarraceno oyó con sorpresa esta reconvenccion; y respondió con alegría y buen humor, en quanto se lo permitia la urbanidad:

— Paréceme, buen sir Kenneth, que los caballeros de Occidente no gustan mucho de ceremonias, ó si las observan, que tú no me tratas con la igualdad que hasta ahora entre

los dos ha reinado. ¿Ofendíme yo acaso de verte beber vino y comer cabeza de javalí, gozando á tus anchas de eso que llamas cristiana libertad? No por cierto, aunque puedo asegurarte que me compadezco en el alma de quien á tan culpables prácticas se entrega. ¿Y por qué razon te has de escandalizar de que yo procure recrearme en estas fragosas gargantas y aligerar el peso de la fatiga con alegres trobas? El poeta ha dicho: « El canto es como el rocío del cielo en el seno del desierto arenoso, el cual refresca los pasos del viandante. »

— Amigo Sarraceno, dijo sir Kenneth, yo no condeno la aficion á la gaya ciencia y á los romances de los trovadores; mas digo y sostengo que semejantes pasatiempos no deben distraer nuestros ánimos cuando la ocasion requiere que los enderecemos á cosas mas graves y encumbradas. Oraciones, plegarias y salmos son mas del caso que estrivillos de amor y loores del vino, en medio de este valle de la sombra de la muerte, lleno de enemigos y demonios, arrojados por las

oraciones de los justos, de los cuerpos de los hombres, y condenados á vagar en estas enmarañadas espesuras, tan malditas de Dios como lo son ellos.

— No hables tan descomedidamente de los Genios, amigo cristiano, repuso el musulman, porque sábeta que hablas con uno que descende de esa raza inmortal, de quien blasfeman los que profesan tu religion.

— Bien pensaba yo, dijo sir Kenneth, que tu obcecada nacion descendia de aquel enemigo de Dios, sin cuyo auxilio no os fuera dado manteneros en la bendita tierra de Palestina, en despecho de tantos intrépidos cristianos. No hablo de tí en particular, Sarraceno; hablo generalmente de todos los de tu secta y nacion. Asi que, no me causa extrañeza saber que es vuestro padre quien es enemigo de las almas; lo que si me espanta en verdad es que te jactes y vanoglories de tal alcurnia.

— Jáctome en efecto, dijo el Sarraceno, como valiente que soy, de traer mi origen del mas valiente; de aquel negro espíritu que

antes inclinará la cabeza por fuerza, que doblar de grado la rodilla. Eblis puede ser odiado; mas siempre y donde quiera será temido, y asi como Eblis son sus descendientes los bravos del Kurdistan.

— Sir Kenneth dió crédito y supo sin mucha sorpresa cuanto el Sarraceno le dijera acerca de su infernal genealogía, porque eran comunes en aquellas épocas los cuentos de magia y nigromancia, y eran tenidos por sabios y letrados los que estaban versados en estos prodigios; mas sintió con todo un secreto horror, al verse solo en aquella soledad, con quien confesaba provenir de tan execrable progenitor. El miedo, sin embargo, no podia tener lugar en su alentado corazon: asi que, deseoso de satisfacer la curiosidad que su compañero le habia inspirado, le rogó le comunicase algunos pormenores acerca del linage del padre de la mentira.

— Sabe, valiente extranjero, dijo el musulman, condescendiendo con los deseos del caballero del Leopardo, que cuando el cruel Zohauk, descendiente de Gramshid, ocupaba

el trono de Persia, formó pacto con el padre de las tinieblas en las secretas bóvedas de Istakar, que habian sido abiertas y excavadas en la roca viva por los espíritus elementales, largo tiempo antes que Adan fuese formado de la tierra. Allí mantenía con oblacones de sangre humana dos espantosas é inaplacables serpientes, que segun el dicho del poeta, habian llegado á ser parte de su propia sustancia; para cuyo fin habia impuesto un tributo de sacrificios humanos á los pueblos que vivian en sus dominios, hasta que cansada la paciencia de estos, alzóse la cimitarra de los valientes, y el victorioso Feridan logró á la postre destronar al tirano y aprisionarle para siempre en la lóbrega caverna del monte de Damavend. Mas antes que acaeciera este feliz suceso, y cuando el tirano sediento de sangre humana, se hallaba en la cúspide de su poder, la caterva de esclavos que iban por los pueblos buscando víctimas para sus sacrificios diarios, llevaron á las bóvedas del palacio de Istakhar siete hermanas, tan hermosas, que parecian otras tantas

houris del paraiso. Estas siete doncellas eran hijas de un sabio, que no tenia mas tesoro que su sabiduría: mas esta no fué parte á prever ni á estorvar tamaña desventura. La mayor de estas hermanas apenas tenia veinte primaveras, y la menor no contaba todavía trece, y tan semejantes eran en color, porte y facciones, que solo podian distinguirse por sus diferentes estaturas, que gradualmente se alzaban desde la mas jóven hasta la mayor, como la subida que conduce á la residencia de los justos. Incomparable era la belleza de estas siete criaturas, cuando se presentaron en las bóvedas oscuras del palacio sin ropage alguno que cubriera sus blancas carnes, salvo una ligera túnica de seda; y tal era el hechizo que su vista producía, que movió los corazones de todos los que no eran mortales. Hallábanse en aquella dura esclavitud, cuando sonó el trueno, y retembló la tierra, y se estremecieron con fragor las rocas de la caverna, al ver entrar por su boca á uno vestido de cazador, con arco al hombro y flechas en las manos, seguido de

otros seis, hijos del mismo padre. Eran los siete de elevada estatura y aunque negros, bien parecidos y de gallarda presencia : solo se notaba que sus ojos parecian mas bien empañados por el frio de la muerte, que animados con la centella de la vida. « Zeineb, » dijo el mayor de ellos á la mayor de las hermanas, tomándola por la mano, y hablando en voz baja pero suave y melancólica; « yo soy Cothrob, señor y monarca del imperio subterráneo y supremo gefe de Gimnistan. Yo y mis hermanos hemos sido criados de fuego etéreo y puro, y desobedeciendo el mandato del Omnipotente, rehusamos acatar á ese monton de tierra que se llama hombre. Habrás oido decir que somos crueles, maléficos é implacables : es falso : somos naturalmente suaves y generosos, pero vengativos para quien nos insulta, y sanguinarios con quien nos ofende. Jamas desoimos las voces de quien nos implora, y nos ha movido á compasion la de tu padre Mithrasp, que adora no solo al origen del bien sino á la fuente del mal. Tú y tus hermanas estais

en la orilla del sepulcro ; mas dadnos cada una un cabello de vuestras hermosas trenzas, en prenda de lealtad , y os llevaremos á sitio seguro, distante muchas leguas de aquí ; donde podreis arrostrar impunes la rabia de vuestro tirano y de sus ministros. » El miedo de la muerte, dice el poeta, es como la vara del profeta Haroun, que devoró las otras varas cuando se trasformaron en serpientes á vista del rey Faraon : ademas que las hijas del sabio Persa, instruidas en las doctrinas de su padre, no debian espantarse viendo aquellos sobrenaturales libertadores. Dieron, en efecto, el tributo que se les pedia, y en un instante las siete hermosas doncellas se hallaron en un castillo encantado, colocado en las montañas de Tugrut, en el Kurdistan, y no las volvieron á ver los ojos de los hombres. Pero con el discurso de los tiempos, aparecieron en los alrededores del castillo de los demonios, siete animosos jóvenes, que adquirieron gran nombradía en la guerra y en la caza. Eran mas negros, mas altos y mas esforzados que los que habitaban losvalles del

Kurdistan: tomaron mugeres, y fundaron las siete tribus de Kurdmanes, cuyo valor es conocido en todo el universo.

El caballero cristiano oyó con espanto la maravillosa historia, cuya tradicion se conserva todavía en el Kurdistan, y despues de haberse parado á pensar algunos momentos: — Cierito es, dijo, valiente Sarraceno, que no merece desprecio, sino odio y temor, esa genealogía de que provienes. Ni ya extrañaré de hoy mas tu obstinacion y pertinacia en la falsa fe que profesas, pues es parte sin duda, de la maligna y perversa índole que has heredado de tus abuelos, esos cazadores infernales de que hablas. Es natural que prefieras á la verdad la mentira, y que tu espíritu se exalte y prorumpas en alegres cantos al aproximarte á la residencia de los ángeles malos, como nos sucede á nosotros cuando nos acercamos á la tierra en que nuestros antepasados vivieron.

— Por la barba de mi padre, has dicho la verdad, exclamó el musulman, á quien divertia mas que injuriaba la franqueza con

que expresaba sus sentimientos el cruzado: porque aunque el profeta (bendito sea su nombre) plantó entre nosotros la raiz de su fe, harto mas verdadera y segura que la que nuestros abuelos aprendieron en las misteriosas cavernas del Tugrut, no por eso hemos abjurado, como los otros musulmanes, la reverencia y acatamiento debidos á los altos y poderosos espíritus que fundaron las tribus del Kurdistan; los cuales, segun lo creemos y esperamos, no han sido reprobados con la maldicion eterna, sino que serán premiados ó precitos, segun sus obras y merecimientos: mas dejemos esto á los molas y á los imanes: basta que este respeto con que miramos á los Genios, no ha sido borrado por las doctrinas del Koran, como lo prueba la cancion que vas á oír y es una de las muchas que corren entre mis hermanos, en memoria y celebridad de su encumbrado origen.

Dicho esto cantó unos versos antiguos en su ritmo y lenguaje, atribuidos por algunos á los sectarios del mal principio, Arimanes:

los cuales, traducidos al castellano, dicen así:

« Alto númer, de quien nace  
 Todo mal y desventura  
 ¿Cuál fuerza en el universo  
 Puede igualarse á la tuya? »

Si una mano bienhechora  
 Vierte en la seca llanura  
 Raudal de cristal sonora,  
 Que tantos males endulza,

Tuyas son y á tu voz braman  
 Esas olas furibundas,  
 Que fuertes rocas conmueven,  
 Y ricas naves sepultan.

Si saludables aromas  
 Los hondos valles perfuman,  
 Que los sentidos halagan,  
 Y humanas dolencias curan;

A tu mandato se esparce  
 Por las afligidas turbas,  
 Mortífera pestilencia,  
 Que aniquilacion anuncia.

Tú en el seno del humano  
 Dominas, y en su amargura,

Si á otro númer se prosterna,  
 La fe que adora es la tuya.

¿ Mas quién eres? ¿ Dónde moras?  
 ¿ Es tu voz la que retumba  
 Con el huracan? La noche  
 Lóbrega ¿ es tu vestidura?

¿ Tienes alma que en los odios  
 Se goza, cual fiera en Nubia,  
 O como el águila, garras  
 Con que la presa asegura?

¿ O eres incógnita causa,  
 Que con otra causa lucha,  
 Tornando en males los bienes,  
 Y en sollozos la ventura?

Mas no, que á tu imperio cede  
 Cuanto respira, y la culpa,  
 Cetro de tu altiva mano,  
 Es de la tierra coyunda.

Tú los pasos de la Aurora  
 Sigues veloz, y en angustia,  
 Los consuelos que desparce  
 Con un leve soplo mudas.

Nace el mortal, y tus dones  
Le prodigas en la cuna;  
Crece y sus trémulos pasos,  
Con mentida antorcha alumbras.

En el lecho de la muerte  
Tu imperio al fin le subyuga,  
Y ¿quién sabe si no alcanza  
Muy mas allá de la tumba?\*

Estos versos fueron sin duda efusion natural de algun desalumbrado filósofo, que

\* El sabio y piadoso eclesiástico á quien somos deudores de la version de esta especie de himno, nos encarga recordar á nuestros lectores, á fin de evitar toda interpretacion siniestra, que el autor de la tal composicion era un pagano poco instruido en la causa del mal físico y moral, por cuya razon reconoció su predominio en el sistema del universo, como hacen todos los que consideran este misterioso asunto, sin el socorro de las luces de la fe. A lo que añadiremos, que el estilo del traductor es sobrado parafrástico, como lo han reconocido todos cuantos han examinado el curioso documento original. Lo cierto es que le pareció harto difícil trasladar á un idioma moderno las extrañezas de la poesia oriental, y quizas sustituyó sus propias ideas á las del autor, como hacen continuamente otros ingeniosos y sabios traductores.

en la mentida deidad, Arimanes, creyó reconocer la causa del dominio del mal en la tierra; mas produjeron muy diferente efecto en los oidos del caballero del Leopardo, el cual oyéndolos en boca de un infiel, que poco antes se habia jactado de traer su origen del padre de las tinieblas, creyó que su cántiga no era otra cosa que una invocacion al mismo Satanás. Con lo que subiendo de punto su irritacion, se puso á meditar sobre el partido que podia tomar en aquella apretura, pues no le parecia menos que blasfemia, semejante himno al demonio, y mucho mas, entonado en el desierto en que exigió adoracion del hijo del hombre; y no sabia si seria mejor separarse de pronto del Sarraceno, en testimonio de su abominacion, ó si su obligacion como soldado de la cruz le forzaba á desafiarle en aquel mismo sitio, darle muerte, y dejarle para que sirviese de pasto á las fieras de los montes; y en esta irresolucion estaba luchando, cuando una aparicion inesperada suspendió el curso de sus dudas.

A la parda luz del crepúsculo, que ya iba desapareciendo en los últimos confines de horizonte, el cruzado pudo distinguir que él y su compañero no eran los solos huéspedes de aquella soledad, pues claramente percibía un objeto de elevada estatura, que saltaba con extraña ligereza por las rocas y las malezas, cuya circunstancia unida á su rústica y selvática apariencia, le trajo á las mientes los Faunos y Silvanos, cuyas imágenes había visto muchas veces en los templos de Roma: y como el sencillo Escoces creía de buena fe que aquellas divinidades paganas eran en efecto demonios, no dudó que la figura desconocida era uno de estos ángeles precitos, que acudía al llamamiento que le había hecho el Moro en el himno blasfemo.

—Aparta, criatura maldita, dijo en voz baja, no atreviéndose á insultar á dos enemigos, juntos, como hubiera hecho si hubiese sido uno solo. Dios confunda á Satanas y á todos los que le adoran.

Ya su mano empuñaba la maza formidable, y el descuidado Sarraceno hubiera pagado

caro la diabólica plegaria, pues nada menos pensaba el del Leopardo que aplastarle allí mismo la cerviz, sin darle razon alguna de su ataque; mas estaba dispuesto que el caballero escoces no echaria tan injuriosa mancha en el escudo de sus armas. El desconocido, de quien él no había apartado los ojos desde el punto y hora en que acertó á columbrarle, parecia seguir cautelosamente los pasos de los dos caminantes, ocultándose á trechos entre la maleza y los peñascos, aprovechándose con increíble destreza de estas ventajas del terreno, y sobrepujando las dificultades que le ofrecia, con extraña agilidad. Al cabo, cuando el Sarraceno hubo dado fin á su canto, el desconocido, cuyo ropage se componia de pieles de cabra, salió de pronto al medio del camino, y agarró violentamente la brida del generoso trotero árabe, el cual no pudiendo resistir el imprevisto golpe, ni el sacudimiento de las placas de hierro, que segun el uso de Oriente, adornaban su cabezada, se empinó agitadamente, y al fin cayó de espaldas, y hubiera cogido

debajo al ginete, si este no se hubiese arrojado con prontitud de la silla al suelo.

Viendo esto el de las pieles de cabra, soltó su presa, se abalanzó á la garganta del Sarraceno, luchó con él algun rato á brazo partido, y á pesar de su juventud y vigor, logró sujetarle y privarle de movimiento, en tanto que el Moro gritaba medio enojado, medio risueño: — «Suéltame, Hamako\*; suéltame, loco..... esto es traspasar la línea de tus privilegios; suéltame ó me obligarás á echar mano de la daga.»

— ¡Tu daga, perro infiel! dijo el de las pieles, empuñala si puedes, y al mismo tiempo arrancó el arma de manos del emir y la alzó en señal de triunfo.

— Socorro, Nazareno, gritó Shirkohf, seriamente asustado del aprieto en que se hallaba; socórreme contra este Hamako, que va á dar fin de mi vida.

— ¡Dar fin de tu vida! dijo el descono-

\* *Hamako* es el nombre que dan los Arabes á los locos lunáticos, que miran y respetan como especialmente favorecidos por Dios.

cido. Merecido lo tienes; infiel, por esos himnos blasfemos que cantas, no solo en preza de tu profeta, que es hechura del demonio, sino del demonio mismo, padre del mal y enemigo de Dios.

El caballero cristiano que hasta entonces habia presenciado inmóvil aquella extraordinaria escena, tan opuesta á las ideas que del Moro habia formado, creyó que era deuda de su honor sacar la cara por su vencido y postrado compañero, y dirigiéndose al de las pieles de cabra: — Quien quiera que tú seas, le dijo, ora vengas de paz, ora de guerra, sabe que he jurado paz y alianza con ese Sarraceno á quien tienes oprimido en tus brazos. Ruégote, por tanto, que le dejes en libertad, á menos que quieras haberlas conmigo.

— Digna empresa de un caballero cruzado, dijo el de las pieles, seria pelear contra uno de su misma religion, en defensa de un perro circunciso. ¿Has venido acaso al desierto á pelear en favor de la media luna contra la cruz de Cristo? Buen soldado de Dios

eres, puesto que con tanta atencion escuchas los cantos de Satanas.

Cuando hubo dicho estas palabras se levantó, dejó levantarse al Sarraceno y le entregó el puñal que le habia arrebatado.

— Ya ves á qué peligro te ha expuesto tu presuncion, dijo el de las pieles dirigiéndose al musulman, y cuán débiles medios son los que emplea la voluntad del cielo para humillar tu decantada destreza y valentía. Por tanto, o Ilderim, vive apercebido y cauteloso, pues á no haber en el astro de tu nacimiento un rayo que anuncia designios incomprensibles del Altísimo, no hubiera dejado irte de mis brazos sin destrozar esa garganta, que fué parte á exhalar tamañas blasfemias.

— Hamako, dijo el Sarraceno, sin dar muestras de enojo por tan violento lenguaje, ni por el muy mas violento choque que del cristiano habia recibido, ruégote, buen hombre, que no abuses de ahora en adelante de ese privilegio y salvoconducto de que gozas, porque, aunque como buen musulman reve-

rencio á los que el cielo ha privado de la luz de la razon, dándoles en cambio la antorcha del espíritu profético, no gusto ni sabré consentir que otro hombre ponga la mano en mi persona ni en la brida de mi caballo. Habla cuanto quieras y nada temas de mi resentimiento; mas ten entendido, si la incapacidad de la mente te lo permite, que si otra vez usas de alguna violencia conmigo, tu cabeza será dividida de los débiles hombros que la sostienen, y á tí, amigo Kenneth, añadió poniendo el pie en el estribo, debo decirte que los buenos compañeros en el desierto, se conocen mas bien por las obras que por las palabras. De estas no has sido ciertamente escaso; pero mas hubiera convenido asistirme y darme ayuda contra ese desacordado, el cual, en el arrebato de su frenesí hubiera podido privarme de la vida.

— Confíesote, hermano Sarraceno, dijo el del Leopardo, que he sido tardo en darte la ayuda de que necesitabas, pero la extrañesa de tan inesperado lance y encuentro, me trajo á la memoria al enemigo de Dios,

figurándome que su aparición era efecto del canto que en su loor habías entonado, y á tal punto subió mi confusión que estuve largo rato sin poder acertar con el puño de la espada.

— Circunspecto en demasía eres, dijo el emir, cuando peligró la vida de tu amigo, y á fe que la mía hubiera sido, con deshonra tuya, juguete de ese frenético, sin que tú hubieras movido un dedo en su defensa, no obstante de hallarte á su lado montado y prevenido.

— Ya te he dicho, musulman, repuso el cruzado, que ese desconocido no fué otro á mis ojos que el mismo diablo, y sabiendo que eres de su linage, creí que estabais comunicándoos secretos infernales, cuando te ví en sus brazos.

— No me satisface tu respuesta, dijo el musulman, pues es cierto, hermano Kenneth, que si el mismo príncipe de las tinieblas hubiera venido á tomar las riendas de mi caballo, tu obligación, en fe del pacto de amistad y buena compañía que nos hemos

jurado, era entrar en combate con él y en mi defensa. Y sabe además, que lo que tiene de diablo ese Hamako, de cuyo desmán has sido testigo, mas pertenece á tu linage que al mio, pues en él estás viendo al anacoreta en cuya busca vienes.

— ¡Este! exclamó sir Kenneth, fijando mas atentamente la vista en el de las pieles de cabra. Te burlas de mi credulidad. Este no puede ser el venerable Teodorico.

— Pregúntalo á él mismo, dijo Shirkohf, si no quieres dar asenso á mis palabras. Y oyendo las del Sarraceno el ermitaño, hizo seña de consentir en lo que aquel decía.

— Yo soy Teodorico de Engaddi, dijo entonces con voz grave y sonora: yo soy el huésped del desierto; el amigo de la cruz; el azote de todos los infieles, malsines y paganos. ¡Ay de vosotros! ¡Ay de Mahund y de Termagaunte, y de todos sus sectarios! Y sacando entonces de su túnica de pieles un azote hecho de menudas varas, atadas con alambre, empezó á agitarle en el aire con singular destreza y agilidad.

— Este es el santo que los tuyos acatan, dijo el musulman, soltando al cabo la risa que no podia ya contener, viendo la extrañeza con que las miradas atónitas del caballero seguian los movimientos y contorsiones del ermitaño, el cual, despues de haber agitado el azote en todas direcciones, como si le fuera á asestar contra alguno de los dos guerreros que le observaban, finalmente descargó el golpe en una piedra que cerca de él se hallaba, partiéndola en pequeños fragmentos.

— Loco está por vida mia, dijo sir Kenneth.

— Loco, pero favorecido del Altísimo, respondió el emir, siguiendo en esto la opinion de los pueblos del Oriente que atribuyen la locura á divina inspiracion. Sabe, cristiano, que un ojo ve mas, cuando el otro está privado de vista; que cuando se corta una rama, la otra adquiere mas vigor; y del mismo modo, cuando se turba y altera la inteligencia de las cosas terrenas, se perfecciona y sutiliza la de las espirituales y divinas.

La voz del Sarraceno quedó á la sazón ofuscada por los gritos del ermitaño. — Yo soy Teodorico, exclamaba en voz fuerte y sonora, aunque en tono melancólico y plañidero; yo soy Teodorico de Engaddi, la antorcha del desierto; el azote del paganismo. El leon y el leopardo serán mis compañeros, y hallarán asilo bajo las peñas de mi gruta. El cabrito reposará tranquilo entre sus garras. Yo soy la antorcha y la linterna. *Kirie Eleyson.*

Echóse á correr en seguida, y terminó su carrera dando tres saltos enormes, que si probaban la ligereza y vigor de sus músculos; no parecieron al caballero escoces ademanes propios de un santo anacoreta; por lo que su confusion aumentaba á cada paso, no sabiendo que pensar de todo lo que sus ojos veian.

— Ya ves, dijo el Sarraceno, que habia penetrado el sentido de las palabras de Engaddi, que nos convida á ir á pasar la noche en su gruta, y ciertamente aquel es el único sitio que estas cercanías nos ofrecen para

nuestro descanso. Tú eres el leopardo, como lo demuestra la figura de tu escudo; yo soy el leon, como mi nombre lo dice, y él es el cabrito, significado por la túnica que le cubre. No le perdamos pues de vista, ya que su paso es como el del dromedario del desierto.

En efecto, no era fácil seguir los pasos de Engaddi, pues aunque se detenía de trecho en trecho, alentando con sus gestos á los dos caminantes, como era práctico en los rodeos y encrucijadas de aquella soledad, y poseía además una extraordinaria ligereza, adquirida quizás en el continuo ejercicio á que le impulsaba el estado inquieto de su mente, guió á los caballeros por tan ásperas veredas y angosturas, que aun el Moro, con ir tan ligeramente armado, y su caballo con estar acostumbrado á aquellos terrenos, corrieron mas de una vez el peligro de dar en tierra: mas aun fué mayor el enojo del caballero cristiano, el cual mas bien hubiera querido aventurar la vida en batalla campal, que exponerse con su trotero, cargados de hierro, como los dos iban, á los resbaladeros, y

tropezones que á cada instante daba. Tuvo por fin la satisfacción de ver al santo varon, parado á la entrada de una caverna, con una tea embetunada en la mano, que despedía una luz brillantísima y un fuerte olor de azufre.

Desmontó el caballero y entró en la cueva, cuyo aspecto no prometía alojamiento cómodo ni espacioso. Estaba dividida en dos cámaras, la primera de las cuales, que era la de la entrada y servía de capilla al anacoreta, tenía un altar de piedra y sobre él un crucifijo de raiz. En un rincon de esta pieza acomodó el cruzado su caballo para pasar la noche, no sin sentir algun escrúpulo de destinar á tan bajos usos un sitio consagrado á la devocion: mas el Sarraceno, que ya habia hecho lo mismo, le dió á entender ser la costumbre de cuantos caballeros allí se hospedaban. El ermitaño al mismo tiempo se ocupaba en disponer la cámara interior para alojar en ella á sus dos huéspedes. En el testero de esta segunda pieza se veía una puerta de groseras tablas, que era la de la celda en

que el solitario dormía. El piso había sido puesto á nivel por mano del mismo anacoreta y estaba cubierto de arena, que él regaba todas las mañanas con agua del raudal, que manaba en una de las rocas exteriores, y proporcionaba en aquel ardiente clima, deleite y satisfaccion al oído y al paladar. Veíanse en los rincones algunos colchones formados de tallos entretrojidos, y las paredes labradas como el suelo, estaban adornadas de olorosas flores y arbustos. El ermitaño encendió dos hachas de cera, cuya luz alegró algun tanto el sombrío aspecto de la gruta, que hacían mas grata todavía la frescura y fragancia que en ella reinaban.

En un rincón se veían algunos instrumentos de labranza, y en otro un nicho que encerraba una tosca imágen de la Virgen. No había otros muebles que una mesa y dos sillas, cuya hechura, aunque ruda y grosera, denotaba ser obra de las manos del anacoreta, por no semejar en nada á los que usan comunmente los pueblos orientales. Teodorico puso en la mesa, con acierto y órden, que

contribuyeron á excitar el apetito á sus huéspedes, algunas raíces y legumbres y un plato de carne ahumada. Estas demostraciones de cortesía, aunque mudas y acompañadas tan solo de gestos, aumentaban la confusion de sir Kenneth, que no sabía conciliarlas con la conducta violenta y hostil del ermitaño en su primer encuentro. En efecto, Teodorico aparentaba modales graves y comedidas, y las facciones de su rostro hubieran sido nobles y magestuosas, á no ser por los estragos que había hecho en ellas la austeridad de su vida, y por la humillacion religiosa de que estaba penetrado. Su porte y continente eran los de un hombre nacido para dominar á los otros, pero que ha abdicado su imperio para consagrarse de un todo al servicio de Dios. No obstante lo cual, su estatura gigantesca, las largas mechás de sus cabellos y barba, y el fuego que centelleaba en sus ojos, indicaban mas bien el arrojó y el denuedo de un soldado, que la abnegacion y la humildad de un penitente.

El Sarraceno que miraba al anacoreta con

cierta veneración, dijo al caballero escoces : « El Hamako está ahora en un intervalo de razon ; pero nunca habla hasta despues de haber comido. Es un voto que ha hecho. »

Teodorico hizo seña á sir Kenneth que se sentase en una de las sillas, mientras Shirkohf se colocó á la manera de los orientales, sobre un cojín de esteras. El ermitaño juntó entonces las manos, en ademan de bendecir los manjares que estaban sobre la mesa, tras de lo cual los dos huéspedes empezaron á comer, sin desplegar los labios. Este silencio era acorde á la gravedad natural del Sarraceno ; imitóle el cristiano, reflexionando entre tanto sobre la diferencia que notaba entre las furiosas gesticulaciones, gritos penetrantes y acciones temerarias de Teodorico, cuando por primera vez le vió en el desierto, y la magestad, comedimiento y benévolo esmero con que á la sazón estaba desempeñando las obligaciones de la hospitalidad.

Terminado el frugal banquete, durante el cual el anacoreta no probó bocado, quitó de

la mesa los fragmentos que habian quedado, y presentó un vaso de sorbete al Moro y un frasco de vino al Escoces.

— Bebed, hijos míos, dijo rompiendo el silencio que habia guardado hasta entonces ; gocemos de los dones de Dios y bendigamos al que nos los dispensa.

Dicho esto, se retiró á la cámara exterior á entregarse á sus oraciones y dejó solos á los dos huéspedes. Sir Kenneth dirigió entonces algunas preguntas á su compañero, con designio de averiguar todo lo que este sabia acerca de Teodorico. No era una vana curiosidad la que le empeñaba en esta indagacion, pues ademas de no saber como entender tan extraordinaria variedad de acciones y conducta en el mismo hombre, pasmábale mucho mas que este mismo hombre estuviese en alta estima y reputacion entre los mas eminentes teólogos y varones doctos y piadosos del mundo cristiano. Teodorico, el ermitaño de Engaddi, habia sido corresponsal de los papas y concilios ; sus cartas, llenas de elocuente fervor, habian

descrito las miserias y persecuciones de los cristianos latinos en tierra santa, con colores no menos vivos que los que empleó Pedro el Ermitaño, cuando predicó la primera cruzada en el concilio de Clermont. El caballero escocés tenia encargo de varios gefes del ejército de la cruz, de comunicar á Teodorico materias de gran peso é importancia, y observando en los usos y conducta de tan reverenciada persona, las contorsiones de un fakir iluso y fanático, no quiso proceder adelante en el desempeño de su comision, sin examinar pausadamente las circunstancias que concurrían en aquel indefinible personage.

Esta comision era el principal objeto de la romería que habia emprendido, por caminos tan difíciles y peligrosos, y por lo tanto, la prudencia le aconsejaba usar de la mayor reserva y precaucion en su desempeño. El emir solo pudo darle algunas ligeras ideas acerca del ermitaño, las cuales se redujeron á lo siguiente: que habia sido en otro tiempo soldado esforzado é intrépido, sabio en los

consejos y afortunado en el combate, de cuya última circunstancia daban todavía testimonio su fuerza y agilidad; que habia venido á Jesuralen, no como peregrino, sino con el propósito determinado de pasar la vida en aquellos santos lugares; que despues habia fijado su residencia en aquellas enmarañadas asperezas en que á la sazón se hallaba, respetado por los latinos, á causa de su austera fervorosa devocion, y por los Turcos y Arabes, que creyéndole insano y lunático, atribuían esta dolencia mental, á un efecto de la inspiracion divina. Por esto le habian dado el nombre de Hamako, que significa loco en lengua turca. Shirkohf no sabia como definirlo. Decia que sin duda alguna era hombre sabio, capaz de hablar horas enteras sobre la sabiduría y la virtud, sin dar la menor señal de desacuerdo. En otras ocasiones solia comportarse con furor y violencias, aunque nunca le habia visto tan perversamente dispuesto como en el encuentro de aquella tarde. Lo que mas le sacaba fuera de sí era oír hablar sin respeto y con escarnio de su

propia religion: por lo que en cierta ocasion, habiendo unos Arabes errantes insultado sus ritos y destruido su altar, salió solo en su busca, los atacó denodadamente y les dió muerte con el azote que siempre llevaba consigo, y que era la única arma de que se valia. Este suceso habia hecho mucho ruido en todos aquellos alrededores, y desde entonces, sea por miedo del azote, sea por la veneracion debida al carácter de Hamako, las tribus del desierto respetaban su morada y su capilla. Su fama se habia propagado hasta llegar á oídos del soldan Saladino, el cual habia dado la órden de que todos sus vasallos le protegiesen y se abstuviesen de injuriale. El emir añadió que él y otros musulmanes de alta gerarquía habian venido mas de una vez á la gruta del ermitaño, no solo á satisfacer la curiosidad que debia inspirar generalmente un personage tan extraordinario, sino porque creian que un hombre tan versado en las ciencias como el Hamako cristiano, podria hacerles columbrar algunos sucesos del porvenir. « Tenia antes, continuó el Sarraceno,

un Rashid, ó sea observatorio, de grande elevacion, desde el cual observaba los movimientos de los cuerpos celestes, y especialmente los del sistema planetario, por cuyos aspectos é influjos, segun la creencia comun de cristianos y Sarracenos, puede vaticinarse el curso de los negocios y acaecimientos humanos. »

Esto es lo sustancial de la relacion del emir Shirkohf, la cual dejó en duda al caballero escoces, sobre si el destemple del ermitaño provenia de su excesivo fervor y celo, ó si era mas bien una ficcion de que echaba mano, para gozar de las inmunidades que á su abrigo le concedian los encarnizados enemigos de su religion. Y en verdad que parecia inexplicable la demasiada condescendencia que estos le habian manifestado, considerando el fanatismo propio de todos los sectarios de Mahoma, en medio de los cuales vivia, aunque tan contrario á sus creencias y á sus ritos. Llegó tambien á sospechar que reinaba entre el ermitaño y el Sarraceno mayor intimidad y mas estrecho conocimiento,

que lo que aparecía por las palabras de este, á quien el primero había llamado con un nombre diferente del que él decía ser el suyo. Todas estas consideraciones requerían precaución, ya que no sospecha: por lo que determinó observar al ermitaño con escrupulosa atención, y no precipitar la importante comunicación que los gefes de la cruzada habían confiado á su discreción y diligencia.

— Paréceme, Sarraceno, dijo el del Leopardo, que nuestro huésped no es mas acertado en el uso de los nombres, que en las otras acciones de vida. El tuyo es Shirkohf, segun me has dicho, y él te ha dado otro muy diferente.

— El nombre que me dan en la tienda de mi padre, dijo el emir, es Ilderim; y por este me conocen muchos. Los soldados me conocen por el Leon de la Montaña, que es el dictado que me he adquirido con el acero. Pero callemos, que el Hamako se acerca para convidarnos sin duda á recogerlos. Sé sus costumbres, y que nadie debe velar mientras él vela.

El anacoreta entró pausadamente, y cruzando los brazos sobre el pecho é inclinando la cabeza, puesto en pie en frente de los dos extrangeros, exclamó devotamente: «Bendito sea el nombre de aquel que envía la quieta noche despues del ruidoso dia y el sueño tranquilo que restaura los cansados miembros y el agitado espíritu.»

«Amen,» respondieron los dos guerreros, y levantándose de la mesa, se dirigieron á las camas, que el solitario les indicó con la mano, retirándose otra vez despues de haberlos saludado con una profunda inclinación.

El caballero del Leopardo se aligeró entonces del peso de la armadura, ayudándole el Sarraceno en desabrochar las chapas y hebillas, y quedando despues con su veste de gamuza, que era el traje que los caballeros y soldados usaban debajo del peto y espaldar. El Sarraceno, que había admirado la fuerza de su adversario, cuando le vió cubierto de acero, no vió con poca sorpresa las arregladas proporciones de su nervudo y bien for-

mado cuerpo. En cambio de aquella cortesía, el Escocés ayudó al Sarraceno á desceñir el ropage exterior, confuso al ver que en miembros tan delgados y en proporciones tan breves cupiese el vigor que tan señaladamente habia acreditado el musulman en el personal combate de por la mañana.

Ambos guerreros dirigieron al cielo sus oraciones, segun sus respectivos usos y prácticas. El Sarraceno murmuró su plegaria, volviendo el rostro hácia la Meca, y el cristiano, temeroso de contaminarse con la proximidad de aquel pagano, se retiró cuan lejos pudo, puso su espada derecha, arrodillóse delante de ella, encaróse á la cruz del puño y recitó el rosario, con una devoción que realzaba el recuerdo de las escenas y peligros de aquel dia. Los dos guerreros, cansados de aquella larga y difícil jornada, quedaron muy en breve sepultados en profundo sueño.

## CAPITULO IV.

No habia durado mucho el del caballero del Leopardo, cuando le sacó de él un peso extraordinario que sintió oprimirle el pecho, y que le parecia ser el de un poderoso adversario que luchaba con él á brazo partido. Mas habiendo recobrado enteramente el uso

mado cuerpo. En cambio de aquella cortesía, el Escocés ayudó al Sarraceno á desceñir el ropage exterior, confuso al ver que en miembros tan delgados y en proporciones tan breves cupiese el vigor que tan señaladamente habia acreditado el musulman en el personal combate de por la mañana.

Ambos guerreros dirigieron al cielo sus oraciones, segun sus respectivos usos y prácticas. El Sarraceno murmuró su plegaria, volviendo el rostro hácia la Meca, y el cristiano, temeroso de contaminarse con la proximidad de aquel pagano, se retiró cuan lejos pudo, puso su espada derecha, arrodillóse delante de ella, encaróse á la cruz del puño y recitó el rosario, con una devoción que realzaba el recuerdo de las escenas y peligros de aquel dia. Los dos guerreros, cansados de aquella larga y difícil jornada, quedaron muy en breve sepultados en profundo sueño.

## CAPITULO IV.

No habia durado mucho el del caballero del Leopardo, cuando le sacó de él un peso extraordinario que sintió oprimirle el pecho, y que le parecia ser el de un poderoso adversario que luchaba con él á brazo partido. Mas habiendo recobrado enteramente el uso

de sus sentidos y abierto los ojos, lo primero que á estos se presentó fué el anacoreta, con el mismo selvático aspecto que ya hemos descrito, el cual, arrimado al lecho del caballero, le habia extendido sobre el pecho una mano, teniendo en la otra una pequeña lámpara de plata encendida.

— Calla, dijo el ermitaño al Escocés, que con atónitas miradas le observaba: tengo que decirte lo que no conviene que ese infiel oiga.

Dijo estas palabras en lengua francesa, y no en la mezcla de dialectos europeos y orientales, llamada lengua franca, de que hasta entonces se habia servido en presencia del Sarraceno.

— Alzate, le dijo; cúbrete con tu manto; no hables y sígueme.

Sir Kenneth se levantó y tomó la espada.

— No necesitas de armas, dijo en voz baja el santo varon: en el sitio á que nos encaminamos las armas espirituales son las que sirven, que no las terrenas.

El caballero dejó el acero al lado de la

cama, y conservando en el cinto el puñal de que nunca se deshacia en aquellos peligrosos terrenos, se manifestó dispuesto á seguir los pasos de su misterioso huésped.

Echó á andar pausadamente el ermitaño, delante del caballero, el cual, aun no bien recobrado de la sorpresa que tan inesperado lance le habia producido, estaba por creer que aquella negra figura que le guiaba, era un sueño fantástico de su turbada imaginacion. Ambos pasaron como dos sombras tenebrosas á la cámara exterior, sin que los percibiese el emir que yacia entregado al sueño.

Delante de la cruz habia una lámpara ardiendo; sobre el altar estaba un misal abierto, y veíanse en el suelo unas disciplinas, salpicadas de reciente sangre, señal evidente de la severa penitencia del anacoreta. Arrodillóse Teodorico al llegar al altar indicando al caballero que se arrodillase junto á él, sobre el desigual empedrado, que parecia dispuesto para mortificacion de los fieles que allí oran: recitó algunas preces y cantó, mode-

rando cuanto podia la voz, dos ó tres salmos penitenciales, interrumpidos por suspiros, lágrimas y sollozos, que le arrancaba el fervor que en él excitaba la poesía divina. El caballero escoces asistió con recogimiento y sincera piedad á estos actos de devoción, y sus ideas acerca de Teodorico habian mudado en tales términos, que casi estaba por reverenciarle por un santo, pareciéndole que solo á un santo era dado sentir tan íntimos afectos de piedad cristiana, y ejercer una vida tan mortificada y penitente; así que, terminado aquel ejercicio y habiéndose levantado los dos, sir Kenneth se mantuvo en pie delante de Teodorico, como un discípulo en presencia de su maestro. El ermitaño continuó algun rato silencioso y absorto en sus meditaciones.

—Mira en ese lugar apartado, hijo mio, le dijo al fin: en él encontrarás un velo: tráemele.

Obedeció sir Kenneth, y en una pequeña abertura del muro, cubierta de una puerta, halló en efecto el velo que el ermitaño le pedia.

Cuando se acercó de nuevo á la luz, observó que el velo estaba desgarrado en algunas partes y manchado en otras de una composición de color oscuro. El anacoreta le miró tambien, profundamente conmovido, en tanto extremo, que antes de poder dirigir la palabra al Escoces, tuvo que dar lugar á que saliese un suspiro del pecho.

—Próximo estás á ver por tus ojos, le dijo, el mas precioso tesoro que la tierra posee. ¡Ay de mí que los míos no son capaces de tanta ventura! Empero, ¿qué soy yo sino la vil y despreciable señal que indica al cansado navegante el puerto de descanso y seguridad? Yo señalo á los otros la dicha que no me es dado gozar. En vano he huido á las mas ásperas rocas y á lo mas remoto del desierto. Mi enemigo me ha alcanzado; aquel de quien huyo ha asaltado mi fortaleza.

Detúvose al decir estas palabras, y volviendo el rostro al caballero, le dijo con voz firme y sonora: —¿Tráesme noticias de Ricardo de Inglaterra?

—Yo vengo, dijo el Escoces, del consejo

de los príncipes cristianos. El rey de Inglaterra está enfermo y por esto no me ha honrado con sus órdenes.

— La contraseña, exclamó el ermitaño.

Vaciló sir Kenneth á esta demanda, volviendo á despertarse en su memoria las señales de insensatez que su huésped habia dado en su presencia; mas cedió esta irresolucion al respeto que le imponia su virtud y santidad. Mi contraseña, dijo, es esta: *Los reyes piden limosna al mendigo.*

— Esa es en verdad, repuso Teodorico: ya te conozco. El centinela vela en puesto peligroso y desconfia del amigo y del contrario.

Entonces echó á andar de nuevo hácia el aposento de donde habia salido. El Sarraceno yacia en su lecho aun dormido, Teodorico se paró al pasar por su lado y le miró atentamente.

— Duerme, exclamó; está en tinieblas y no debe ver la luz.

La postura del emir indicaba en efecto la mas profunda tranquilidad. Tenia un brazo sobre el cuerpo, ocultándole con la manga

casi todo el rostro, que estaba medio vuelto á la pared, y dejándole tan solo descubierta la ancha y bien formada frente. Sus nervios, que parecian tan activos y fuertes cuando velaba, estaban inmóviles, como si el rostro fuera de negro mármol. Las largas y negras pestañas cubrian las penetrantes y fogosas pupilas. La mano abierta y floja y la respiracion igual y suave daban indicios de la blandura de su sueño. Contrastaba noblemente su figura con las de los dos cristianos, sumergido el uno en los éxtasis de su ascética contemplacion, y movido el otro por la ansiosa curiosidad que excitaba en él, todo cuanto estaba viendo.

— Duerme, repitió el ermitaño en el mismo tono que antes, y continuando el sentido metafórico de sus palabras; duerme en tinieblas, mas el rayo del dia brillará á sus ojos. ¡O Ilderim! tus pensamientos son tan vanos y frágiles como las fantasmas que vagan ahora por tu aletargado cerebro: pero la trompeta ha de sonar, y habrá de disiparse el sueño.

Dicho esto y hecha una señal al caballero, indicándole que le siguiese, volvió á encaminarse al altar, y pasando por detras de él, apretó un resorte, que abriéndose con estrépito, dejó descubierto un postigo de hierro, clavado en la pared con tanto arte, que hubiera sido necesario un menudo exámen para descubrirle. El ermitaño le abrió de par en par, untó los goznes con el aceite de la lámpara y enseñó á su compañero una escalera, labrada en la roca viva, á la que el postigo daba entrada.

— Toma este velo, le dijo con voz desfallecida y melancólica; que no puedo, sin cometer un delito, contemplar el tesoro de que tus ojos van á disfrutar.

El caballero, sin atreverse á replicar, vendó los ojos á su conductor, el cual le dió la lámpara y empezó á subir con suma ligereza, como acostumbrado á penetrar en aquellos recónditos laberintos. Seguíale el Escocés y ambos llegaron muy en breve á una bóveda de forma irregular, en uno de cuyos ángulos terminaba aquella escalera, y otra arrancaba del

rincon opuesto. En otro se veía una puerta, toscamente esculpida y adornada defendida por una fuerte reja de hierro, sujeta con clavos del mismo metal. A este punto se dirigieron los pasos del ermitaño, cuya agitacion subia de punto á medida que á él se acercaba.

— Descálzate, dijo el ermitaño; porque es santa la tierra que pisas. Destierra de lo mas íntimo de tu corazon todo pensamiento carnal y profano, porque no hallan entrada en este sagrado abrigo, á menos de cometer una horrible impiedad.

Descalzóse sir Kenneth, como se lo habia mandado, y el ermitaño se mantuvo inmóvil, como arrobado en devota oracion; despues de lo cual dijo al caballero que diese tres golpes en la reja. Asi lo hizo el cruzado, y abriéndose la puerta de por sí, quedaron suspensos sus sentidos al torrente de brillante luz, y á las nubes de perfumes suaves que de pronto percibieron. Retrocedió dos ó tres pasos, y tardó algun tiempo en recóbrarse de la violenta impresion que le habia hecho

aquel repentino tránsito de las tinieblas á la luz.

Quando entró en la pieza que encerraba este resplandor, vió que provenia de una multitud de lámparas de plata, alimentadas con purísimo aceite, y colgadas con cadenas del mismo metal del techo de una reducida capilla gótica. De las mismas lámparas emanaba aquella fragancia exquisita que habia percibido. La capilla estaba abierta en la roca viva, como todas las demas partes de la singular mansion del anacoreta. Mas en las otras piezas que sir Kenneth habia visto hasta entonces, el trabajo empleado en la roca era por demas sencillo y toscó: no así el de la capilla, en que se habian ocupado el ingenio y los cinceles de los mas diestros artifices. Sostenian por cada lado la puntiaguda bóveda, seis esbeltas columnas labradas con el mas esmerado primor, y en la distribucion y enlace de los arcos que compartian la bóveda, lucia en acertados ornamentos toda la gala de la arquitectura de aquella época. En medio de cada dos columnas habia un nicho;

seis en cada lado. y en ellos estaban colocadas las estatuas de los doce apóstoles.

En el testero de oriente, que era la parte mas elevada de la capilla, se alzaba el altar, y detras, cubierto con una cortina de seda de Persia, ricamente bordada de oro, un camarín ó santuario, en el cual se imaginó el caballero estaria depositada la imagen ó reliquia, en cuyo honor se habia erigido aquel templo, tan singular en su colocacion como en su forma. Creyéndolo así, el caballero se adelantó hácia el camarín, se arrojó delante de él, y empezó á rezar con el mas sincero fervor; pero muy en breve se distrajo su atencion al ver que la cortina se alzaba por una mano invisible. Entonces, en el nicho que quedó descubierto, vió un arca de ébano y plata, con dos puertas de oro, y curiosamente labrada, con los adornos de la arquitectura gótica.

Mientras fijaba ansiosamente sus ojos en aquel rico tabernáculo, se abrieron de pronto las dos puertas, descubriendo un pedazo de madera sobre el cual se leia esta

inscripcion : VERA CRUZ. Al mismo tiempo se oyó un coro de voces de muger, que entonaba la antífona GLORIA PATRI. Cesó el suave canto, é inmediatamente se cerraron las puertas de oro, y cayó la cortina; mas sir Kenneth permaneció arrodillado delante del altar, y continuó en profundo recogimiento sus oraciones, dirigidas á la santa reliquia que se habia manifestado á sus ojos. Su alma quedó penetrada de un terror santo, al considerar que sus ojos habian sido testigos de aquella augusta prenda de la religion verdadera, y tan extático fué su arrobo, que hasta largo rato despues de haber concluido, no osó buscar al piadoso varon que le habia conducido á aquel sagrado y misterioso retiro. Descubrióle al cabo, cubierto aun con el velo que él mismo le habia atado, y postrado, como el leon dormido del desierto, en el pavimento de la capilla, mas sin atreverse á estampar en él los pies.

Su postura indicaba la mas humilde reverencia, y el remordimiento mas agudo y contrito; parecia que le habia postrado y

rendido el peso de una pasion amarga y poderosa, y que solo siendo esta efecto del arrepentimiento y del temor, podia haber subyugado un ánimo tan brioso, y un cuerpo tan animoso y esforzado.

Acercóse sir Kenneth al ermitaño, y ya iba á dirigirle la palabra, cuando previniendo este su designio, exclamó con voz amortiguada, que, al traves de los pliegos del velo, sonaba como si saliese de un cavernoso sepulcro : « Aparta, detente, hombre bienaventurado. Aun no ha terminado la solemnidad. » Dicho lo cual, se alzó del suelo, retrocedió del sitio en que hasta entonces habia permanecido postrado, y salió de la capilla, cerrando la puerta, cuyo resorte resonó en los ámbitos de la bóveda. Quedó solo el caballero, sin otra arma que su daga, y sin otra compañía que sus devotos pensamientos, y su impertérrito valor. La puerta, en su parte interior, era tan semejante á las paredes de piedra de la capilla, que no era posible distinguirla, ni saber donde estaba la entrada.

Incierto de lo que podía ocurrir, pero resuelto á aguardar el curso de los sucesos, sir Kenneth recorrió el solitario edificio hasta la hora de los primeros cantos del gallo. En aquel indeciso momento de la lucha del día con la noche, oyó, aunque no pudo distinguir de donde salía, el sonido de una campanilla de plata, semejante á la que se toca en el sacrificio de la misa, durante la elevacion de la santa hostia. La hora y el sitio daban cierta impresion temerosa á los ecos del metal, en términos que el guerrero, aunque acostumbrado á graves peligros, se paró de repente y se retiró á los pies de la capilla, con el designio de observar, sin interrumpir ni ser interrumpido, las consecuencias de aquella señal inesperada.

A poco rato se descorrió la cortina, y quedó de nuevo patente la reliquia. Al tiempo de doblar humildemente la rodilla, oyó el canto de laudes, entonado por las mismas voces que habian sonado en la ceremonia anterior: mas observó que aquellas voces no se mantenian siempre á la misma distancia, sino que

continuaban oyéndose cada vez mas distintamente, como si se acercasen al punto en que él se hallaba: hasta que abriéndose una puerta, tan disimulada como aquella por donde habia sido introducido, y situada en la parte opuesta de la capilla, dió salida al conjunto armonioso, que repitieron al punto los ecos de la bóveda.

El caballero fijó la vista en la puerta, con anhelosa curiosidad, y continuando en su reverente postura, como el sitio y las circunstancias requerian, aguardó el resultado de aquellos preparativos. Entonces se ofreció á su vista una procesion que de la puerta pasaba á la capilla. Iban delante, de dos en dos, cuatro gallardos mancebos, cuyos desnudos brazos y pies descubrian la tez bronceada de Oriente, puesta en contraste con las albas túnicas de que iban adornados. Los dos primeros llevaban incensarios que agitaban de un lado á otro, aumentando con las emanaciones de estos, los perfumes que por todo el ámbito de la capilla estaban esparcidos. Los segundos derramaban flores.

Seguian á los mancebos, en magestuoso órden, las mugeres que componian el coro; seis, cuyos escapularios y velos oscuros, dispuestos sobre un ropage blanco, indicaban ser monjas del monte Carmelo: otras tantas con velos blancos, como novicias ó huéspedas, no ligadas con votos religiosos. Todas llevaban rosarios en las manos; los de las monjas eran de cuentas; los de las otras de rosas blancas y rojas. La procesion dió vuelta á todo el circuito de la capilla, sin que llamase sir Kenneth la atención de ninguna de las personas que la componian, aunque tan cerca de él pasaron, que pudo tocar con sus manos las túnicas de las religiosas. El canto duró todo el tiempo de la procesion, y disminuida algun tanto la primera impresion de sorpresa, que dió lugar á la reflexion; el caballero del Leopardo dormido conoció ser aquel uno de los monasterios en que las doncellas cristianas se dedicaban al servicio de Dios y de la Iglesia. Al principio de la ocupacion de Palestina por los soldados de la cruz, estas casas religiosas eran tan públicas

como en los otros paises cristianos; mas quedaron suprimidas con la reconquista de aquella provincia por los Sarracenos; pero algunas religiosas rescataron su libertad por medio de presentes, y otras la recibieron de la clemencia ó del desprecio de los vencedores, y continuaron observando en ocultos retiros las prácticas religiosas á que se habian consagrado. A pesar de estar instruido sir Kenneth de estas circunstancias, la magestad del templo y de la hora; la aparicion inesperada de aquella solemnidad; la pausa y recogimiento que las religiosas observaban, de tal modo conmovieron sus sentimientos y su imaginacion, que estuvo por espacio de algunos momentos sin poder resolverse á creer que eran criaturas mortales, pues mas bien parecian seres de un órden superior y privilegiado, que habian bajado á la mansion del hombre, á tributar homenaje al objeto universal de la adoracion del universo.

Tal fué la primera idea del atónito Escocés al ver pasar aquellas desconocidas, en lenta y ordenada procesion, tan recogidas é in-

móviles, que vistas al través del espeso humo de incienso que oscurecía la luz de las lámparas, parecían moverse, no ya con pasos ordinarios, sino por alguna fuerza invisible y uniforme.

En la segunda vuelta que dió la devota comitiva al rededor del templo, al pasar junto al sitio en que sir Kenneth estaba arrodillado, vió caer muy cerca de sí un pimpollo del rosario que en sus manos llevaba una de las doncellas de velo blanco; cuyo accidente produjo en él una impresion semejante á la que hubiera hecho un dardo arrojado á su persona; porque cuando exaltan la mente pensamientos elevados y sensaciones nuevas y grandiosas, cualquiera circunstancia inesperada, por pequeña que sea, da mayor impulso al vuelo en que se ha remontado la imaginacion. Procuró sin embargo recobrase de su sorpresa, considerando cuan indiferente y casual era en sí mismo aquel suceso, en el cual no hubiera fijado la atencion, si no le hubiera hecho notable la uniformidad y mesura de toda la ceremonia.

No obstante lo cual, al pasar tercera vez la procesion en torno de la capilla, los pensamientos y los ojos de sir Kenneth se fijaron exclusivamente en la novicia que habia dejado caer el pimpollo de su rosario. Ni su porte, ni su estatura, ni su aspecto se diferenciaban de los de las otras que con ella iban; así que era imposible distinguirla de las demas, sino por el puesto que ocupaba en la procesion; empero, impulsado quizas por la secreta voz de la simpatía, al acercarse tercera vez hácia él la segunda novicia de la fila derecha se agitó violentamente el corazon de sir Kenneth, á guisa de ave aprisionada que procura romper sus hierros, como si en aquel ser misterioso viera la dama que su afecto preferia, no solo á las presentes, sino á todas las de la tierra. La pasion del amor, no solo altamente encarecida, sino impuesta como deuda y obligacion por los usos y leyes de la órden de caballería, se hermanaba íntimamente con los afectos de devocion, que ejercian igualmente un influjo poderoso en los ánimos de los caballeros.

Fomentábanse recíprocamente, lejos de contrariarse, aquellos dos sentimientos, y los del cruzado experimentaron una conmoción extraordinaria, cuando la procesion empezó el tercer giro, esperando que la que, según sospechaba, le había hecho aquella primera señal, la repitiese al aproximarse á su sitio. Aunque era corto el espacio que la procesion tenía que recorrer, parecióle un siglo al Escocés el tiempo que tardó en llegar desde el testero hasta el puesto en que él se hallaba; mas entonces la misma persona, que no había hecho mas que seguir el paso de las otras, descubrió una pequeña y bien proporcionada mano, cuya lindeza y albura indicaban las raras perfecciones del cuerpo á que pertenecía, y separando ligeramente el velo que la cubria, como el rayo de la luna, que en la tranquila noche de verano rompe por medio de la nube, dejó caer otro pimpollo junto á las rodillas del caballero del Leopardo.

No era dable atribuir esta repetición á efecto de la casualidad, ni podía ser casual tampoco la semejanza entre aquella mano y

otra en que el caballero había estampado una vez su enardecido labio, jurando lealtad eterna á su amable dueño. Corroboraba además sus conjeturas el brillo de un hermoso rubí, que en el blanco dedo de la dama resplandecía, y cuyo inapreciable valor era de menos estima á sus ojos que una señal de la mano que realzaba su esplendor; además de que el velo no le había estorvado distinguir, sea casualmente ó por favor de la que lo llevaba, una negra trenza de cabellos, cada uno de los cuales valía mas en su aprecio que una cadena de oro macizo. Era la dama de sus pensamientos: pero que se hallase en aquel remoto sitio, en aquel áspero y bárbaro desierto, entre aquellas retiradas doncellas que se sepultaban en vida en las entrañas de la tierra, para practicar en secreto los ritos cristianos que no osaban practicar abiertamente; que todo esto acaeciese en verdad y realidad, parecía increíble á sir Kenneth; mas bien parecía un sueño engañoso, una pasajera ilusión de la destemplada fantasía. Mientras le confundían y agitaban estos en-

contrados pensamientos, la procesion empezó á salir de la capilla, por la misma puerta por donde en ella habia entrado. Los acólitos, las religiosas profesas se desvanecieron sucesivamente; mas al poner el pie en el tránsito, la que le habia dado aquellos dos testimonios de atencion y memoria volvió ligeramente la cabeza hácia el sitio en que el cruzado habia permanecido, inmóvil como una estatua de las que adornaban la capilla. Sus ojos la siguieron hasta que hubo desaparecido de un todo, y entonces su alma quedó sumergida en una oscuridad no menos profunda que la que percibieron en seguida sus sentidos, pues apenas habia pasado el límite de la puerta la última de las de velo blanco, y cerrándose aquella con golpe estrepitoso, cesó de repente el religioso canto, y quedaron á un mismo tiempo apagadas todas las luces, y sir Kenneth se vió solo, y envuelto en profundas tinieblas. Pero no se curaba el acendrado caballero ni de la oscuridad, ni de la soledad, ni de su incierta y extraña situacion; ni de cosa alguna se curaba, salvo aque-

lla repentina vision que ante sus ojos habia pasado, y de las prendas de favor que de ella habia recibido. Arrojóse al suelo á tomar los dos pimpollos que habian caido de sus manos; aplicólos á sus labios; apretólos al seno uno á uno, y los dos juntos; besó el mármol frio en que habia estampado el pie la que imperaba en su corazon, y se abandonó á otros extremos y extravagancias, que las pasiones vehementes arrancan á los que á ellas se someten, y que en todos los siglos y naciones han sido mudos intérpretes del amor. Mas era rasgo característico de las costumbres de aquellos tiempos, que el caballero enamorado, por violentos que fuesen los raptos de su afecto, se abstuviese de seguir y molestar á la dama que de ellos se habia apoderado, considerándola como una deidad que se digna mostrarse á veces al mortal que la adora, para volver despues á la oscuridad de su santuario; ó como un astro de superior influjo, que lanza en instante propicio un rayo de favor y de esperanza, y se envuelve en seguida en el nebuloso velo que

le circunda. La dama de su amor era un ser elevado, dueño absoluto de sus afectos y movimientos, á cuyo arbitrio estaba animarle y colmarle de ventura con su vista, ó afligirle y atormentarle con su ausencia; exaltarle con una ligera muestra de compasion, ó conducirle á la desesperacion con su crueldad. Libre era y soberana, no sujeta á otras leyes que á las de su alvedrío, y solo era lícito al caballero que en ella habia fijado sus atrevidos pensamientos, consagrarle los afectos de su corazon y las hazañas de su acero, obedecer sus mandatos, y darle fama y nombradía con sus proezas.

Tales eran las leyes de la caballería y las del amor, que tanto imperio ejercian en aquella órden. Pero en el afecto de sir Kenneth se reunian otras circunstancias que contribuian á hacerle todavía mas humilde, mas reservado y mas comedido. Jamas habia oido el sonido de la voz de su dama, aunque muchas veces se habian deleitado sus ojos en la contemplacion de su belleza. Tan elevada era la esfera en que la colocaba su nacimiento,

que el título de caballero no bastaba á darle entrada en él; y aunque altamente acreditado, nombrado y distinguido por sus hechos y destreza militar, el pobre guerrero escoces estaba separado del objeto de su adoracion; por no menor distancia que la que separa al Persa del astro que adora. Mas ¿cuándo se encumbran tanto los ojos de una muger que no basten á distinguir al amante apasionado, por baja y humilde que sea su condicion? Sus miradas le habian seguido en el torneo; á sus oidos habian llegado las glorias que adquiria en sus continuos encuentros y batallas, y mientras imploraban su gracia condes, duques y magnates, todos sus pensamientos se fijaban, quizas involuntariamente y sin notarlo ella misma, en el caballero del Leopardo, que para sostener el lustre de su nombre, con poco mas podia contar que con el auxilio de su espada. Cuanto veia y escuchaba, alentaba y daba mayor fuerza á esta parcialidad ó preferencia, á cuyos principios no fué parte á oponerse su razon. Cierto es que las prendas personales del Escoces eran

tales que las damas de la corte militar de Inglaterra le daban la palma entre todos los caballeros que á ella concurrían, y aunque los soberanos y próceres recompensaban con espléndida magnificencia los elogios de los trovadores, á veces resonaban en sus harpas los loorez y el heroísmo de aquel esforzado guerrero, que no podia dar en galardón del aplauso, ni brillantes galas, ni ricos ni vistosos palafrenes.

Los encomios y alabanzas de su amante se hacían cada vez mas gratos á la esclarecida y orgullosa Edit, aliviándola del fastidio de la lisonja que continuamente la molestaba, y presentando á sus secretos pensamientos un objeto mas digno, segun la fama comun decia, que los que en gerarquía y bienes de fortuna le sobrepujaban. A medida que sus pensamientos se vinculaban, constante, aunque recatadamente en sir Kenneth, se convencía mas y mas del vivo afecto que este le profesaba, y mas y mas se penetraba de la idea que el caballero escoces era el mortal que los astros le habian designado para llegar

con ella, al traves de males y peligros, al término y objeto final de aquella terrible passion que los poetas del siglo describian como dominadora universal del mundo, y á la cual los usos y sentimientos que á la sazón prevalecían en las córtés de Europa daban el mismo valor é importancia que á la devoción y celo religioso.

No disfracemos la verdad de los hechos á nuestros lectores. Cuando Edit llegó á conocer el giro que su inclinación habia tomado, aunque luchaban en su interior los sentimientos arrogantes correspondientes á su ilustre origen, que la acercaba á la prosapia de los monarcas de Inglaterra, con la satisfacción que le causaba el mudo aunque perenne homenaje del caballero á quien sus afectos daban la preferencia, momentos hubo en que los impulsos de amor se estrellaron contra los estorvos que le oponían la gerarquía y el linage, y en que le causaba enfado la timidez de su amante, que no parecia resuelto á vencerlos ni sobrepujarlos. La alta consideración y el humilde acatamiento de-

6.

bidos á su esclarecida sangre, trazaban en torno de ella un círculo mágico, fuera del cual era lícito al caballero del Leopardo reverenciarla y servirla, mas cuyos límites no podía traspasar, á guisa de espíritu maligno á quien veda el poderoso nigromante hollar la línea dibujada por su vara prodigiosa. Dejéase dominar involuntariamente por la idea de ser ella quien debía dar los primeros pasos, aunque no fuera mas que estampando la punta de su breve y nevado pie fuera del linde señalado: pues para un amante tan reservado y tímido como el suyo, bastantes esperanzas daba, y sobrado favor era la mas insignificante y ligera distincion. Ejemplos habia habido en su tiempo que autorizaban semejante resolucion, y entre otros el de la hija del rey de Hungría, que tan generosamente habia dado aliento y fomentado los deseos de un caballero de humilde grado; quanto y mas que ella, aunque de sangre real, no era hija de rey, ni era humilde el grado que sir Kenneth habia alcanzado en la profesion de las armas y órden de caballe-

ría; asi que no era tan insuperable la barrera que se oponia á la satisfaccion de sus mutuos deseos. Sin embargo, aquel modesto orgullo que en el pecho de las doncellas pone grillos á los desahogos del amor, le impedia, á pesar de su condicion elevada, poner en ejecucion su designio. Tocaba en efecto al caballero romper el silencio que hasta entonces entre los dos habia reinado. Sir Kenneth era de índole modesta y recatada; honrado por demas y comedido; dotado de todas las prendas y perfecciones que Edit podia desear en un amante, y sobre todo de aquella circunspeccion respetuosa que á sí mismo y á la dama de su afecto se debía, mas en su presencia se consideraba ella como la imágen de una divinidad que recibia sus adoraciones sin parecer sensible á ellas ni dignarse darles respuesta; y que se degradaria dando un paso fuera del pedestal, como si diese á entender al que postrado la reverencia y acata, que era de inferior naturaleza, y de vulgar y terrena condicion.

Mas el ebcecado idólatra que se humilla

ante la imagen material del númen de su creencia, descubre á veces, porque así se lo pinta la fantasía, señales de aprobacion en las rígidas é inmóviles facciones de un busto de mármol, y no es extraño que sir Kenneth hubiese traslucido alguna de estas propicias indicaciones en los ojos elocuentes de Edit, cuya belleza consistia mas bien en la facilidad y viveza de la expresion, que en la lozanía y esplendor de su complexion, y en la regularidad de las formas. Háblele en efecto dado algunos vislumbres de predileccion y esperanza, y no de otro modo hubiera podido sir Kenneth reconocer tan pronta y seguramente la linda mano, de la que solo dos dedos habia descubierto el velo blanco y túpido que la cubria, ni atribuir la caída de dos flores, arrojadas sucesivamente en el mismo sitio, á demostracion de aprobacion y de benevolencia. No toca al autor, cuya edad avanzada se aviene mal con asuntos amorosos, especificar la serie de gestos y miradas, mudo lenguaje de amor, que habian dado origen á la inteligencia que entre Edit y el

caballero escoces reinaba. Estos vestigios del afecto, productos naturales del instinto, solo pueden ser entendidos y descifrados por los que se hallan en edad de experimentar su influjo. Basta que existiese aquella reservada comunicacion entre dos personas que jamas se habian dirigido mutuamente la palabra; aunque es justo añadir que la inclinacion de Edit se hallaba refrenada y comprimida por el recelo de las dificultades y peligros que necesariamente le habian de salir al encuentro si llegaba á progresar y arraigarse en su corazon; y la pasion del caballero lo estaba del mismo modo por un cúmulo de dudas y temores, entre los cuales, el que mas le detenía era el de haber interpretado demasiado favorablemente, y con sobrada estima de sí mismo, aquellas ligeras muestras de su dignacion y bondad, interrumpidas por largos intervalos de frialdad aparente, durante los cuales, la noble doncella, ó temerosa de excitar sospechas, ó de empeñar á su amante en disgustos y peligros, ó de desmerecer en su aprecio, le demostraba la mayor indife-

rencia, y ni siquiera fijaba en él sus miradas.

Esta narracion por molesta que parezca á nuestros lectores, es necesaria para la inteligencia, de la historia, y para explicar la situacion en que se hallaban los dos amantes, y las relaciones, si este nombre merecen, que entre ellos existian, cuando la inesperada y repentina aparicion de Edit en la capilla produjo tan notable efecto en los sentimientos de sir Kenneth el del Leopardo.

## CAPITULO V.

Permaneció este de rodillas por espacio de una hora, en medio del profundo silencio y de la impenetrable oscuridad que reinaban en la capilla, dando gracias al cielo y á su dama por los últimos favores que de la mano de esta habia recibido. Poco le habia importado

rencia, y ni siquiera fijaba en él sus miradas.

Esta narracion por molesta que parezca á nuestros lectores, es necesaria para la inteligencia, de la historia, y para explicar la situacion en que se hallaban los dos amantes, y las relaciones, si este nombre merecen, que entre ellos existian, cuando la inesperada y repentina aparicion de Edit en la capilla produjo tan notable efecto en los sentimientos de sir Kenneth el del Leopardo.

## CAPITULO V.

Permaneció este de rodillas por espacio de una hora, en medio del profundo silencio y de la impenetrable oscuridad que reinaban en la capilla, dando gracias al cielo y á su dama por los últimos favores que de la mano de esta habia recibido. Poco le habia importado

hasta entonces su propia seguridad, y no mucho el destino que la suerte le reservaba: mas en la ocasion presente, tanto como un grano de arena pesaban en la balanza de su mente aquellas consideraciones. Sus pensamientos no salian mas allá de la esfera en que se hallaba, y ¿qué mas podia apetecer en el mundo que encontrarse cerca de Edit, haber recibido prendas de su memoria, y estar en un lugar santificado por las mas venerables reliquias? Un soldado de Cristo, un amante fiel y verdadero en nada debia pensar sino en sus obligaciones para con Dios y para con su dama.

Apenas habia terminado la hora que el caballero escoces habia pasado entregado á estas reflexiones, resonó en torno de la bóveda de la capilla un agudo silbido, semejante al que usa el halconero para llamar á su ave; sonido en verdad nada correspondiente á aquel lugar, y que recordó al caballero cuan necesaria era la precaucion en escena tan nueva y desconocida. Levantóse de pronto y echó mano al arma que consigo llevaba.

Al silbido sucedió otro rumor no menos extraordinario, que era como el rechinar de tornillos y garruchas, y de pronto se notó una luz que salió de debajo del pavimento; lo que denotaba tener este un portalon ó escotilla que se abria á la sazón. No tardó en presentarse por aquella abertura un brazo largo y descarnado, desnudo en parte, y en parte cubierto de una tela color escarlata; llevaba en la mano la lámpara que habia dado aquella luz, levantándola hasta toda la altura que el brazo podia alcanzar; y tras el brazo se vió subir poco á poco, hasta el suelo del templo, el cuerpo á que pertenecia. La estatura y el rostro de esta inesperada persona eran de un feísimo enano. Adornaba su enorme cabeza una gorra extrañamente engalanada con tres plumas de pavon. Era el traje de brillante escarlata, cuya riqueza daba mayor realce á la deformidad de la persona, y completaban su fantástico atavío brazaletes de oro, y una daga con puño del mismo metal, que pendia de un cinturon de seda blanca. Este singular personage llevaba

en la mano derecha una especie de escoba, y apenas saltó de la abertura por donde habia salido, se quedó parado, como para dejarse ver mas distintamente, moviendo entre tanto la luz al rededor de sus irregulares facciones, y sus desproporcionados, aunque fornidos miembros. Aunque monstruoso en toda su persona, el enano parecia estar dotado de vigor y agilidad. Sir Kenneth contemplaba atónito este desagradable objeto, y se le ocurrió la creencia vulgar de los vestiglos, ó espíritus terrenos, habitantes de las cavernas de la tierra: por lo que hallando tanta semejanza entre la figura que entonces estaba viendo y las ideas que dominaban en la opinion vulgar acerca de aquellos seres ideales, miró al enano no solo con disgusto y con miedo; mas también con aquel pavor que la presencia de una criatura sobrenatural debe infundir en los corazones mas intrépidos y arrojos.

El enano silbó segunda vez, llamando de su misma habitacion subterránea á otra figura que no le cedia en fealdad. Esta segunda

aparicion subió del mismo modo que la primera; descubriendo un brazo de muger que sacaba otra lámpara de las tinieblas inferiores, y una figura femenina que saltó al pavimento de la capilla, y que tenia mucha semejanza con su compañero en estatura y proporciones. Su ropage era tambien de escarlata, extravagante en su corté y adornos, como los que usan en sus danzas los saltarines y comediantes; y con la misma pausa y menudencia que habia empleado su predecesor, paseó la lámpara por sus facciones y persona. Mas á pesar de este aspecto desagradable, notábase en ambos rostros un indicio seguro de extraordinaria agudeza y penetracion; á saber, unos ojos brillantísimos, cubiertos de largas y negras pestañas, que formaban un raro contraste con lo horrible de la persona.

Sir Kenneth permanecia inmóvil mientras aquella monstruosa pareja daba la vuelta, sin separarse, á la capilla, ocupándose en barrerla y asearla; mas como solo se servian de una mano, tardaron largo rato en aquella

operacion, la que desempeñaron con ridículos gestos y contorsiones, propios y correspondientes á su extraño y desacordado aspecto. Cuando llegaron cerca del caballero, continuando su tarea, la suspendieron de pronto y al mismo tiempo, y se colocaron enfrente de él, uno al lado de otro, moviendo como antes lo habian hecho las luces que llevaban, con intencion sin duda de que aquel desconocido observase mas menudamente sus facciones, que no por estar mas próximas parecian menos feas, y nótase la extraordinaria prontitud con que sus ojos se movian, reflejando en todo su esplendor el brillo de las lámparas. Hecho lo cual, dirigieron ambas luces hácia el caballero, y habiéndole menudamente examinado, se miraron uno á otro, y rompieron en estrepitosas carcajadas. Este sonido era tan nuevo para sir Kenneth, que al oírle retrocedió algunos pasos, y les preguntó con voz pronta y alterada quiénes eran los que profanaban aquel santo sitio con tan indecentes visages y exclamaciones.

— Yo soy el enano Nectabano, dijo el mal configurado varon en voz correspondiente á su talante, y mas parecida al ahullido del ave nocturna, que á ningun otro sonido de los que se oyen mientras el sol ilumina la tierra.

— Y yo soy Ginebra, su señora, y su amor, dijo la hembra con chillido mas agudo y mas áspero que el de su compañero.

— ¿Y qué haceis aquí? volvió á preguntar el caballero, dudando todavía si eran criaturas humanas las que tenia á la vista.

— Yo soy, respondió el enano, revistiéndose de gravedad y compostura, el duodécimo Iman, Mahomed Mohadi, guia y conductor de los creyentes. Cien caballos estan siempre ensillados para mi acompañamiento en la santa ciudad, y otros tantos en la ciudad del refugio. Yo soy el que ha de dar testimonio, y esta una de mis houries.

— Mientes, exclamó la enana, interrumpiendo á su compañero, y esforzando su voz chillona; yo no soy ninguna de tus houries, ni tú eres de la casta infiel de ese Ma-

homed de quien hablas. ¡ Maldiga el cielo su ataud! Dígote, asno de Isacat, que tú eres el rey Arturo de Bretaña, á quien las hadas arrebataron del campo de Avalon, y yo soy la dama Ginebra, que tanta nombradía tiene por su hermosura.

— Cierto es, noble señor, dijo el enano, que los dos somos unos príncipes desventurados, protegidos antes por el rey Guido de Jerusalem, y moradores de sus estados, hasta que se vió arrojado de ellos por esos perros de infieles que el fuego de Dios consuma.

— Silencio, gritó una voz que salia de la puerta por donde el caballero habia entrado: fuera de aquí, menguados, nada mas teneis que hacer en este sitio.

Apenas oyeron este mandato los enanos, se hablaron uno á otro en discorde murmullo, apagaron al mismo tiempo las dos luces, y dejaron al caballero en la misma completa oscuridad que antes, á que sucedió un no interrumpido silencio, cuando dejaron de oirse los pasos que daban al retirarse á su mansion subterránea.

El caballero se sintió aliviado de un gran peso, viéndose libre de la compañía de dos seres que solo inspiraban horror. Por su lenguaje, modales y apariencia, no dudó que pertenecian á aquella clase degradada de personas destinadas por su deformidad exterior y por la limitacion de sus alcances, á vivir como objetos de curiosidad en las casas de los grandes señores, donde servian de burla y diversion á los criados de la familia. No era el caballero escoces superior bajo ningun aspecto á las ideas y costumbres del tiempo en que vivia, y en otras ocasiones se habia divertido, como era entonces comun, con las chocarrerías y bufonadas de estos remedos de la humanidad: mas en la ocasion presente su aparicion, su gesticulacion y su lenguaje rompió el hilo de las serias y graves meditaciones en que se hallaba sumergido: por lo que le fué de mucha satisfaccion su ausencia.

Pocos minutos despues que se hubieron retirado, abrióse lentamente la puerta por la que habia entrado sir Kenneth, y quedando

descubierto el tránsito que en ella terminaba, distinguió el pálido resplandor de una linterna que estaba colocada en el suelo. A su dudoso y vacilante reflejo pudo percibir un objeto sombrío, reclinado fuera de la puerta; al cual se acercó cautelosamente, y reconoció al anacoreta, postrado en la misma actitud en que le había visto antes, y en que probablemente se había mantenido durante todo el tiempo que su huésped había pasado en la capilla.

— Todo está concluido, dijo el ermitaño, conociendo por el ruido de los pasos que se le acercaba sir Kenneth. Tiempo es de que se retiren de este sitio el mas miserable de los pecadores, y el que por mas feliz y honrado debe tenerse que los mas altos magnates y reyes de la tierra. Toma la luz, y guíame por la bajada, puesto que no me es dado descubrir los ojos hasta hallarme lejos de este lugar venerable.

Obedeció sin osar desplegar los labios el caballero escoces, en quien la admiración de todo lo que había visto imponía silencio á

los impulsos de la curiosidad. Echó á andar guiando á Teodorico con notable acierto por los intrincados rodeos y escaleras por donde había venido, hasta llegar á la celda exterior de la caverna del ermitaño.

« El reo se ha restituido á su calabozo; de un dia á otro se difiere su suplicio, hasta que venga el juez terrible que ha de señalar la ejecucion de la bien merecida sentencia.»

Esto dijo el ermitaño despojándose del velo que le cubria, el que estuvo despues contemplando algun rato, y lanzando profundos suspiros. Volvióle á guardar en el sitio de donde el Escoces le había sacado, y dirigiéndose á este, le dijo en tono apesadumbrado: « Retírate; duerme; anda á descansar. Tú puedes dormir: yo no, que ni puedo ni debo.»

El caballero se retiró á la celda interior, respetando la agitacion de su huésped; mas despues volviendo el rostro atras, vió al anacoreta desnudare precipitadamente de su rústico traje, y antes que pudiera cerrar la endeble puerta que separaba las dos divisio-

nes de la caverna, oyó el chasquido del azote en las espaldas de la víctima, y los sollozos que del penitente arrancaba aquel sangriento y voluntario castigo. Y se estremeció y horrorizó por cierto, reflexionando cuánta debía ser la gravedad del delito, y cuán amargo el remordimiento que tan dura mortificación no bastaba á satisfacer ni calmar. Rezó devotamente sus acostumbradas oraciones, y despues de haber echado una ojeada al Moro, que continuaba durmiendo, se reclinó en el duro lecho, donde el cansancio que las variadas escenas del dia y de la noche debian producir, le proporcionó muy en breve un sueño tan tranquilo como el de la infancia. Al despertar por la mañana tuvo con el ermitaño ciertas pláticas sobre asuntos de importancia, de cuyas resultas se vió obligado á detenerse dos dias en la caverna; y en ellos, aunque cumplió escrupulosamente con las piadosas obligaciones de peregrino, no le fué dado entrar de nuevo en la capilla en que tan extraordinarios sucesos habia presenciado.

## CAPITULO VI.

Mudemos ahora de escena con nuestro lector, y pasemos de la soledad montañosa del Jordan al campo del rey Ricardo de Inglaterra, asentado entonces entre Ascalon y San Juan de Acre, y en que se hallaba el ejército que aquel monarca, mas conocido

nes de la caverna, oyó el chasquido del azote en las espaldas de la víctima, y los sollozos que del penitente arrancaba aquel sangriento y voluntario castigo. Y se estremeció y horrorizó por cierto, reflexionando cuánta debía ser la gravedad del delito, y cuán amargo el remordimiento que tan dura mortificación no bastaba á satisfacer ni calmar. Rezó devotamente sus acostumbradas oraciones, y despues de haber echado una ojeada al Moro, que continuaba durmiendo, se reclinó en el duro lecho, donde el cansancio que las variadas escenas del dia y de la noche debian producir, le proporcionó muy en breve un sueño tan tranquilo como el de la infancia. Al despertar por la mañana tuvo con el ermitaño ciertas pláticas sobre asuntos de importancia, de cuyas resultas se vió obligado á detenerse dos dias en la caverna; y en ellos, aunque cumplió escrupulosamente con las piadosas obligaciones de peregrino, no le fué dado entrar de nuevo en la capilla en que tan extraordinarios sucesos habia presenciado.

## CAPITULO VI.

Mudemos ahora de escena con nuestro lector, y pasemos de la soledad montañosa del Jordan al campo del rey Ricardo de Inglaterra, asentado entonces entre Ascalon y San Juan de Acre, y en que se hallaba el ejército que aquel monarca, mas conocido

por su sobrenombre de Corazon de Leon; habia prometido conducir en triunfo á los muros de Jerusalem. Y es de creer que hubiera realizado su promesa, si no se lo hubieran estorvado las envidias de los príncipes cristianos que habian tomado parte en la misma expedicion, y el enojo que en ellos producian la indómita altanería del monarca inglés, y el desprecio con que miraba á los otros soberanos; los cuales eran iguales suyos en gerarquía, mas no así en valor, en arrojo y en las demas prendas que constituyen al gran capitán. Estas discordias y reyertas, y especialmente las que se suscitaron entre Ricardo y Felipe de Francia, alzaron poderosos obstáculos á las activas medidas propuestas por aquel heróico aunque impetuoso caudillo, de cuyas resultas se disminuian diariamente las filas de los cruzados, y desertaban de ellas, no solo individuos sino tercios enteros, con sus gefes feudales á la cabeza; los cuales se apresuraban á abandonar la empresa de que no esperaban éxito favorable.

Fue además funesto, como sucede por lo comun, el influjo del clima á los soldados del norte, á todo lo cual se agregaba la vida disoluta y viciosa de los cruzados, que ofreciendo un singular contraste con el objeto que les habia puesto las armas en la mano, facilitaba y aumentaba los estragos del excesivo calor y de los maléficis rocíos. Ni debe omitirse, entre las causas del desaliento general el respeto que infundian las armas contrarias. Saladino, el mas ilustre de cuantos príncipes se recuerdan en la historia de Oriente, habia conocido á costa suya, que sus soldados armados tan á la ligera, no eran parte á resistir el choque de aquellos hombres de hierro, así como le habia proporcionado grandes escarmientos el carácter emprendedor de su antagonista Ricardo. Pero si sus ejércitos habian sido mas de una vez arrollados, y sufrido terribles descalabros, el número le daba grandes ventajas en las correrías y escaramuzas, que no siempre podian evitar los cristianos. A medida que disminuian las tropas de los invasores, mas

continuas eran las empresas de Saladino en este modo de guerrear. Circundaban y asediaban los reales de las huestes europeas, nubes de prestísimos y bien armados ginetes, que, como enjambre de abejas, eran fácilmente destruidos, si se lograba darles alcance, pero que tenían alas para eludir las fuerzas superiores, y sangrientos aguijones para herir y atormentar. Continuamente se encontraban los puestos avanzados y las partidas de forrage; interceptábanse los convoyes; cortábanse las comunicaciones, y en estos ataques se perdían muchas vidas preciosas, sin ganar ventaja alguna importante. A costa de su propia vida compraban los cruzados los medios de sostenerla; y el agua era como la del pozo de Bethlehem, tan suspirada por David, la cual solo podía conseguirse derramando sangre.

Aligeraba en gran manera el peso de estos males la inapeable fortaleza, y la incansable actividad del rey Ricardo, el cual, acompañado de sus mejores guerreros, estaba siempre á caballo, pronto á reparar el daño don-

de quiera que ocurría, y muchas veces, no solo llevando inesperados socorros á los cristianos, sino derrotando á los infieles cuando mas seguramente contaban con la victoria. Mas ni aun la férrea complexion de Corazon de Leon podia sobrellevar, sin experimentar fatales resultados, las alternativas de un clima tan insalubre y mortífero, unidas á los incessantes esfuerzos del cuerpo y del espíritu. Sobrevinole una de aquellas fiebres lentas y destructoras, que son tan comunes en Asia, y á despecho de su indómita constancia, y de su aun mas indómito brio, no solo le fué imposible montar á caballo, sino que ni aun pudo asistir á los consejos de guerra que de cuando en cuando celebraban los cruzados. No era fácil conocer si exasperaba ó mitigaba el padecer de Ricardo, la resolucion que habia tomado el consejo, de pactar una tregua de treinta dias con el soldán Saladino, porque por un lado le llenaba de despecho y de impaciencia la dilacion que esta medida ocasionaba á los progresos de su expedicion y á la ejecucion de sus planes; y por otro,

le consolaba algun tanto la seguridad de que los otros guerreros no podian conseguir gloriosos laureles, en tanto que él se hallaba ocioso y postrado en el lecho.

Mas lo que de ningun modo podia sobre llevar ni contemplar sin enojo el Corazon de Leon, era la inactividad general que prevalecia en el campo de los cristianos, desde que su enfermedad empezó á presentar síntomas graves. Lo poco que podia averiguar por los informes que le daban con rodeos y medias palabras sus asistentes le hacia conocer que sus huestes se abatian y desalentaban á medida que subia de punto su dolencia, y que los caudillos del ejército de la cruz empleaban el intervalo de la tregua, no ya en reclutar nuevas fuerzas, en reanimar su valor, en estimular y aguijonear sus deseos de conquista, preparando un pronto y determinado ataque á la santa ciudad, que era el objeto de su expedicion, sino en asegurar y defender el campo que sus reducidas tropas ocupaban, guareciéndole de trincheras, empalizadas y otras fortificaciones, como si se pre-

parasen á rechazar el choque de un poderoso enemigo, tan pronto como las hostilidades comenzasen, mas bien que á ponerse en la actitud que les correspondia de invasores y de vencedores.

Enfurecíase y bramaba el rey de Inglaterra cuando estas noticias llegaban á sus oidos, á manera de aprisionado leon que está viendo su presa al traves de las rejas de su jaula. La irritabilidad de su carácter, la impetuosidad de su índole, estallaban á veces, á pesar del abatimiento de sus fuerzas físicas. Habíanle cobrado miedo sus familiares y servidores, y hasta los médicos que le asistian se negaban á revestirse de la autoridad que necesariamente deben ejercer en sus pacientes los que practican aquella profesion. Quien únicamente osaba arrostrar los desahogos de su cólera, era uno de sus barones, que le miraba con el mas tierno cariño y aficion, y que quizas á efecto de su disposicion que congeniaba con la del rey, se oponia con serenidad y firmeza á su voluntariedad y des temple, atreviéndose á estas peligrosas dis-

putas tan sólo porque estimaba la vida y el honor de su soberano, mucho mas que el favor de que este podia privarle, y mucho mas que los inconvenientes á que se exponia, contrarestando los caprichos de un enfermo tan intratable, y cuyo enojo era tan terrible.

Sir Tomas era Señor de Gilsland, en el condado de Cumberlandia; pero como en aquellos tiempos incultos y alborotados no se observaba en los títulos y dictados la misma puntualidad que en el día, los Normandos le llamaban el Lord de Vaux, y los Sajones, que se envanecian de la sangre que circulaba en las venas de aquel personage, le daban el dictado familiar de Tomas, ó Tom del Angosto Valle, con alusion al nombre de uno de los vastos y ricos estados que poseia.

Este caudillo habia peleado en casi todas las guerras que habia sostenido su pais, ora con los Escoceses, ora con los diferentes partidos y facciones que tantas veces habian alterado su reposo, y sembrado el territorio ingles de desventuras y miserias, distinguiéndose en todas ocasiones por el acierto de sus

medidas y por las hazañas de su valor. Sus modales eran las de un soldado tosco y desaliñado; violento en sus salidas; negligente en su porte; taciturno, y aun con visos de grosero en la conversacion; ageno de todo artificio cortesano, y de toda urbana y suave condescendencia. Sin embargo, los que le estudiaban de cerca, y creian haber descifrado su carácter, eran de opinion que aspiraba á grandes cosas, mientras menos cuidadoso parecia de la opinion agena: que su conducta era un sistema de astucia y de artificio, y que la semejanza que se notaba entre su índole precipitada y temeraria, y la de Ricardo, no era mas que un medio para atraerse el afecto y la confianza de este monarca, y allanar el camino á sus osados y ambiciosos pensamientos. Mas á pesar de todo, ninguno de los otros cortesanos pretendia rivalizar con él en la peligrosa tarea de asistir á un enfermo, cuyo mal era, segun los médicos, contagioso, y especialmente siendo este enfermo Ricardo de Inglaterra, aquejado por la furiosa impaciencia de un

soldado , privado de las ocasiones de adquirir mayor gloria , y por el ceñudo descontento de un rey despojado de su autoridad. Los soldados del ejército ingles creian generalmente que De Vaux asistia al rey como á un amigo y compañero , con aquella honesta y desinteresada franqueza comun entre soldados que arrostran juntos los peligros de la campaña

Al declinar de uno de aquellos ardorosos dias que inflaman el cielo de Asia , reposaba Corazon de Leon en su lecho , no menos abrumado por las penas de su espíritu , que por la dolencia que le habia postrado. La fiebre y la impaciencia aumentaban la viveza de sus grandes ojos azules , de suyo brillantes , expresivos y fogosos , los cuales relucian entre las mechas desordenadas de sus rubios cabellos , como los últimos rayos del sol , al traves de las nubes borrascosas que sus reflejos doran y matizan. Notábanse en sus facciones varoniles los progresos del mal destructor ; su barba desaliñada y esparcida cubria confusamente sus labios y mejillas. Su

agitacion continua , el desórden de su lecho , cuyas sábanas y colchas cubrian ora toda su persona , ora bajaban arrolladas al suelo , denotaban la inquietud , el despecho de una índole desasosegada , cuyos naturales elementos son el esfuerzo , el trabajo y la actividad.

Contrastaba con la actividad del malhadado monarca , la de Tomas de Vaux , que pocas veces se alejaba de su cabecera. Era gigantesca su estatura , y sus espesos cabellos podian compararse á los de Sanson , cuando los de este gefe israelita hubieron pasado por las tigras de los Filisteos ; porque el caballero ingles los llevaba cortos , á fin de que pudiese cubrirlos el yelmo. Fijos y tranquilos estaban sus grandes y fieros ojos , excepto cuando los atraia Ricardo con alguna violenta señal de enfado y mal humor. Sus facciones , aunque gruesas y fornidas , como correspondia á su persona , habian sido gallardas antes que las desfigurasen sendas heridas ; cubriale el labio superior , á uso de los guerreros normandos , un espeso y largo bigote , que se unia y terminaba en el cabello , y que como

este dejaba ver algunas canas entre sus oscuros y rizados tufos. Era enjuto de cintura, ancho de pecho; de largos y nervudos miembros, denotando en toda su contextura la mayor aptitud á sobrellevar las molestias del trabajo, y las mudanzas y rigores de los mas opuestos climas. Tres noches hacia que no se despojaba de su ropilla de ante, en que llevaba bordada la insignia de la cruz, y solo de cuando en cuando reclinaba la cabeza, y dormia algunos momentos, no permitiéndole otro reposo el esmero con que atendia al enfermo. Ni mudaba de postura, sino para administrar al rey alguna medicina ó refresco, por ser el único de sus servidores de cuyas manos podia reducirse á tomarlos, manifestando en estas ocasiones una afectuosa vigilancia, un tierno y delicado interés, que parecian sentimientos extraños en un militar tan inculto y grosero.

El pabellon en que estos dos personajes se hallaban era una simple tienda de campaña, sin mas adornos que los que estaban entonces en uso, y aparejada mas bien para

un guerrero que para un monarca poderoso. Veíanse esparcidas por el suelo de la tienda, y colgadas de los pilares que la sostenian, diversas armas ofensivas y defensivas, algunas de ellas de nueva invencion, y de extrañas formas y tamaños. Las colgaduras y alfombras se componian de pieles de fieras, muertas en las cacerías, en que Ricardo pasaba el tiempo que la guerra le dejaba libre, y sobre un monton de estos selváticos despojos, yacian tres enormes y fieros alanos, mas blancos que la nieve, señalados en sendas partes por las garras de sus enemigos, y ansiosamente atentos al lecho de su dueño, como si los apesadumbrase aquel reposo de que estaban condenados á participar. Todo este aparato anunciaba la mansion del soldado y del cazador: mas en una pequeña mesa inmediata á la cama estaba colocado el broquel de acero, de forma triangular y cubierto de molduras, con los tres leones que el monarca habia tomado al principio por divisa, y delante del broquel, la diadema real, algo semejante á la que usaban los du-

ques, salvo que era mucho mas elevada por la parte de la frente, la cual con el cogin de terciopelo que la sostenia, y la tiara bordada que la forraba de la parte interior, formaba el emblema de la soberania de Inglaterra. Junto á estas insignias, y como en señal de defensa del símbolo real, se veia la ponderosa maza de armas, que solo un brazo como el de Corazon de Leon podia sostener y manejar.

En otra division de la misma tienda, estaban de guardia dos empleados de la servidumbre del rey, desalentados, ansiosos é inquietos por la salud de su dueño, y no menos temerosos de sus propios peligros, si llegaba á faltarles su apoyo. Las mismas tristes aprensiones reinaba en los guardias exteriores, los cuales se paseaban taciturnos y pensativos, ó se sostenian inmóviles en las alabardas, mas bien como trofeos armados, que como guerreros dotados de vida y movimiento.

— ¿Y no tienes mejores noticias que traerme de afuera? preguntó el rey á De

Vaux, despues de un largo y agitado silencio, y de la afanosa inquietud, que producía la fiebre, y que hemos procurado describir. Nuestros guerreros se han tornado mugeres, y nuestras damas se han tornado monjas, y ni una sola centella de valor ni de galantería anima el campamento que encierra la flor de lo caballería europea.

— La tregua, señor, respondió sir Tomas con la misma paciencia con que cien veces antes habia dado la misma explicacion, en respuesta á la misma pregunta, la tregua nos ata las manos, y nos impide llevar las huestes al campo de batalla: y en cuanto á las damas, poco se me alcanza de lo que las atañe, porque ya sabe vuestra magestad que rara vez trueco el acero y la gamuza por el terciopelo y el oro; pero segun tengo entendido, las principales damas de la corte acompañan á la reina y á la princesa, en su romería al santuario de Egaddi, segun el voto que ambas hicieron por el recobro de la salud de vuestra magestad.

— ¡Y es posible, repuso el monarca, lleno

de enojo y desagrado, que las matronas reales y las nobles doncellas de la corte de Inglaterra, se expongan á caer en manos de esos perros que ocupan las cercanías, tan infieles á Dios, como desleales y pérfidos para con los hombres.

—No haya miedo, respondió De Vaux: la palabra del soldan Saladino les basta para seguridad de sus nobles personas.

—Razon tienes, dijo Ricardo, y confieso que he hecho injusticia al pagano. Débole reparacion por tamaña ofensa. Pluguiese al cielo que me viera yo en aptitud de dársela con mi brazo y cuerpo á cuerpo, en presencia de los dos ejércitos, cristiano y musulman.

Y diciendo estas palabras, sacó del lecho el brazo desnudo hasta el hombro, é incorporándose penosamente agitó el puño cerrado, como si manejase el acero, ó la maza de armas, y con ella amenazase al espléndido turbante de Saladino. Fué necesario que De Vaux, con suave violencia, que de otro ninguno hubiera sufrido el monarca, le ayudase

á colocarse de nuevo en el lecho, y á cubrirse el hombro y el brazo, con el esmero y afan de una madre afectuosa para con su hijo querido.

—Mal haces el oficio de enfermero, aunque no te falta la buena voluntad, dijo Ricardo, lanzando una amarga sonrisa, y sometiéndose mal de su grado á la violencia que no podía resistir. La cofia sentaria tan bien en tus ásperas facciones, como en las mias la chichonera de un niño de pecho: buen par de fantasmas para espantar muchachos.

—Hartos hombres hechos hemos espantado, respondió sir Tomas, sin contar los que hemos de espantar todavía. ¿Qué monta una calentura? Lo mejor que puede hacerse es sufrirla con paciencia, para desembarazarse mas pronto de ella.

—¡Calentura! exclamó Corazon de Leon; basta que la calentura me haya postrado á mí solo; mas ¿súfrenla acaso tambien todos los otros caudillos del ejército de los cruzados? ¿Estan acaso dolientes Felipe de Francia, el panzudo de Austria, el de Monserrate, los

hospitaleros y los templarios? ¿Qué es de todos ellos? Dígote, sir Tomas, que es una fria parálisis, un letargo de muerte, una dolencia que los priva de palabra y acción, un cáncer que roe el corazón de todos los nobles, de todos los caballeros, de todos los virtuosos; y no ya merecen estos dictados sino los de falsos é infieles al voto mas heróico que pronunciaron jamas labios de hombre; indiferentes á su fama, y olvidadizos de su Dios.

— Por el que está en los cielos, dijo sir Tomas, que no tomeis tan á pechos lo que pasa. Pueden oiros de afuera, y ya semejantes pláticas andan entre los soldados, sembrando discordia y descontento en las huestes cristianas. Vuestra enfermedad las priva de alma y de vigor, y mas fácil será manejar un potro de Arabia sin brida, que llevar el ejército á la victoria, si no le guía Ricardo de Inglaterra.

— Me adulas, dijo Ricardo, el cual, como todos los otros hombres, era sensible á la voz de la alabanza, y algo mas suavizado, se reclinó en la almohada con mayor docilidad

que la que hasta entonces habia manifestado. Pero Tomas de Vaux no era palaciego; lo que habia dicho le salia espontáneamente del corazón, y no sabia proseguir hablando del mismo asunto, para prolongar la serenidad que habia despertado en el ánimo del rey. Mantúvose callado, hasta que este saliendo de su distracción le llamó de pronto, y le dijo: «Figúraseme que has usado de blandas palabras, solo para adormecerme; pero ¿quién habrá que mire con paciencia á una liga de monarcas, á una bandada de nobles, á una congregación de toda la caballería de Europa, detenidas y como amilanadas por la enfermedad de un hombre solo, aunque este acierte á ser el rey de Inglaterra? ¿Basta la calentura de Ricardo, basta su muerte á detener la marcha de treinta mil soldados, que no le ceden en valor? No porque caiga herido el siervo que dirige la manada, se dispersan y huyen los otros; la bandada de grullas no se separa porque el halcón arrebató á la que hace punta. ¿Qué razón hay para que no se junten los caudillos y nom-

bren al que ha de llevar la voz de mando?

— Ya se habla de eso en el ejército, respondió sir Tomas, y ya andan rumores de que los gefes van á reunirse con este propósito.

— ¡ Ah! exclamó Ricardo; cuyos celos se despertaron al oír esta noticia, exasperando mas y mas la irritacion que le aquejaba. ¿ Cuéntanme en nada mis aliados, antes de tomar el viático? ¿ Créenme muerto? Pero no: razon tienen. ¿ Y quién será el que mande las tropas?

— Por su dignidad y gerarquía, respondió De Vaux, tócale este puesto al rey de Francia.

— Que me place, dijo Ricardo, Felipe de Francia y de Navarra, Dionisio Montjoie, su magestad cristianísima: palabras son estas que llenan la boca. Solo temo que se equivoque al mandar un ataque, y que en lugar de decir *en avant*, diga *en arriere*, y os lleve á todos á Paris, en vez de marchar á Jerusalem. Es hombre de sana y generosa política, y mas ventajas halla en oprimir á sus feudatarios y saquear á sus aliados y vecinos, que

en pelear contra Turcos por el sepulcro de Cristo.

— Pueden nombrar al archiduque de Austria, dijo sir Tomas.

— Y tendrán, contestó Ricardo, un gefe barrigudo, tan duro de cabeza como tú mismo, aunque no con tu serenidad, en los peligros, ni tu paciencia en los trabajos. Dígame que Austria es una masa apelmazada de carne, sin mas estímulo que el que puede dar la picadura de una abeja, y sin mas valor que el de una gallina. ¡ Qué campeon para ponerse á la cabeza de los caballeros y conducirlos por el camino de la gloria! Mas le conviene un jarro de vino del Rin, para beberle en compañía de sus flecmáticos lanceros.

— Ahí está el gran maestre de los templarios, continuó el baron, deseoso de distraer la atencion de su amo, de los males que padecia, aunque á expensas de la reputacion de los príncipes y potentados. Ahí está el gran maestre de los templarios, intrépido, astuto, bravo en el campo, sabio en el consejo, sin reinos ni dominios que le alejen y

distraigan de la conquista de la tierra santa.

— Fuera de ver, dijo Ricardo : y cierto es que el hermano Gil Amaury entiende el órden de batalla y sabe pelear de frente al principio de una accion. Pero ¿será justo tomar la tierra santa de manos del soldan Saladino, en quien no faltan virtudes con las que podria honrarse mas de un cristiano, y dársela sin mas ni mas á un Gil Amaury, á un pagano mas pagano que Saladino, á un idólatra sectario del demonio, á un nigromante, que practica las artes negras y diabólicas, en las bóvedas y secretos escondrijos de las tinieblas y la abominacion ?

— El gran maestre de los hospitaleros de San Juan de Jerusalem, dijo sir Tomas, no tiene un borron en su fama, y no se le echará en cara el crimen de magia ni de heregía.

— No por cierto, respondió el rey, pero es un alma sórdida y mezquina, capaz de todo, si se le ofrece un puñado de oro. Sospechas ha habido..... ¿qué digo sospechas? pruebas innegables de haber el tal maestre vendido á los infieles ventajas que nunca hu-

bieran podido ganar por sus puños. Valiera mas poner el ejército en manos de un corredor veneciano, ó de un buhonero lombardo, que confiarle al gran maestre de San Juan.

— Pues entonces, dijo De Vaux, yo nombraré á otro, y veremos lo que vuestra magestad opina. ¿Qué os parece del marques de Monserrate, tan avisado, tan galan, tan cumplido hombre de armas?

— ¡Avisado! exclamó el rey : súlil y artificioso podrás decir, y tendrás razon; galan y cumplido en el tocador de una dama. Conrado de Monserrate es un pisaverde, y nada mas; un político versátil que tan amenudo cambia de propósito, como de galas y arreos. ¡Hombre de armas! Sí : no hay duda, bien se presenta á caballo en el palenque y en las barreras, cuando estan ociosos los aceros, y las lanzas llevan bolas de madera en lugar de picas de acero. ¿No estabas tú conmigo cuando le dije en cierta ocasion : aquí somos tres buenos caballeros cristianos, y allí abajo se descubre una partida de sesenta Sarracenos? Tocamos á veinte por barba, ¿Vamos á ellos?

— Acuérdomé del lance y del marques, dijo sir Tomas, y de cuando respondió que sus miembros eran de carne y hueso, que no de cal y canto, y que mas le acomodaba tener corazón de hombre que de bestia, aunque esta fuera un leon. Pero ya veo que hemos de venir á parar por donde empezamos, y que no hay esperanza de recobrar el santo sepulcro hasta que recobre la salud el rey Ricardo.

Al oír esta grave observacion, Ricardo soltó la primera carcajada de risa que se le habia oído durante el curso de su enfermedad. « ¡ Lo que es la conciencia! dijo, aunque le sirva de órgano una cabeza tan desatinada como la tuya, es parte á que confiese su locura toda un rey de Inglaterra. Lo cierto es que si no se tratara de ocupar mi puesto, y de llevar á cabo la gloriosa empresa á que he consagrado mi vida, no seme daria un bledo de todos esos afeitados mozalvetes que me has ido nombrando. Pero debo confesarte mi flaqueza y mi ambicion. Caballeros hay en los reales del ejército de la cruzada, mas cum-

plidos, sin duda, que Ricardo de Inglaterra, y seria prudente y oportuno señalar al mas digno de ellos, para que pudiese capitenear las huestes de Cristo; pero, y al pronunciar estas palabras se incorporó enérgicamente, centelleándole los ojos como solia hacerlo antes de entrar en accion, si hubiera un caballero osado lo bastante para plantar la bandera de la cruz en el templo de Jerusalem, hallándome yo, como me hallo en el dia, privado de tomar parte en tan heróica empresa, tan pronto como me fuera dado poner la lanza en ristre, tendria que acudir á mi reto, y lidiar conmigo en combate de muerte, por haber menoscabado mi fama: y adelantado el cumplimiento del término y fin de todos mis deseos. Mas ¿ qué trompetas son estas que se oyen á lo lejos?

— Las del rey Felipe, segun creo, dijo el baron.

— No es muy fino tu oído: replicó el rey, alzándose con precipitacion. ¿ No oyes el alboroto de todo el campamento? Los Turcos son, por vida mia.

Quiso arrojarle del lecho, y De Vaux tuvo que emplear toda su fuerza para impedirle, llamando á los gentileshombres que estaban en la pieza inmediata, á fin de que le ayudasen á sujetar al rey.

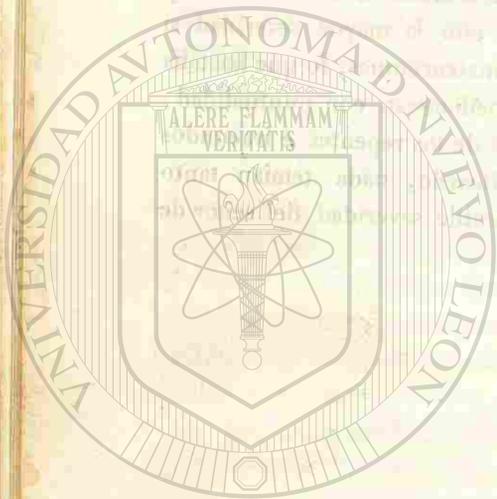
— Eres un falso traidor, le dijo este viéndose obligado á ceder á la fuerza: quisiera tener bastante vigor para manejar mi maza, y aplastarte los sesos con ella.

— Tuviérades, dijo el baron, todo el vigor que la enfermedad os ha quitado, y mas que la emplearais en contra mí, que la cristiandad perderia poco con mi muerte y harto ganaria con vuestro restablecimiento.

— Eres un honrado y fiel servidor, dijo el rey presentándole la mano, que De Vaux besó con profundo respeto. Perdona mi impaciencia, y no creas que es tu buen amo quien se enoja, sino la fiebre que le molesta: pero anda, por Dios, y tráeme noticias de esos extranjeros, que han entrado en mis reales, porque los alaridos que estoy oyendo no son de cristianos.

De Vaux salió de la tienda, para desempe-

ñar el encargo que el rey le habia confiado, dando á los pages y gentileshombres el de atender cuidadosamente á su soberano, y amenazándolos con la mayor severidad si faltaban á sus instrucciones, lo que bastaba para que le obedeciesen con puntualidad, porque despues de los repentes é iracundos ímpetus de Ricardo, nada temian tanto como la inexorable severidad del señor de Gilsland.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO VII.

Habianse unido á los ejércitos de Cristo, numerosas huestes de guerreros escoceses, los cuales se habian puesto á las órdenes del rey de Inglaterra, considerándose como sus vasallos naturales, no porque lo fuesen en realidad, sino porque descendian de familias sajonas y normandas, hablaban el mis-

mo idioma, y algunos de ellos poseian estados en Inglaterra, y estaban unidos con familias de esta nacion, por los vínculos de la sangre. No habian llegado todavía los tiempos malhadados en que la implacable ambicion de Eduardo I, envenenó las hostilidades de ambas naciones, haciendo que los Ingleses peleasen por subyugar á Escocia, y que los Escoceses, ostentando la firme determinacion y tenacidad que constituyen la base de su carácter, defendiesen su independencia, por los medios mas violentos, con las mas incómodas desventajas, y exponiéndose denodadamente á los mayores peligros. Eran frecuentes, sin embargo, y sostenidas las guerras entre Escocia é Inglaterra: pero dominaba en ellas aquel carácter de generosidad que relaja de cuando en cuando el odio de los enemigos, y les da ocasiones de manifestarse recíprocamente corteses y benévolos. En tiempo de paz, y cuando ambos pueblos peleaban por la misma causa, como sucedia en la época de que vamos hablando, los Escoceses y los Ingleses pe-

leaban en las mismas filas, sobre todo cuando el mismo estímulo religioso los animaba, y la emulacion nacional servia tan solo para excitarlos á distinguirse y sobresalir en sus esfuerzos contra el enemigo comun.

Contribuyó en gran manera á conciliar el espíritu de las dos naciones rivales, el carácter franco y marcial de Ricardo de Inglaterra, que no hacia distincion alguna entre sus vasallos, y los de Alejandro de Escocia, salvo las que eran debidas al que se señalaba por sus proesas en el campo de batalla. Pero durante su enfermedad, y de resultas de la penosa situacion á que estaba reducido el campo de los cristianos, empezó á estallar la rivalidad, entre los diversos tercios que lo componian, cual suelen abrirse las antiguas heridas del cuerpo humano, cuando sobreviene la debilidad, ó la dolencia, que amortigua todos sus resortes, y aletarga toda su robustez.

Eran igualmente orgullosos, fieros, y sensibles á todo agravio y ofensa, por ligera que fuese, los soldados de Escocia, y los de

8.

Inglaterra; los primeros en mas alto grado, por pertenecer á la nacion mas pobre y mas débil: de todo lo cual resultó, que sus disensiones internas tomasen un carácter mas agrio y mas violento, á medida que se aproximaba el término señalado á la tregua, estorvando esta discordia que se uniesen sus fuerzas comunes contra los Sarracenos. Los Escoceses no querian reconocer superiores; los Ingleses no consentian en tener iguales. Reinaban continuas querellas y disensiones en el campamento, y tanto los soldados, como sus gefes y caudillos, que habian sido buenos y cordiales compañeros en tiempo de victoria, se miraban de reajo en la adversidad, justamente cuando era mas necesaria la buena armonía, no solo para el éxito de la causa que unos y otros habian abrazado, sino para preservarse de los riesgos que unos y otros corrian. La misma desunion habia empezado á manifestarse por desgracia entre Ingleses y Franceses, entre Tudescos é Italianos, entre Dinamarqueses y Suecos; mas esto no es de nuestro propósito; solo

atañe á esta relacion la enemiga que reinaba entre los dos pueblos que habitaban la misma isla, y que quizas por esta misma vecindad era mas agria que la que dividia las otras naciones que habian tomado parte en aquella conquista.

De todos los caballeros ingleses que habian seguido á Ricardo en su expedicion á Palestina, sir Tomas era el que mas se distinguia por su odio á los Escoceses. Sus estados lindaban con las fronteras de Escocia, por cuya razon habia estado toda su vida empleado en hostilidades privadas y públicas contra sus vecinos, haciéndoles todo cuanto daño estaba á su alcance, y recibiendo de ellos todo cuanto podian hacerle. Amaba á su rey con aquel afecto receloso del can fiel á su dueño, que le hace intratable para todos los que le son indiferentes, y peligroso y terrible para los que le parecen enemigos. De Vaux habia mirado siempre con disgusto y recelo las señales de confianza, de favor ó de cortesía que Ricardo dispensaba á los que habian nacido

mas allá del rio que separaba ambas naciones : línea imaginaria trazada por el encono; en la anchura de los campos, dados en comun por la Providencia : y aun llegó á desconfiar del buen éxito de una cruzada en que tomaban parte los que él consideraba como no menos peligrosos y temibles que los mismos musulmanes. Tenia aquella áspera y malhumorada franqueza que distingue el carácter ingles; no sabia disimular el mas pequeño movimiento de afecto ó de enemistad, y por lo tanto, en la urbanidad y comedimiento que los Escoceses habian aprendido de sus frecuentes aliados, los Franceses, ó que era una prenda natural de su índole orgullosa y reservada, solo veia una máscara que cubria los mas pérfidos designios contra los vasallos de Ricardo, á quienes creia que solo asi podrian vencer, y no con una oposicion franca, abierta y decidida.

A pesar de estas disposiciones de sir Tomas contra sus vecinos, de las cuales no se exceptuaban los que habian venido con él á pelear bajo el estandarte de la salvacion,

el respeto con que miraba al rey, y la obligacion que le imponian sus juramentos de caballero cruzado, le impedian romper abiertamente con los Escoceses, á quienes solo manifestaba su desagrado y repugnancia, procurando evitar, en cuanto le era posible, toda conversacion con ellos, ó manteniéndose taciturno en su presencia, cuando no podia evitarla, ó lanzándoles algunas miradas de desprecio, cuando los encontraba en las marchas y en los campamentos. Los barones y caballeros escoceses no estaban acostumbrados á llevar con paciencia semejantes sonrojos; conocian las secretas intenciones de sir Tomas, y le consideraban como un enemigo encarnizado é irreconciliable de su nacion. Sin embargo, los que mas de cerca le observaban, sabian que si no imitaba la benigna y sufrida caridad, recomendada por la Escritura, no por esto carecia de aquella afectuosa benevolencia que se complace en aliviar y dulcificar los males ajenos. Sus cuantiosas riquezas le permitian llevar consigo una abundante pro-

vision de víveres y medicamentos, de los cuales solia enviar secretamente algunas remesas al cuartel de los Escoceses, porque era de opinion que despues del amigo, la mayor consideracion se debe al enemigo, y no hacia caso de los otros grados y relaciones intermedias, que le parecian harto indiferentes, y poco dignas de atencion y aprecio. Ha sido indispensable entrar en esta menuda explicacion, á fin de que el lector pueda entender lo que sigue.

Apénas sir Tomas de Vaux habia puesto los piés fuera de la tienda de Ricardo, cuando conoció lo que ya habia conocido el rey, algo mas acostumbrado que él á los sonidos de la música, y á los cantos de las diferentes naciones; á saber, que el rumor procedia de las dulzainas y atambores de los Sarracenos; y á la extremidad de una larga hilera de tiendas que formaban una ancha calle delante del pabellon real, distinguió una muchedumbre de soldados, reunidos en torno del sitio en que la música se oia, que era el centro del campamento; y vió, no sin

extrañeza, que en medio de los morriones de varias formas, que llevaban los soldados de diferentes pueblos, sobresalian blancos turbantes y largas picas, que indicaban la presencia de algunos infieles, y los prolongados cuellos de los camellos y dromedarios, que se enseñoreaban sobre la turba que se habia congregado al rededor.

Era costumbre dejar las banderas de tregua y los pliegos del enemigo en un sitio señalado, fuera de las barreras del campamento: por lo que sir Tomas, atónito y descontento al ver tan inesperado y singular espectáculo, miró por todas partes, buscando alguna persona que le explicase tamaña novedad.

La primera que vió venir por el mismo camino que él habia tomado, le pareció por su porte grave y altanero, que debia de ser Escoces ó Español; conociólo al acercarse, y dijo entre dientes: « Escoces es por vida mia... el del Leopardo, y no pelea mal para ser de aquella tierra. »

Deseoso de evitar su encuentro, prosiguió

andando, sin hacer caso de Sir Kenneth, como si dijera: « Te conozco, pero no quiero nada contigo, » cuando el Escocés frustró su intento, acercándosele con respeto y cortesía, y diciéndole: — « Milor de Vaux de Gilsland, tengo que hablaros. »

— ¿ A mí? respondió el baron; hablad con tal que seais breve, pues voy á desempeñar un encargo de su magestad.

— Lo que tengo que deciros, continuó el del Leopardo, atañe mas particularmente al rey: traígole la salud.

El baron De Vaux miró al Escocés de los pies á la cabeza, y dijo: « No creo señor Escocés, que seais físico: tan fácilmente creeria que traeis riquezas al rey como salud. »

Sir Kenneth aunque ofendido al oír la respuesta altiva del baron, le respondió con mesura: — « La salud de Ricardo es gloria y riqueza de la cristiandad: pero el tiempo urge, y solo deseo saber si puedo ver al rey. »

— No por cierto, dijo sir Tomas, ínterin no expliqueis el negocio que os trae á su tienda: que la de un monarca enfermo no

es hostelería de Escocia, abierta á todo el que llama.

— Milor, respondió sir Kenneth, la cruz que como vos traigo al pecho, y la importancia del negocio que aquí me conduce, me impiden responder á vuestras palabras como sé hacerlo, y como en cuarlquiera otra ocasion lo haria. En pocas palabras, pues, lo que traigo conmigo es un médico moro, que se ofrece á curar al rey Ricardo.

— ¡ Un médico moro! exclamó sir Tomas, y quien responde que no trae veneno en vez de medicina.

— Su vida, respondió sir Kenneth; su cabeza que ofrece en rehenes.

— Poca cosa es la vida, dijo sir Tomas, para el malvado atrevido que sabe lo que vale la suya, y algunos de estos he visto yo, que con tanta resolucion subirian á la horca, como si fueran á bailar con el verdugo.

— Pues tened entendido, milor, dijo el del Leopardo, que Saladino, á quien nadie negará el crédito de enemigo valiente y generoso, envia al campamento cristiano este mé-

dico, con honroso acompañamiento y guardia, que denota el aprecio con que el soldan mira á El Hakim, y con frutas y refrescos para el uso y alivio de su magestad, y mensaje propio de enemigos leales y magnánimos, por el cual le suplica que procure recobrase de la fiebre que le aqueja, para recibir la visita que trata de hacerle, con la cimitarra desnuda en la mano, y mil ginetes en pos. Y vos, que sois del consejo privado de su magestad, tened á bien mandar descargar estos camellos, y dar las demas disposiciones convenientes, á fin de que ese sabio físico sea recibido como se debe.

— Maravillome de vuestras nuevas, dijo el baron, pero, ¿quién responde del honor del soldan, cuando solo necesita de un poco de mala fe, para desembarazarse de su mayor enemigo?

— Yo respondo de Saladino, repuso el del Leopardo, con honor, vida y hacienda.

— Mas me maravilla aun, dijo sir Tomas, que el norte responda por el mediodia, y un Escoces por un Turco. ¿Podeis decirme,

buen caballero, de qué modo os habeis ingerido en este negocio?

— He ido á cumplir un voto de romería, respondió sir Kenneth, y al mismo tiempo á llevar un mensaje al ermitaño de Engaddi, y durante esta jornada....

— ¿Podeis, dijo el baron, interrumpiéndole, confiarme vuestro mensaje, y la respuesta del santo varon.

— No puede ser, milor, respondió el Escoces.

— ¿Sabeis que soy del consejo secreto del rey de Inglaterra? preguntó con altanería sir Tomas.

— ¿Y sabeis, contestó el del Leopardo, que yo no soy vasallo de vuestro rey? Aunque he seguido en esta guerra las banderas de Ricardo, mi mensaje es del consejo general de los reyes, príncipes y supremos caudillos del ejército de la santa cruz, y á ellos solos, y no á otro alguno daré cuenta del encargo.

— ¿Eso decis? respondió sir Tomas, pues tened entendido, mensajero de reyes y príncipes, ó quien quiera que seais, que ningun físico se ha de acercar al lecho del rey Ri-

cardo sin el consentimiento del señor de Gisland, y pobre del que se atreva a osarlo sin esta condicion.

— Separóse con prontitud, al decir esto, del caballero escoces, el cual, poniéndosele en frente con actitud grave y decidida, y no sin algunos visos de orgullo, le preguntó si el lord de Gisland le tenía en concepto de noble y leal caballero.

— Todos los Escoceses, respondió sir Tomas, son de ilustre alcurnia, mas conociendo que esta irónica alusion podía ofender al del Leopardo, y viendo que se le encendieron de pronto las mejillas, mudó de tono, y continuó: En cuanto á lo de buen caballero, pecado seria negar este título á quien, como vos, sabe desempeñar cumplida y valerosamente su deber.

— Bástame con eso, dijo sir Kenneth, satisfecho de esta reparacion hecha á su honor; y ahora, sir Tomas De Vaux, á fe de verdadero Escoces, cuyos privilegios disfruto como los mas altos gentileshombres de aquel reino, y por la dicha que tengo de

haber sido armado caballero, y por esta santa empresa á que he venido por ganar fama y pre en esta vida, y perdon de mis pecados en la otra, y por la sagrada cruz que llevo al pecho, os juro y protesto que lo que mas deseo y el único objeto que aquí me trae, es el recobro de la salud del rey Ricardo Corazon de Leon, y que tal es mi único propósito al recomendaros el ministerio de este físico musulman.

Quedó sorprendido el Ingles al ver la firmeza y resolucion con que el Escoces pronunció estas palabras, y expresándose con mas cordialidad que hasta la que entonces se habia notado en sus respuestas: — Decidme vos, repuso, señor caballero del Leopardo, dando por sentado, como no lo dudo, que estais satisfecho de todo lo que habeis dicho, ¿será prudente y oportuno dejar que ese médico moro, ó lo que sea, aplique sus drogas á tan preciosa salud como lo es para toda la cristiandad la de Ricardo, hallándonos en una tierra en que el arte de envenenar es tan comun como el de cocinero.

— Milor, dijo el Escoces, á esa objecion os respondo que mi escudero, el único de todos los que me acompañaban que ha escapado de los rigores de la guerra y del clima, yace ahora postrado en una cama, con la misma enfermedad que la que aflige al valiente rey Ricardo; con notable menoscabo y pérdida de la empresa que dirige. A este escudero mio, de que os hablo, ha suministrado el médico El Hakim, hace no mas que dos horas, ciertos brevages y remedios, con los cuales ha logrado un sueño henigno y suave. Que puede curar esta dolencia, tan fatal en sus resultas, no lo dudo; que viene con la sincera intencion de curar al rey, nos lo asegura el soldan, y sabido es que su corazon es tan cordial y tan pundonoroso como puede serlo el de un obcecado infiel; en cuanto al éxito de la cura bastantes rehenes son para tranquilizaros, y para no dudar de la buena fe del fisico, la recompensa y el castigo que le aguarda, si responde á nuestros deseos, ó si por malicia, y con designios perversos llega á frustrarlos.

El Ingles oyó esta relacion con los ojos bajos, como quien duda y al mismo tiempo desea que sus dudas se disipen. Al fin alzó la vista al caballero, y le preguntó: « ¿ Puedo yo ver á ese vuestro enfermo escudero? »

Enrojeció el del Leopardo, y tardó algunos minutos en responder. — Con mil amores, dijo al fin, pero debeis tener presente, milor de Gisland, cuando veais mis pobres cuarteles, que los nobles y caballeros de Escocia no comen tan delicados manjares, ni duermen en tan mullidos lechos, ni se curan de tanta magnificencia en sus tiendas como sus vecinos los Ingleses. Venid, puesto que asi os place, á mi humilde alojamiento. Dijo estas palabras con cierta enfática altanería, y echó á andar delante del baron, no sin dar claros indicios de empacho y de repugnancia.

Aunque como ya hemos visto, sir Tomas De Vaux miraba con desconfianza y despego á todos los naturales de la tierra de sir Kenneth, la nobleza de su índole no le permitia gozarse en el rubor de un hombre de pro á quien las circunstancias obligaban á confe-

sar su pobreza, en despecho de su orgullo.

— Los soldados de la cruz, dijo, no deben apegarse á goces terrenos, ni á pompas humanas; cuando pelean por rescatar el sepulcro del Salvador. Poco montan los trabajos y fatigas que en esta empresa nos molesten, si despues nos aguardan los eternos resplandores, y las palmas victoriosas que ya han conseguido los que antes que nosotros han transitado por estos desiertos.

Este era el discurso mas metafórico que habia salido jamas de los labios de sir Tomas, el cual hablaba muy en contra de su sentir, porque es fama que gustaba en demasía de buenos bocados y de trenes pomposos. Al fin, los dos caballeros llegaron á una extremidad de los reales, donde tenia su residencia sir Kenneth, el del Leopardo.

Las apariencias presentaban el mas escrupuloso arreglo á las leyes de la mortificación, que segun habia dicho sir Tomas, debian ser la norma de los guerreros de la cruz. En un espacio de tierra capaz de contener treinta tiendas, segun las reglas que

los cruzados observaban en sus campamentos, solo se veian algunas pobres cabañas, groseramente construidas de ramazon y arbustos, y cubiertas de hojas de palma; porque el caballero escoces habia pedido, por ostentacion, mayor extension que la que necesitaba. Desiertas estaban estas mezquinas habitaciones, y muchas de ellas amenazando ruina. La que ocupaba el centro, y parecia destinada al caudillo, se distinguia por un pendon, colocado en la extremidad de una lanza, de la que pendian sus largos pliegues hasta el suelo, como si tambien sintiera los influjos maléficos del ardiente sol del Asia. Ni escudero, ni page, ni aun siquiera un alabardero guardaba aquella marchita insignia del poder feudal, y de la dignidad caballerezca. Si su propia reputacion no la preservaba de insulto, ninguna otra custodia velaba en torno de ella.

Sir Kenneth echó una triste ojeada en aquel desnudo y pobre aparato, mas supo reprimir su sentimiento, é hizo seña á sir Tomas, que le siguiese á lo interior. Tambien

el baron observó atentamente este extraño espectáculo, con impulsos secretos de compasion, que probablemente irian acompañados de desprecio, porque el desprecio, unas veces, y otras el amor son los naturales compañeros de la piedad que excitan los males ajenos en el corazon. Bajó la cabeza, por ser la puerta demasiado humilde para su altivo penacho, y entró en la cabaña, en la que se le figuró que no habia espacio suficiente para su abultada y voluminosa persona.

En lo interior habia dos camas. La una era la de sir Kenneth, y se componia de silvestres hojas, cubiertas con una piel de venado; encima se veian algunas piezas de armadura, y á la cabecera, un crucifijo de plata, dispuesto con algun aseo y adorno. En la otra yacia el enfermo de quien el Escocés habia hablado; hombre que representaba ser de mediana edad, de fuerte complexion, y de facciones ásperas y duras. Su colchon, si este nombre puede dársele, era mas blando y mullido que el de su amo, y le servian de abrigo, el manto de

que los caballeros se servian en tiempos pacíficos, y algunas otras piezas del equipage de sir Kenneth, que este habia destinado á la comodidad de su fiel servidor. En una separacion exterior, que sir Tomas podia ver desde el punto en que se hallaba, estaba de rodillas un mancebo, delante de un brasero lleno de carbon, preparando en un plato de hierro las tortas de pan de cebada, que eran entonces, como lo son en el dia, el manjar favorito de la gente de Escocia. De una de las principales estacas que sostenian el techo de la cabaña, (porque mas que él de tienda este nombre merecia) colgaba medio venado, producto sin duda de la caza, como mas claramente lo denotaba un hermoso alano, que seguia con los ojos los movimientos del mancebo de las tortas, y que sobrepujaba en tamaño, robustez y regularidad de proporciones á todos los que tenia el rey Ricardo. El sagaz animal, al oir ruido prorumpió en un gruñido sordo y profundo, semejante al trueno que retumba entre peñascos montañas; mas al descu-

brir y reconocer á su amo, cesaron los indicios de su enojo, meneó blandamente la larga cola, agitó la cabeza, y se astuvo de otras ruidosas señales de alegría, como si su generoso instinto le diese á conocer que el silencio es cosa necesaria en la habitacion del que padece.

Junto á la cama del escudero, sobre un cogin de pieles, estaba cruzado de piernas, segun la moda de los orientales, el médico de quien habia hablado sir Kenneth. A la escasa luz que iluminaba todo aquel recinto, poco se podia distinguir de su persona, salvo la parte interior del rostro, cubierta de una negra y espesa barba, que le caia hasta el pecho; el alto *tolpach*, ó gorro tártaro de lana de carnero, fabricado en Astracan, y el ancho y pomposo *castan*, ó sobreveste turca, de color oscuro. Las únicas facciones que podian columbrarse de su fisionomía, en medio de la oscuridad que le rodeaba, eran dos ojos, que centelleaban con un fuego y un brillo extraordinarios. El Ingles se mantuvo algun rato silencioso,

como si le inspirase respeto todo lo que estaba presenciando, porque á pesar de su natural aspereza, la pobreza y la desventura, firmemente sobrellevadas sin arrancar un murmullo de queja ni exasperacion, era un espectáculo mas digno de la veneracion de un hombre tan recto y generoso como sir Tomas, que la pompa de las cámaras de los reyes mas poderosos, excepto la de su rey y señor. Durante algunos minutos nada se oia en el rústico pabellon de sir Kenneth, sino la fuerte y pausada respiracion del enfermo, que parecia gozar de un plácido reposo.

— Hace seis noches, que no duerme, dijo al fin el del Leopardo, segun me ha referido ese mancebo que le asiste.

— Noble Escoces, dijo sir Tomas, apretando á sir Kenneth la mano, con una cordialidad que su gesto interpretaba mas claramente que sus palabras. Menester es que todo esto mude de aspecto. Ese hombre está de cuidado, y necesita de otras comodidades. Estas últimas palabras fueron proferidas en el tono recio y sonoro de su voz acoso-

tumbrada, en términos que llegaron á oídos del enfermo, y le interrumpieron el sueño de que gozaba.

— Mi señor, dijo el escudero en voz confusa, como si estuviera soñando, noble sir Kenneth ¿no os parecen gustosas y salutíferas las aguas del Clyde\* despues de los fangosos manantiales de Palestina?

— Sueña en su tierra nativa, dijo sir Kenneth al oído al baron, y es feliz en sus ilusiones. Mas apenas habia pronunciado estas palabras, cuando el médico que no se habia separado de la tabecera, teniendo en sus manos las del enfermo, y observándole cuidadosamente los movimientos del pulso, se levantó con pausa y compostura, se acercó á los dos caballeros, los tomó por las manos, y haciéndoles señas de que guardasen silencio los llevó hácia la puerta del pabellon.

— En nombre, dijo, de Issa-Ben-Mariam, á quien nosotros reverenciamos como vosotros, aunque no con la misma ciega supersticion, que no turbeis el efecto de la

\* Rio de Escocia.

bendita medicina que acaba de tomar. Despertarle ahora, es matarle, ó á lo menos, privarle de razon. Volved á la hora en que el Muezzin anuncia desde el minaret la de rezar en la mezquita, y si entre tanto se le deja tranquilo, os prometo que sin perjuicio de su salud, podreis tener con él alguna breve plática, y que podrá responder acerca de todo lo que le preguntéis, sobre todo si su amo le dirige la palabra.

Los caballeros se retiraron en cumplimiento del mandato del doctor, el cual ponía entonces en práctica el proverbio, oriental que dice, que la cámara del paciente es el reino del físico.

Los dos permanecieron parados á la puerta del pabellon, como si el Escocés fuese á despedir al Ingles, y este tuviese algun motivo secreto que le impidiese salir. El alano, entre tanto, los habia precedido fuera de la tienda, y parándose á la puerta, apoyó la cabeza en la mano de su dueño, en ademan de implorar de él modestamente alguna señal de halago y caricia. Apenas hú-

bola recibido, pronto á manifestar su gratitud y su alegría por la vuelta de su amo, echó á correr cuanto mas podia, alzando pomposamente la cola, y recorriendo á derecha é izquierda y por uno y otro lado, los intervalos de las decaidas chozas, y la esplanada en que estaban situadas, pero sin pasar de los límites que conocia por su instinto estaban bajo la proteccion del pendon de sir Kenneth. Despues de estas festivas demostraciones, volvió á donde estaba su dueño, tomó de nuevo su aspecto grave y mal humorado, como si se arrepintiese de haber faltado al órden y al respeto que exigia la presencia de su señor.

Los dos caballeros le observaron con satisfaccion, porque sir Kenneth se vanagloriaba de tener uno de los mejores perros del mundo, y el baron ingles, gran aficionado á montería, pasaba por buen conocedor de todo lo perteneciente á este ejercicio.

— Buen animal por cierto, dijo sir Tomas, presumo, buen caballero, que no tiene el rey Ricardo un alano que se las pueda apostar

con el vuestro, si como es ligero en la carrera es aficionado en el monte: pero sin que sea daros ofensa, ¿no teneis noticia del edicto en que el rey prohíbe tener perros de caza, sin su permiso, en el campamento, á todo caballero de conde abajo? Creo que no estais autorizado á ello, y os hablo como maestro de la caballería.

— Y yo os respondo como caballero libre escoces, dijo con grave aspecto el del Leopardo, que si por ahora sigo las banderas del rey Ricardo, no me creo obligado, no siendo vasallo suyo, á obedecer sus ordenanzas de montería, y no estoy por cierto de humor de someterme á ellas. Cuando la trompeta suena al arma, mi pie es el primero que toma el estribo; euando toca el ataque no es mi lanza la última que se pone en ristre. Esto no mas es lo que puede y debe requerir de mí vuestro monarca: pero en las horas de ocio y descanso el rey Ricardo no tiene derecho á privarme de mi recreo y solaz.

— Con todo eso, dijo el baron, es desacuerdo faltar á un edicto de su magestad,

y si lo teneis á bien, yo que ejerzo autoridad en estas materias, os enviaré un permiso que os sirva de salvaguardia.

— Os doy las gracias, respondió friamente el Escoces, mas estos son, milor, los cuarteles que me han sido señalados, y en ellos no es menester de mas salvaguardia que de mí mismo. Mas presumo, añadió mudando de tono, que esta respuesta no corresponde á la bondad que me habeis manifestado. Os doy por ella gracias, con todo mi corazon, Los escuderos y picadores del rey pueden, si asi les agrada, perseguir á mi fiel Roswal, y hacerle daño: mas yo no tardaré mucho en vengarle, y suceda lo que sucediere. Harto habeis visto de mi casa y servidumbre doméstica, para conocer que Roswal es mi principal proveedor, y así lo confieso sin rubor ni empacho, y no creo que el Leon de Inglaterra sea como el de la fábula que cuentan los yuglares, el cual convidó á otras fieras á una cacería, y se quedó con todo lo que se habia cazado. De poco le puede aprovechar molestar á un pobre ceballero, que le sigue

fiel y lealmente, y privarle de una diversion honesta, y de una pierna de venado, que á fe mia sabe muy bien, cuando el bolsillo no permite otra cosa.

— No decis mas del rey que lo que se merece, respondió De Vaux; justo y equitativo es para con todos, pero los príncipes normandos ya sabeis que pierden la cabeza cuando oyen hablar de monterías y de venados.

— Por ahí corren voces, dijo el Escoces, traídas por trovadores y peregrinos, de que allá en vuestra Inglaterra se han formado grandes bandas de descontentos, por esas prohibiciones rigorosas sobre la caza, las cuales infestan los condados de York y de Nottingham, y tienen á la cabeza un diestrísimo ballestero, llamado Robin Hood, con su teniente Juanito. Paréceme que mejor haria el rey Ricardo en relajar sus leyes de montería en sus propios estados, que en venir á darlas con mas severidad en Palestina.

— Mal negocio, sir Kenneth, respondió el baron, encogiéndose de hombros, como si no le gustase la conversacion, mas dejemos

esto por ahora, y quedaos con Dios, que estoy haciendo falta en la tienda del rey. A la hora de vísperas volveré con vuestro permiso á vuestros cuarteles, y hablaré con el doctor pagano. Al mismo tiempo, sin haceros ofensa, quisiera enviaros algunas provisiones.

— Os lo agradezco, respondió sir Kenneth, pero en verdad que no las necesito; Roswal me ha provisto para dos semanas, y el sol de Palestina tan bueno es para dar calentura, como para secar la carne, á guisa de cocina alemana.

— Con esto se separaron los dos guerreros, mucho mas amistosamente que en su primer encuentro, mas antes de retirarse el de Gisland se informó de todos los pormenores relativos al médico musulman, y recibió de manos del caballero escoces las credenciales que traia para el rey Ricardo, de parte del soldan Saladino.

